



ah

ANDALUCÍA
EN LA HISTORIA

— DOSIER —

Medicina y salud pública



Año XVI | número 61 | julio - septiembre | 2018 | 3,50 €

La sanidad como deber



Ya hace más de dos décadas que Santiago Muñoz Machado advirtió del imposible retorno a los postulados de la sanidad liberal del siglo XIX, cuando el peso de los servicios sanitarios recaía sobre las arcas municipales y el presupuesto estatal dedicado a salud pública era bastante escaso. Se conoce bien aquella legislación liberal, pero desconocemos bastante cómo se produjo la transición del antiguo régimen al nuevo en la salud cotidiana y cómo impactaron las desamortizaciones en la sanidad decimonónica. Debieron producirse superposiciones y coexistencias interesantes, porque al mismo tiempo que en los pueblos pequeños ejercían médicos y boticarios, sobrevivieron hasta bien avanzado el siglo XX las figuras de la curandera y la partera, además de numerosas y compartidas prácticas de medicina popular con hierbas y demás ungüentos, reinveniones de antiguas prácticas moriscas muy extendidas en Andalucía.

Durante el siglo XX las mejoras en los servicios sanitarios fueron lentas pero continuas, hasta el enorme salto cualitativo y cuantitativo en sus tres últimas décadas. Sin embargo, desde que en 1986 se aprobase la Ley General de Sanidad y se crease el Servicio Andaluz de Salud, año tras año se ha puesto de manifiesto una tensión permanente entre los límites organizativos de la sanidad pública y el imparable crecimiento de las prestaciones ofrecidas a los ciudadanos. La última crisis económica ha agravado aún más una tendencia que se arrastraba desde hacía años; fue la excusa perfecta para frenar el imparable crecimiento del gasto sanitario intentando no reducir las prestaciones básicas. El arte de la cuadratura del círculo. Además de la aplicación de los recortes, un paso hacia atrás ha sido considerar que la sanidad pública es un gasto o una carga para la economía. Con ese enfoque se ha abandonado el pacto que se estableció en Europa desde la Segunda Guerra Mundial, según el cual la sanidad

pública era un estabilizador interno basando en la equidad y la solidaridad.

Las quejas del personal sanitario y de los usuarios han ido en aumento en la última década, entre otras razones, porque la sanidad —junto a la educación— es uno de los símbolos más importantes de los avances que hemos conocido en los estados sociales de derecho del mundo occidental. Renunciar a ellos acarrearía consecuencias desastrosas no sólo para los ciudadanos sino también para el sistema en su conjunto. Pero ¿cuál es el núcleo irreductible de prestaciones asistenciales que debe ofrecer el Estado? Distinguir entre servicios básicos y complementarios ha sido una de las propuestas que una y otra vez no se han tenido demasiado en cuenta, no sólo por los políticos sino también, y sobre todo, por una gran mayoría de los usuarios.

En ese sentido, uno de los retos más importantes que tenemos en la actualidad es dotar de responsabilidad social al concepto “sanidad universal”, en tanto que es un derecho pero también es un deber. El sistema sanitario ha entrado en la populista espiral de la dictadura de los derechos. Sólo una educación sanitaria, impartida desde los primeros cursos del sistema educativo, puede contribuir a comprender el enorme salto histórico que hemos experimentado y, sobre todo, a respetar por encima de todo a quienes ejercen el oficio de sanar y el arte de cuidar. Sólo cuando los usuarios comprendamos nuestros deberes respecto a la sanidad pública podremos exigir nuestros derechos. Mientras la ciudadanía no tome conciencia sobre cómo se ha de utilizar este imprescindible servicio público, no sólo seremos pacientes en espera sino, y lo más grave, seremos también un enorme obstáculo para una correcta atención médica y enfermera.

MANUEL PEÑA DÍAZ

DIRECTOR DE ANDALUCÍA EN LA HISTORIA

ah

ANDALUCÍA EN LA HISTORIA

Edita: Centro de Estudios Andaluces
Presidente: Manuel Jiménez Barrios
Directora gerente: Mercedes de Pablos Candón
Coordinación: Alicia Almárcegui Elduayen
Consejo de Redacción: Eva de Uña Ibáñez, Rafael Corpas Latorre, Esther García García y Lorena Muñoz Limón
Director: Manuel Peña Díaz
Consejo Editorial: Carlos Arenas Posadas, Marieta Cantos Casenave, Juan Luis Carriazo Rubio, Salvador Cruz Artacho, José Luis Chicharro Chamorro, María José de la Pascua Sánchez, Encarnación Lemus López, Carlos Martínez Shaw, Teresa María Ortega López, Antonio Ramos Espejo, Valeriano Sánchez Ramos y José Luis Sanchidrián Torti.

Colaboran en este número: Víctor Manuel Núñez García, Encarnación Bernal Borrego, Camilo Álvarez de Morales, Juan Ignacio Carmona García, Diego José Fera Lorenzo, María José Ruiz Somavilla, María Luisa Calero Delgado, Concepción Cruz Rojo, Margarita Sánchez Romero, Sergio García-Dils de la Vega y Salvador Ordóñez Agulla, Juan Luis Carriazo Rubio, Jacinto Fernández López, Rafael Gil Bautista, Rafael Montañó García, José M^o Hermoso Rivero, Eva Díaz Pérez, Manuel Morales Muñoz, Manuel Hijano Del Río, Antonio Escudero, Salvador Cruz Artacho, José María Rondón y Antonio Ramos Espejo.

Diseño: Gomcaru, S. L.
Maquetación y tratamiento de las imágenes: Gomcaru S. L. / Emilio Barberi Rodríguez
Impresión: Lince, Artes Gráficas, S. L.
Distribución: Distrimedios, S. A.

El Centro de Estudios Andaluces es una Fundación Pública Andaluza adscrita a la Consejería de la Presidencia, Administración Local y Memoria Democrática de la Junta de Andalucía.
Centro de Estudios Andaluces
 C/ Bailén, 50 - 41001 Sevilla
Información y suscripciones: 955 055 210
 fundacion@centrodeestudiosandaluces.es
Correo-e:
 andaluciaenlahistoria@centrodeestudiosandaluces.es
URL: www.centrodeestudiosandaluces.es
 Depósito legal: SE-3272-02
 ISSN: 1695-1956

Imagen de portada: Detalle del óleo *Centro de vacunación*, de Manuel González Santos (Sevilla, 1875-1949). La obra, propiedad del Museo del Prado, se expone en depósito en la Real Academia Nacional de Medicina. © Archivo Fotográfico Museo Nacional del Prado.

ecoedición			
Tinta sin metales pesados y papeles procedentes de una gestión forestal sostenible			
Impuesto ambiental	Ahorro de recursos fósiles	Huella de CO₂ carbono	
por producto	0,21 kg petróleo eq	0,61 Kg CO ₂ eq	
por 100 g de producto	0,05 kg petróleo eq	0,14 Kg CO ₂ eq	
% medio de un ciudadano europeo por día	4,75 %	1,99 %	

'Andalucía en la Historia' no se responsabiliza de las opiniones emitidas por los colaboradores y participantes de cada número de la revista.



Centro de Estudios Andaluces
 CONSEJERÍA DE LA PRESIDENCIA,
 ADMINISTRACIÓN LOCAL Y MEMORIA DEMOCRÁTICA

Dossier: Medicina y salud pública. Siglos IX a XX

El concepto de salud pública en España y Andalucía se gesta a partir del higienismo del ochocientos, bajo el acicate de las oleadas epidémicas de fiebre amarilla, en primera instancia, y de cólera, posteriormente. En cambio, en países europeos como Gran Bretaña o Francia el principal desencadenante fue la revolución industrial. Los estragos producidos por estas epidemias sobre la población, que elevaron drásticamente la morbilidad y la mortalidad, llevaron a los médicos y políticos españoles y andaluces a la convicción —al menos en el plano teórico— de la necesidad de implementar medidas en pro de la salubridad. Bajo este marco genérico el dossier 'Medicina y salud pública. Siglos IX a XX', coordinado por los profesores Víctor Manuel Núñez García y Encarnación Bernal Borrego, recoge una serie de estudios que abordan diferentes temáticas centradas en la salud pública antes y después de este importantísimo cambio de mentalidad: medicina en al-Andalus, en el Barroco, durante el siglo de las Luces, en el siglo XIX en el que se produjo el gran cambio de mentalidad y finalmente en el siglo XX.

La medicina en la Andalucía islámica 8

Camilo Álvarez de Morales

La asistencia hospitalaria en tiempos del Barroco 14

Juan Ignacio Carmona

La actividad silenciosa de cuidar 20

Diego José Fera Lorenzo

Higiene y baños públicos 26

María José Ruiz Somavilla

Política urbanística y salud pública 32

María Luisa Calero Delgado

La reforma sanitaria 36

Concepción Cruz Rojo

La Prehistoria de las mujeres 40

La investigación arqueológica está contribuyendo en los últimos años a deconstruir esos prejuicios apostando por el estudio de otros aspectos poco tratados hasta el momento y que sitúan las experiencias de las mujeres en el centro del discurso histórico.

Margarita Sánchez Romero

La Plaza de Armas del Alcázar Real de Écija 46

El programa de excavaciones arqueológicas en curso pone de relieve el excepcional legado romano y medieval que atesora la Plaza de Armas de Écija, hasta solo hace unos años degradado y marginal, y hoy en proceso de recuperación para la ciudadanía.

Sergio García-Dils de la Vega y Salvador Ordóñez Agulla

Leonor Núñez, de criada a condesa 52

Leonor Núñez no era una dama noble, y nunca quiso serlo. Aun así, engendró a algunos de los más importantes héroes de la frontera de Granada, se convirtió en condesa y llegó a morir con fama de santidad.

Juan Luis Carriazo Rubio





La huelga de 1913

58

En el año 1913 se consolidaron una serie de cambios políticos que favorecieron la ruptura definitiva del sistema canovista. Una de esas palancas de cambio fueron las huelgas mineras como la de El Perrenal (Huelva).

Jacinto Fernández López

Las rutas del azogue por Andalucía 62

Durante siglos los itinerarios que unieron los cercos de destilación del azogue, conocido como la "plata líquida", en las minas de Almadén, con su destino final, los yacimientos argentíferos de Nueva España, transitaban por territorio andaluz.

Rafael Gil Bautista

La marina alemana en el Guadalquivir

68

Esta es la historia de una foto inédita que guarda relación con la aparición de la marina nazi en la desembocadura del Guadalquivir en el verano de 1936. El objetivo era proteger la ayuda que Hitler envió al general Franco.

Rafael Montaña García y José M^a Hermoso Rivero

El médico inglés Edward Jenner descubrió que la viruela de la vaca protege de la viruela humana. En principio se inmunizaba con la linfa de una pústula de una persona vacunada que estaba padeciendo la enfermedad leve en ese momento (vacunación de brazo a brazo). Ese procedimiento tenía el riesgo de transmitir otras enfermedades de la persona donadora y se sustituyó por la inmunización con pústulas de la piel de terneras (vacunación de ternera a brazo). Esa es la práctica que describe el cuadro del pintor sevillano Manuel González Santos, un detalle del cual también se reproduce en la portada. Hacia 1900-1905.

SECCIONES

AGENDA	74
OCURRIÓ HACE 100 AÑOS Asamblea de Ronda	78
IN MEMORIAM José Luis Sánchez Ortiz de Lanzagorta	82
GOOGLE TIME Alvar Núñez Cabeza de Vaca	88
LIBROS	92
AVANCE AH 62	98

Medicina y salud pública en Andalucía. Siglos IX a XX

COORDINADO POR: VÍCTOR MANUEL NÚÑEZ GARCÍA Y ENCARNACIÓN BERNAL BORREGO UNIVERSIDAD DE SEVILLA

AH
JULIO
2018

6

L

a medicina, los profesionales médicos y la ciencia tratando de dar respuesta a los retos planteados por la enfermedad,

las epidemias o las deficiencias en materia de salud son factores indispensables en la evolución histórica de la humanidad. El territorio de la actual Andalucía, por su riqueza histórica y cultural, adquiere una especial relevancia a la hora de abordar estas cuestiones. En este sentido, el presente dossier ofrece un recorrido panorámico, en clave histórica, en el que se hace hincapié en la medicina, su práctica, sus profesionales, el avance científico y las diversas estrategias para aportar soluciones a los problemas de salud surgidos en las distintas etapas temporales de Andalucía.

Desde la Edad Media a la actualidad; desde la medicina musulmana, pasando por la modernidad, hasta la concepción contemporánea de salud pública, presentamos una serie de estudios, en clave andaluza y desde una perspectiva interdisciplinar, que abordan diferentes temáticas centradas en la historia general de la medicina y la salud en Andalucía. Para ello contamos con las aportaciones de expertos en el campo del mundo árabe, de Historia



Moderna o de la Historia de la Medicina de varias universidades andaluzas, además de la presencia de un autor procedente del campo de la Historia de la Enfermería y una especialista en Medicina Preventiva y Salud Pública.

Camilo Álvarez aborda la cuestión de la medicina en la época andalusí, absorbiendo diferentes tradiciones entre las que destaca la griega. Al-Andalus logró desarrollar una de las ciencias médicas más avanzadas del mundo medieval en la etapa de esplendor del califato. El autor sintetiza en su artículo cuestiones como las ramas científicas cultivadas en la medicina an-

dalusí, el papel del profesional médico en aquella época o la enseñanza de la medicina.

El historiador Juan Ignacio Carmo realiza un estudio sobre la asistencia hospitalaria durante el barroco andaluz, en el que analiza cómo el nacimiento del conjunto de la asistencia hospitalaria estuvo auspiciado por la religiosidad y los valores de la caridad y la misericordia, y no desde la óptica médica. Siendo establecimientos más acordes con los promotores que con las necesidades del

enfermo, en ellos se buscaba la salvación eterna de los fundadores y patrocinadores, antes que la cura o el bienestar del enfer-

que estos centros asistenciales eran atendidos por órdenes religiosas femeninas o masculinas que incluían un cuarto voto: la asistencia al enfermo, y cuya formación no pasaba de un empirismo aprendido en la propia institución y que sirvió para que muchas mujeres (solteras o viudas) la usaran como opción de vida, dedicándose plenamente a los cuidados. Para finalizar, el artículo pone de manifiesto el interés que las órdenes religiosas mostraron para formar a sus novicios llegándose a editar textos tempranos (siglo XVIII) dedicados exclusivamente a su instrucción.

María José Ruiz con su aportación "Higiene y baños públicos en Andalucía (siglos XVI y XVII)" muestra el origen de la doctrina de la higiene elaborada en la Grecia clásica, como las normas para mantener la salud y evitar la enfermedad, asimilada de forma inalterable por médicos árabes y latinos. Bajo esta noción, la autora analiza cómo el baño formó parte de la cotidianidad greco-romana, árabe o latina, y por ende las poblaciones andaluzas contaban con baños públicos y privados como una práctica habitual. No fue hasta el cambio del siglo XV-XVI cuando las epidemias de peste y las teorías del contagio motivaron el cambio en los conceptos higiénicos y con ellos las costumbres y hábitos, pasando el baño a limpieza seca y abocando en una persecución y cierre de los baños por el temor al contagio físico y social.

Por su parte, María Luisa Calero aborda el tema del despliegue de políticas municipales de carácter urbanístico en Andalucía al amparo del movimiento higienista español del siglo XIX. Todo ello como respuesta a las nuevas inquietudes en materia de salubridad por parte de los profesionales médicos y los políticos liberales, además de una estrategia de tipo preventivo ante los graves brotes epidémicos del Ochocientos andaluz: fiebre amarilla y cólera morbo.

Para finalizar, Concepción Cruz analiza las distintas variables socio-políticas, tanto nacionales como internacionales, que condicionaron la reforma sanitaria en Andalucía. El proceso se inicia con la aprobación del Estatuto de Andalucía en 1981 y se consolida con la promulgación por parte del Estado de la Ley General de Sanidad que creaba el Primer Sistema Nacional de Salud en España, base para la consolidación del Servicio Andaluz de Salud. La autora analiza la evolución del sistema sanitario desde su implantación, sus cambios organizativos, logros y precariedades. ■

mo. Partiendo de estas premisas, da a conocer la tipología hospitalaria, los componentes de los establecimientos haciendo un recorrido por la geografía andaluza, para finalizar con la reducción hospitalaria motivada por su enorme número, así como por su falta de eficacia.

Diego Feria aborda en su aportación el cuidado del enfermo durante los siglos XVI-XVIII, analizando el contexto de la asistencia hospitalaria reservada en exclusiva a los pobres, indigentes y nobles arruinados, para los que el hospital era su único recurso. Igualmente afirma el autor



Ilustración procedente de una versión árabe de la obra *De materia medica* del griego Dioscórides, en la que aparecen dos musulmanes preparando una pócima medicinal hecha con sustancias vegetales.

La medicina en la Andalucía islámica

Cómo conservar la salud en época musulmana

CAMILO ÁLVAREZ DE MORALES

ESCUELA DE ESTUDIOS ÁRABES
DE GRANADA (CSIC)

La ciencia árabe, en general, y la medicina, de modo concreto, se formaron con la mezcla de sus propios conocimientos y, sobre todo, de los saberes griegos, persas e hindúes de los que antes de la formación del Islam ya tenían noticia los árabes y a los que pudieron tener acceso directo tempranamente.

Las primeras etapas de expansión del Islam llevaron hasta los grandes centros de ciencia de los países dominados, cuyas obras fueron trasladadas a Oriente y, una vez recibidas en la sede del califato, se procedió a traducirlas al árabe en la *Bayt al-hikma* o “Casa de la Sabiduría”, de Bagdad (siglo IX). La mayor aportación correspondió a Grecia, concretada en aspectos anatómicos, fisiológicos y terapéuticos.

Junto a las aportaciones foráneas, el otro elemento que formaba parte de la medicina árabe era el de sus propios conocimientos, mezcla de prácticas empíricas y elementos mágico-religiosos, algunos de ellos anteriores al Islam.

LA MEDICINA EN AL-ANDALUS. En al-Andalus no tardaría mucho tiempo en conocerse la nueva ciencia que se había formado en Oriente. Ante la ausencia de ciencia propia, la de los mozárabes era la única que existía en la Península, con especial predominancia en el caso de la medicina. Era una ciencia que se conservaba en los monasterios y estaba basada en los textos latinos clásicos o había sido elaborada por hombres de ciencia del periodo visigodo.

Mediado el siglo IX, se empezaron a recibir hombres y escritos procedentes

de las principales ciudades orientales, con nuevos conocimientos científicos que aquí se ignoraban. Esto iba a suponer el despertar de inquietudes entre los andalusíes cultos que viajaron a Oriente en busca de aquellos.

La sede de la primera ciencia que se desarrolló aquí estuvo en Córdoba, capital de la dinastía omeya, arrancando en el siglo IX, durante el emirato de 'Abd al-Rahman II, para alcanzar su verdadero desarrollo un siglo más tarde, con los califatos de 'Abd al-Rahman III y al-Hakam II. El primero potencia las relaciones científicas con el Oriente musulmán y con Bizancio, mientras el segundo favorece la creación de grandes bibliotecas, con la suya propia como ejemplo máximo, de la que noticias, posiblemente exageradas pero que pueden ser orientativas, hablan de 400.000 volúmenes.

En el caso de la medicina, fue determinante la llegada de la obra de Dioscórides, la célebre *De materia medica*, texto que recogía gran número de sustancias medicamentosas, especialmente elementos vegetales. Fue un regalo del emperador de Bizancio al califa Abd al-Rahman III, en cuya corte se tradujo al árabe la obra original griega. A partir de aquel momento se iba a convertir en una referencia indispensable para todos los científicos del momento y de siglos posteriores.

LA MEDICINA CIENTÍFICA. Dentro de un todo, que sería la medicina, las ramas cultivadas fueron la farmacología, la higiene, la pediatría, la obstetricia, la anatomía, la oftalmología y, ya en otro ámbito, la cirugía en general, con aspectos más concretos como la odontología. La más desarrollada fue la farmacología, para la que se contaba con el precedente de *De materia medica*, y la menos la cirugía, de la que sólo se conocen tres tratados específicos. También se desarrolló muy poco la anatomía, debido a condicionantes religiosos que impedían la

MEDICINA Y SALUD PÚBLICA

La medicina andalusí estuvo formada por conocimientos teóricos procedentes del mundo griego, por saberes y prácticas persas y por elementos árabes anteriores al Islam. En menor medida, también por las aportaciones de los cristianos

peninsulares, de base greco-latina. Así se desarrolló una medicina que se iba a imponer en Europa durante siglos.



أَزَاكَ قَدْ أَبْرَزْتَ لِي رَأْسَكَ قَبْلَ أَنْ تُبْرِزَ قُرْطَاسَكَ وَوَلْتَنِي قَدْ أَلَاكَ وَلَمْ تَقْلُذْ أَلَاكَ وَلَسْتُ
مَنْ يَبِيعُ نَقْدًا بِدَيْنٍ وَلَا يَطْلُبُ أَثَرًا بَعْدَ عَيْنٍ فَإِنْ أَتَيْتَ رَضَخْتَ بِالْعَيْنِ حِجَّتَ فِي



لَا خَدَعَيْنِ وَإِنْ كُنْتَ تَرَى الشَّخَّ أَوَّلِي، وَخَرَزْتَ الْفَلَسَ فِي النَّفْسِ أَجْلِي فَأَقْرَأْ عَبَسَ وَنَوَى
وَاعْرُبْ عَيْنَهُ وَالْإِقْقَالَ الْفَتَى وَالَّذِي حَرَّمَ صَبْوَغَ الْمَيِّتِ كَمَا حَرَّمَ صَيْدَ الْحَرَمَيْنِ أَيْ لِفَلَسْ

disección de cadáveres, por lo que las noticias de los griegos, especialmente las de Galeno, siguieron vigentes.

Entre las obras que se escribieron encontramos tratados sobre venenos, listas de simples por orden alfabético, farmacopeas y tratados sobre higiene, concebidos como obras para la conservación de la salud. En casos concretos, sobre todo debidos a grandes autores, encontramos obras de carácter general en donde se habla del cuerpo humano, sus funciones, sus dolencias y el modo de curarlas. En mucha menor medi-

Un médico cura a una persona herida en la espalda mientras es observado por una multitud. Miniatura procedente de uno de los manuscritos árabes más bellos de todos los tiempos, las *Maqamat* (Conversaciones) de Al-Hariri (1054-1122) ilustrado por Yahya ibn Mahmud al-Wasiti. Bagdad (1237).

da, algunos textos dedicados a cirugía, obstetricia y pediatría u oftalmología.

Del mismo modo, hemos de tener en cuenta otras disciplinas como la botánica

y la agricultura, por la aplicación terapéutica de las plantas. En este sentido, los jardines botánicos fueron un elemento al servicio de la medicina.

LA FIGURA DEL MÉDICO. En el mundo medieval, en general, el médico era, fundamentalmente, un clínico. No existían las especialidades, tal como hoy se conciben. Las intervenciones quirúrgicas las efectuaba el propio médico o se recurría a personajes de menor entidad, carentes de preparación científica.

En general, se propugnaba una medicina de tipo preventivo, siendo frecuentes los tratados sobre la conservación de la

salud, en los que se combinaban la utilización de medicamentos y alimentos. A ello se añadía un régimen de sueño, baños y ejercicios físicos adecuado a la constitución de cada organismo, así como consejos sobre el vestido o la vivienda.

El principal saber que debía tener un médico era el conocimiento del cuerpo. Siguiendo la teoría griega, en el origen del mundo se hallan cuatro principios fundamentales: el fuego, el aire, el agua y la tierra, que, a su vez, poseen cuatro elementos inmutables: el calor, el frío, la humedad y la sequedad. El fuego es caliente y seco, el aire es caliente y húmedo, el agua es fría y húmeda y la tierra es fría y seca. Siendo el hombre parte del universo, participa de los cuatro principios fundamentales y de los cuatro elementos. Las partes que componen el cuerpo son sustancias nacidas de la mezcla de los humores, lo mismo que los humores son sustancias nacidas de la mezcla de los elementos. Los cuatro humores que dan vida al organismo humano son la sangre, la flema, la bilis amarilla y la bilis negra, cada uno con sus características de humedad, sequedad, calor y frío.

El cuerpo se divide en cuatro partes, según la función que desempeñan: psíqui-

En general, se propugnaba una medicina de tipo preventivo, siendo frecuentes los tratados sobre la conservación de la salud, en los que se combinaban la utilización de medicamentos y alimentos

ca, que se ocupa de la percepción y el movimiento; animal o vital, que se ocupa de crear y mantener el calor natural; nutritiva y reproductora. Cada parte posee un órgano rector ayudado por otros secundarios.

El órgano principal de la función psíquica es el cerebro, del que salen la médula espinal y los nervios. El órgano principal de la función vital es el corazón, del que parten las arterias, que reparten el calor natural y la fuerza vital por el resto del cuerpo. La sangre se reparte por el cuerpo a través de las venas pulsátiles (arterias) y no pulsátiles (venas). El órgano principal de la nutrición es el hígado, que es donde el alimento se convierte en sangre. Las venas que salen de él llevan la sangre que nutre al cuerpo. Los otros órganos le ayudan a preparar los alimentos para ser digeridos y a eliminar los restos superfluos. Los órganos principales de la generación son los testículos y la matriz, y los órganos conductores, la uretra y los canales deferentes. En las mujeres hacen este papel los oviductos. El órgano más importante es el corazón; de él dependían los demás para su subsistencia.

Cada una de las partes del cuerpo, además de realizar una función propia, colabora con las demás. Todas las partes provienen del esperma y de la sangre.

Encontramos en la medicina árabe otros enlaces con la medicina griega. Será el caso del *pneuma* griego equivalente al *ruh* árabe, ambos con el sentido de aliento vital o espíritu vital. El *ruh* se define como un

vapor que se percibe en el cerebro y en el corazón, considerándolo como uno de los componentes del organismo.

Cuando el médico recibe a un enfermo debe determinar la proporción de sangre, bilis amarilla, bilis negra y flema en su organismo y, según predomine uno u otro, le asignará un carácter sanguíneo, bilioso, colérico o flemático. Si uno de los humores aumenta o disminuye su proporción, se produce la enfermedad, y el médico la remediará buscando restablecer el equilibrio humoral. Para ello empleará medicamentos que utilizará de modo aislado o combinado (simples o compuestos).

Deberá tener en cuenta las características de calor, frialdad, humedad o sequedad de cada uno y, al mismo tiempo, conocer cuáles son esas mismas características en los distintos alimentos, plantas, minerales o sustancias animales para aplicarlas al enfermo, buscando siempre llegar al deseado equilibrio humoral.

LA ENSEÑANZA. En el mundo árabe el núcleo primero de enseñanza, en general, fue la mezquita, alrededor del cual se fueron desarrollando, más tarde, las escuelas coránicas y, luego, la madraza.

El aprendizaje de la medicina en Oriente se hacía, sobre todo, en los hospitales, establecimientos sanitarios complejos. Al frente de cada uno existía un médico director, a cuyo cargo había otros médicos ayudantes. Los enfermos estaban divididos en dos grandes secciones: hombres y mujeres y, a su vez, cada sección se dividía en salas según los tipos de enfermedades: fiebres, heridas y golpes, oftalmología, etc. En al-

Distintas intervenciones quirúrgicas recogidas en el tratado de cirugía imperial del médico turco Serafeddin Sabuncuoglu (1385-1470).



gunos hospitales existían salas especiales de recreo para los convalecientes.

Los hospitales disponían, también, de unas habitaciones en las que se preparaban las medicinas que se necesitaban y, en algunos casos, de jardines botánicos en los que se cultivaban plantas medicinales. Cada día el médico jefe de la sala pasaba visita acompañado de los estudiantes, que así iban observando métodos curativos.

En al-Andalus, donde no hubo hospitales hasta que en el siglo XIV se levantó el de Granada, tal aprendizaje solía hacerse en las consultas de los médicos. El aspirante asistía a estas consultas, oía y veía lo que su maestro preguntaba o hacía al enfermo y luego se establecía entre ambos un diálogo sobre lo ocurrido.

En uno y otro caso, Oriente y al-Andalus, además de este aprendizaje práctico, el aspirante a médico debía estudiar los libros de los médicos más eminentes, tanto griegos como árabes.

En la Córdoba califal del siglo X se atendía a los pobres en las dependencias del palacio de Medina Azahara, o en ciertas instituciones (*rabad al-mardā*) de los arrabales de Córdoba. El resto de los enfermos acudía a las consultas de los médicos, cuya importancia se medía por el número de sillas que se colocaban ante la puerta.

Por los zocos se movían barberos, sangradores y otros personajes que realizaban pequeñas operaciones como sangrías, extracciones de muelas, aplicación de ventosas o cauterio, o preparaban recetas y aplicaban remedios, como ocurría con los denominados boticarios o drogueros.

En la Córdoba califal los pobres se atendían en Medina Azahara. El resto de enfermos acudía a las consultas de los médicos, cuya importancia se medía por las sillas que colocaba ante la puerta

CAUSA NATURAL. Cuando el conocimiento científico ya ha penetrado en al-Andalus, formándose de este modo una clase médica, se busca como causa fundamental de la enfermedad las alteraciones de tipo orgánico, provocadas por agentes internos, o motivadas por un desequilibrio humoral que acarrea una alteración en las funciones de los distintos órganos. Junto a estos factores dominantes habrá otras causas, como heridas, traumatismos u otros.

Para estas enfermedades se buscaba remedio en las plantas, en las sangrías, las ventosas o cualquier otro procedimiento que se considerara útil, con una eficacia que, en la mayoría de los casos venía avalada por la práctica. Es decir, era una medicina empírica.

En general, las enfermedades se combatían con remedios a base de elementos simples o compuestos. Se procuraba utilizar poco los medicamentos, intentado la curación con regímenes de comidas o ejercicios. Si no se lograba, se utilizaban los medicamentos más sencillos y, como paso siguiente, los compuestos. De modo excepcional se empleaba la triaca, medicamento inicialmente concebido como antídoto contra los venenos, considerado como una especie de panacea, formado por muchos ingredientes, de difícil y costosa preparación. Como terapia se podía incluir, también, el uso de olores, colores o sonidos agradables.

Como medicamentos utilizaron mucho los de origen vegetal y menos los de origen mineral, casi siempre empleados

en oftalmología, así como los de origen animal. De estos últimos, los más usados fueron las hieles de distintos animales, la sangre y la leche, incluida la de mujer.

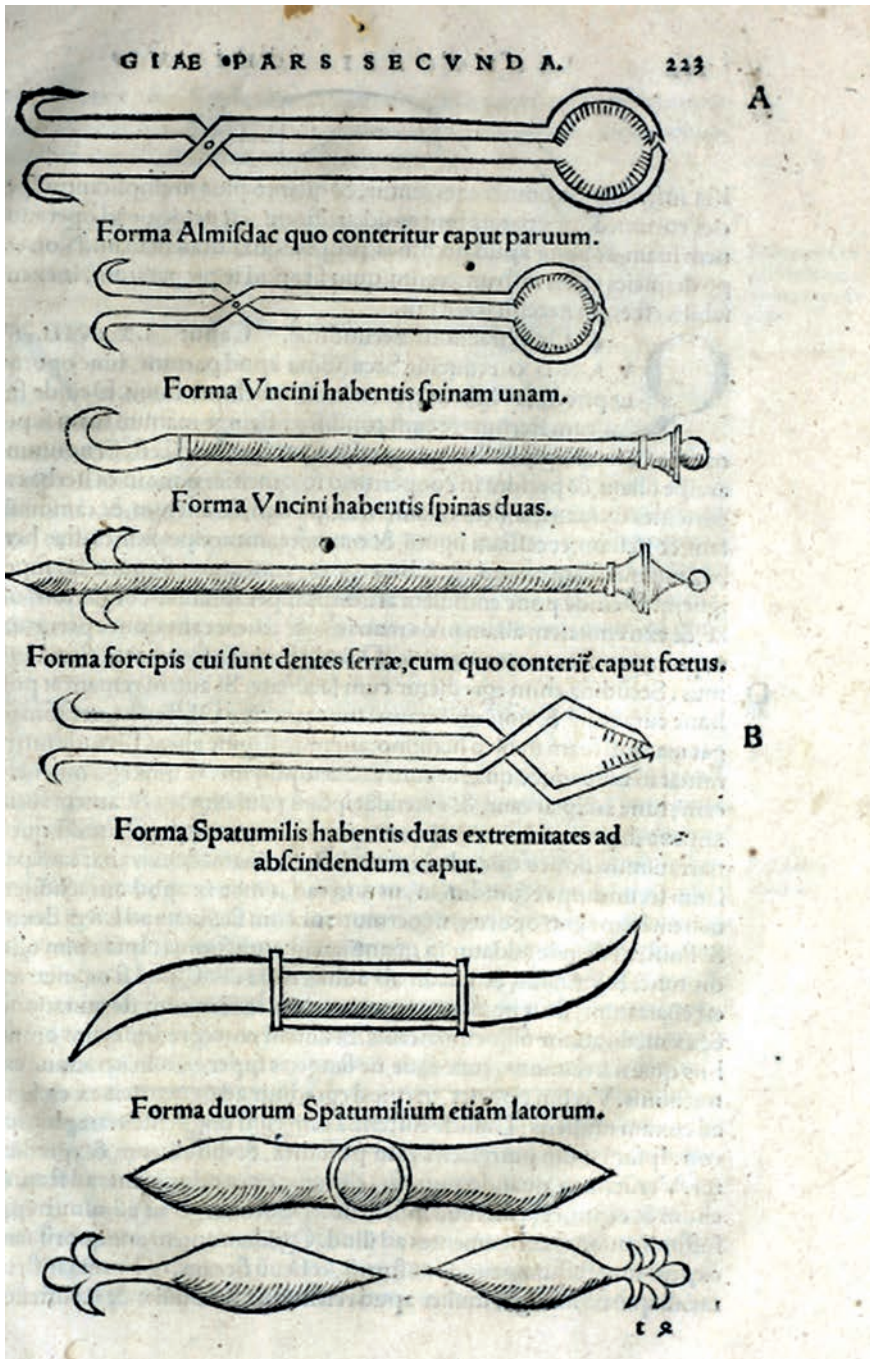
En sus tratamientos emplearon todo tipo de preparaciones: píldoras, pastillas, cataplasmas, lavativas, supositorios, pastas dentífricas, pastas depilatorias, emplastos y ungüentos.

En cuanto a los métodos quirúrgicos, como cirugía menor figuraban la extracción de muelas, las sangrías, o la aplicación de ventosas. También extirpaban amígdalas y vegetaciones, llegaron a hacer la traqueotomía, curaron hemorroides y fístulas y redujeron luxaciones y hernias. Como cirugía mayor la extracción de flechas, operaciones de hernias, reducción de fracturas u operaciones de cataratas. En estos últimos casos se empleaban anestésicos a base de opio, beleño, mandrágora o hachís (*cannabis*).

CAUSA SOBRENATURAL. La sociedad islámica siempre ha tenido muy presente la influencia del elemento sobrenatural. En este ámbito se inscribe la aparición de enfermedades debidas a la acción de genios maléficos o la de otros hombres que utilizan el mal de ojo o el encantamiento. En estos casos, los males son tratados empleando procedimientos mágicos o religiosos.

Las enfermedades que se podían curar por procedimientos de tipo creencial eran muchas. Se citan la lepra, la locura, la





Instrumental quirúrgico recogido en la traducción al latín de una sección de la famosa obra de medicina en árabe firmada por Abu al-Qasim Khalaf ibn al-Abbas al-Zahrawi, conocido como Abulcasis (ss. X y XI). Nacido en Medina Azahara, este médico trabajó en las cortes andaluzas de 'Abd al-Rahman III, Al-Hakam II y Al-Mansur.

que se hace para solucionar un problema concreto. La base de todo era la creencia de que lo sobrenatural supera a lo real y que el bien procede de Dios, del Profeta o de personas santas y el mal de genios o demonios de diversas procedencias y diversas clases.

Las personas santas que podían aplicar la curación empleaban su propia saliva, como soporte del espíritu, su aliento, también como soporte espiritual, la imposición de manos y la recitación de fórmulas religiosas.

Estos dos tipos de medicina, la de base científica y la popular, con caracteres religiosos y mágicos, convivieron largo tiempo. El conocimiento de los saberes griegos nunca significó la desaparición de estas prácticas, por el contrario, la convivencia entre las dos medicinas, la científica y la creencial, se mantuvo a lo largo de siglos, dándose la circunstancia en el caso de al-Andalus que, cuando la primera se diluyó en traducciones latinas y se divulgó por Europa, la segunda se mantuvo pujante. A lo largo del siglo XVI los moriscos siguieron empleando muchas de las artes curativas que habían traído los árabes a la Península en el siglo VIII.

EL LEGADO A EUROPA. Será la medicina que denominamos científica la que dio días de esplendor a nuestra cultura y la que sirve de referencia histórica al ser conocida en Europa por medio de traducciones.

Las primeras traducciones del árabe al latín se hicieron en la Marca Hispánica en el siglo X, con centro en Ripoll y su monasterio de Santa María, a cargo de mozárabes procedentes de la España musulmana. Con los monjes que desde Alemania o la Galia llegaban a estudiar en este monaste-

En al-Andalus no hubo hospitales hasta que se levantó el de Granada en el siglo XVI. El aprendizaje se realizaba en las consultas de los médicos. El aspirante oía y veía lo que hacía su maestro en las sesiones

elefantiasis, la tos, las enfermedades del vientre, la fiebre y el mal aliento, aunque las más habituales eran las fiebres, los malos sueños, los ataques epilépticos y los dolores fuertes. A ellas se podrían añadir distintos tipos de llagas, heridas e, incluso, hemorragias.

Para curarlas el musulmán acudía, sobre todo, a sahumeros, recitación de jaculatorias o empleo de amuletos y talismanes. Amuleto es cualquier objeto natural al que se le atribuyen poderes sobrenaturales y protege contra todo tipo de mal, mientras el talismán es algo artificial,



rio o en Vic, se comienza a tener conciencia de lo superior que era lo que los árabes podían ofrecer a lo que ellos poseían, y el interés se despierta.

Habrà un breve intervalo en el siglo XI en el que cesan las traducciones, en parte por la disolución del califato cordobés y la aparición de los reinos taifas, llegándose en algunos lugares a prohibir la venta de libros de ciencia árabe a los cristianos.

A partir del siglo XII reaparece la traducción al latín. A las ciudades llegan clérigos y estudiosos que buscan la ciencia árabe y, así, Barcelona, Toledo o Tarazona son centros donde se vierten al latín, y también al hebreo, los textos árabes. La difusión de estos serviría, con el paso de los siglos, para recuperar obras cuya versión original se había perdido o era incompleta.

El siglo XIII es el más importante en esta faceta de trasvase de la ciencia árabe a Europa. La corte de Alfonso X adquirió papel primordial en esta tarea, con la peculiaridad de que, a partir de estas fechas, las traducciones hebreas alcanzan, prácticamente, el mismo volumen y nivel de las latinas. También con este rey se inician las traducciones del árabe al romance.

Europa, por su parte, iba a conocer el nacimiento de las primeras universidades. Serán tres las instituciones poderosas que busquen y reciban esta ciencia: la iglesia, las cortes y las universidades. No olvidemos las sinagogas a las que también aflúan las traducciones hebreas.

En los siglos siguientes (XIV-XVI) su difusión, favorecida por la aparición de la imprenta, contribuyó a que lo mejor del

Más información:

- **Álvarez de Morales, Camilo y Molina López, Emilio (coords.)**
La medicina en al-Andalus
El Legado Andalusi, Granada, 1999.
- **Álvarez de Morales, Camilo**
"Elementos mágicos y religiosos en la literatura médica andalusí" en *Ilu. Revista de Ciencias de las Religiones*. Anejos, 16, 2006, pp. 23-46.
- **Forcada, Miquel**
Ética e ideología de la Ciencia. El médico filósofo en al-Andalus (siglos X-XII). Fundación Ibn Tufayl, Almería, 2011.
- **García Ballester, Luis**
Los moriscos y la medicina. Un capítulo de la medicina y la ciencia marginadas en la España del siglo XVI. Labor, Barcelona, 1984.
- **Jacquart, Danielle y Micheau, Françoise**
La médecine arabe et l'occident médiéval, Maisonneuve et Larose, París, 1990.
- **Peña, Carmen y Girón, Fernando**
La prevención de la enfermedad en la España bajomedieval. Universidad de Granada, 2006.
- **Samsó Moya, Julio**
Las ciencias de los antiguos en al-Andalus, Fundación Ibn Tufayl, Almería, 2011.
- **Vernet Ginés, Juan**
La cultura hispanoárabe en Oriente y Occidente. Ariel, Barcelona, 1978.

**Ilustraciones de plantas medicinales
procedentes de las distintas ediciones
de la obra de Dioscórides *De materia medica*.**

pensamiento europeo conociera y diera a conocer la ciencia árabe que, en no pocos casos, trascendió más allá del Renacimiento.

Con la introducción de la ciencia árabe en Europa, la cultura musulmana cumplió un papel y una etapa fundamental en la historia de la ciencia universal. Al-Andalus fue la intermediaria entre Oriente y Europa, rescatando para ésta los saberes griegos que, tal vez, de otra forma se hubieran perdido y, además de ello, había proporcionado cuanto aquí se había producido, con Averroes, Maimónides o Avenzoar como figuras destacadas. ■

La asistencia hospitalaria en tiempos del Barroco

Entre la caridad, el refugio y la reclusión

JUAN IGNACIO CARMONA

UNIVERSIDAD DE SEVILLA

Aunque la pobreza y la enfermedad se sentían por doquier, era la mentalidad religiosa imperante la que sustentaba el andamiaje hospitalario del Siglo de Oro. Era variada, abarcando diversas modalidades, siendo las más habituales las de refugio de indigentes, de recogida de expósitos y menores, de asilo o reclusión y de atención a enfermos. La especificidad hospitalaria y patológica se mostraba como una exigencia institucional.

Frente a la admisión indiscriminada de peregrinos, indigentes y dolientes que se había practicado durante el Medievo, en la mayoría de los centros asistenciales de los primeros tiempos modernos se impuso la distinción de ingresados, siendo normal que tuvieran una especialización por sexo (para hombres o para mujeres), por edad (casas de expósitos, orfanatos, asilos), y por dolencias (lepra, erisipela, calenturas, bubas, heridas, incurables, locura). Sus puertas no estaban abiertas para todos los que quisieran ingresar, pues se encontraban condicionados por constituciones restrictivas que limitaban el acceso y la atención a dispensar.

Por lo común pequeños y modestos, se localizaban con preferencia en el interior de los cascos urbanos y sus inmuebles mostraban múltiples deficiencias de extensión, equipamiento y condiciones higiénicas. Su capacidad de acogida no era muy grande en la mayoría de los casos. Muchos nacieron por iniciativa de particulares, por medio de un esfuerzo individual o, más frecuentemente, por obra de asociaciones caritativas. Los menos debieron su existencia a las corporaciones locales, civiles o eclesiásticas, y algunos a la Corona.

Lo normal era que el fundador o fundadores dejasen bienes y rentas que posibilitasen su permanencia, que se designase a los patronos encargados de su mantenimiento y control, y que se le otorgase una constitución o reglamento, señalándose expresamente, entre otras disposiciones, para qué se destinaba, quiénes serían los acogidos y qué obligaciones tendrían. De ahí que el conjunto presentase diversas finalidades y abarcase múltiples formas de ayuda caritativa, gozando cada componente de amplia autonomía en función de su propia constitución, aunque la mayor parte quedaba bajo la jurisdicción eclesiástica, considerándose sus bienes asimismo como eclesiásticos a consecuencia del papel tutelar de la Iglesia.

Dentro del mundo asistencial también se encontraban las morberías de infectados que surgían a raíz del estallido de un fuerte brote epidémico. A instancias de las autoridades municipales se constituían de forma provisional uno o varios centros de aislamiento de contagiados que se suprimían al terminar la epidemia.

LOS HOSPITALES. Vamos a especificar los establecimientos existentes en los inicios de la época del Barroco mediante un recorrido selectivo por la geografía urbana andaluza. Comenzando por la zona malagueña, la capital contaba con cinco, bastante modestos: el de Convalecientes, donde se recogían algunos indigentes y expósitos; el de San Lázaro, de leprosos; el Hospital Real de la Santa Caridad para enfermos de calenturas y llagados; el de Santa Ana, de sifilíticos, y el de Santo Tomás, para hombres indigentes con males curables.

Por su parte, Antequera disponía de otros cinco de cierta entidad: el de la Limpia Concepción y la Casa Cuna de expósitos, ambos con patronato de cofradía; tres de cuidados sanitarios, también dependientes de cofradías, a saber, el de La Caridad, con atención a hombres que tuviesen

MEDICINA Y SALUD PÚBLICA

El conjunto hospitalario del Barroco hay que valorarlo desde la perspectiva de la religiosidad y del poder eclesiástico, de la misericordia y la caridad, no desde la óptica sanitaria, ni de labor humanitaria auspiciada por

la sociedad civil o por los poderes públicos. Asimismo, el desorganizado entramado de establecimientos de ayuda al prójimo que se había formado desde tiempos atrás se explicaba más en función de los promotores y dotadores que de los acogidos y asistidos. Los hospitales no se crearon en respuesta a las ínfimas condiciones de vida que padecía buena parte de la población, ni para paliar las muchas necesidades que sufría, sino por la búsqueda de la salvación eterna de los fundadores y patrocinadores.



Escultura de barro policromado en la que se representa a San Juan de Dios socorriendo a un enfermo.

enfermedades no contagiosas, que disponía de ocho camas; el de San Sebastián o de las “bubas”, para varones sifilíticos, su capacidad no iba más allá de diez camas; y el de San Juan, que recibía a mujeres con bubas y llagas, con ocho camas. Para atender a quienes salían de estos centros, el Licenciado Andrés de Pesquera fundó por entonces el de los Convalecientes, que tenía diez camas. Había además otros dos, el del Santísimo Nombre de Jesús, pequeña hospedería de viandantes y peregrinos, de fundación particular, con muy limitadas rentas, y el de las Buenas Nuevas, restrictivo y privado, pues únicamente costeara el mantenimiento y educación de los descendientes del fundador, el licenciado Juan Díaz de Salazar.

Pasando al área gaditana, en el Puerto de Santa María había una media docena. Sólo el que dependía de la cofradía de la Misericordia ofrecía alguna hospitalidad, mínima y deficiente ya que disponía de ocho jergones viejos y deteriorados, sin sábanas ni almohadas, para recibir a unos pocos enfermos siempre que sus males no fuesen contagiosos. Los de la Sangre, San Andrés y Santa Lucía se encontraban vacíos y abandonados, y el de San Bartolomé, hospedería de viandantes, lo único que ofertaba de cobijo era el sucio suelo de una habitación ruínosa, aunque estaba en tan malas condiciones que su derribo parecía inminente.

Jerez de la Frontera disponía aproximadamente de una docena, pero las malas condiciones en que se encontraban y la escasa capacidad de acogida de la gran mayoría de los centros condicionaban muy negativamente la oferta de socorro social, sustentada sobre todo en la labor caritativa que algunas asociaciones o corporaciones ejercitaban. Tres o cuatro (la de la Concepción o de las Viejas, Natividad, San Pedro Apóstol y tal vez la de San Martín) albergaban por la noche a un corto número de mujeres desvalidas. Dos o tres (San Bartolomé, San



AH
JULIO
2018
15

Museo Casa de los Tiros de Granada. Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía

Muchos hospitales nacieron por iniciativa de particulares o por obra de asociaciones caritativas. Los menos debieron su existencia a las corporaciones locales, civiles o eclesiásticas y algunos a la Corona

Blas y quizás la de San Sebastián) daban un transitorio y mínimo cobijo nocturno a peregrinos y viandantes. Otras tres recibían a determinados enfermos, casos de la Misericordia, Santa María o de la Sangre, y San Cristóbal (Bubas), a las que se sumó la hos-

pitalidad de la Candelaria, recién fundada por el beato Juan Grande.

También en la localidad sevillana de Carmona funcionaban alrededor de una decena de instituciones caritativas, a saber, tres o cuatro que auxiliaban a unos



El Hospital de la Sangre de Sevilla en un grabado de Pedro de Tortolero del siglo XVIII.

cuantos indigentes, sobre todo a mujeres, o que practicaban la ayuda mutua, más la media docena aproximadamente que admitía a un corto número de enfermos. Entre aquellas se encontraban el de la corporación gremial de Santa María de la O y San Ildefonso, el de la cofradía de San Blas y el de la Magdalena (fundación particular), donde se cobijaban por la noche algunos pordioseros, ofreciéndoles unas sencillas esteras de neas para dormir y un poco de aceite para la lumbre. Dentro de los que constituían el grupo de los que asistían a enfermos, por lo general a una cantidad bastante reducida considerando su pequeña capacidad y las bajas rentas que tenían, estaban los de San Marcos, San Felipe, San Sebastián y Santa María, en el que únicamente se socorrieron a tres pacientes en un año. Mejor dotados y con mayor capacidad eran el de la Misericordia, fundado por doña Beatriz Pacheco, duquesa de Arcos, para curar y dar de comer a los pobres, y el de N^a S^a de la Paz, de la Orden de San Juan de Dios, vulgo de los Desamparados, destinado a atender a quienes padecían calenturas y heridos. Los dos últimos eran los únicos que contaban con un personal médico especializado.

"Que se quiten tantos hospitalitos"

Informe elaborado por el vicario de El Puerto de Santa María a propósito de la necesaria reducción del número de hospitales .

"Digo que esta ciudad tiene necesidad de que haya un hospital que en él se curen pobres así naturales como extranjeros porque no lo hay, porque aunque hay los hospitales declarados en todos ellos no hay hospitalidad ni se curan pobres ni les dan cosa alguna respecto de la pobreza que tienen y que no tienen rentas para ello... Que se quiten tantos hospitalitos y abra uno que sea el que conviene".

El conjunto hospitalario de la ciudad de Granada no llegaba a una docena de centros, aunque bien es verdad que entre ellos destacaban varios por su tamaño, capacidad de acogida y operatividad. Cuatro se vinculaban a cofradías que socorrían

a determinados tipos de enfermos, eran pequeños y ofertaban un reducido número de camas. El que más tenía era el de la hermandad de la Caridad, con diez o doce para mujeres con calenturas. La del Corpus Christi disponía de seis para hombres heridos. Otros dos pertenecían a cofradías gremiales, el de los Tejedores, con tres camas para hombres con calenturas, y el de San Sebastián, de los comerciantes y tratantes de ganado, también con solo dos o tres plazas para heridos o febriles.

Además de los asociados a estas corporaciones, existían dos de patronazgo de la Corona: el Real, donde había casi una treintena de camas, veinticuatro para la asistencia de bubas y de dos a seis para inocentes o locos, y el de San Lázaro, que únicamente contaba con cuatro para leprosos. Asimismo un par se encontraba bajo patronato de la Iglesia, el de Santa Ana, con disponibilidad de unas treinta camas para atender a hombres con calenturas, y la hospedería de los Peregrinos, que ofertaba ocho plazas para estancias de no más de tres días. Superando con creces a todos los anteriores en cuanto a funcionalidad estaba el de los Hermanos de San Juan de Dios, en el que había unas ciento sesenta

camas para cualquier tipo de enfermedades. Completaba el conjunto dos centros de convalecientes, ambos de fundación privada: el de Navas, que disponía de cinco a diez camas para recoger durante no más de diez días a hombres que habían sido dados de alta en el hospital de Santa Ana, y el Ramírez de Alarcón, con cuatro plazas para quienes procedían del de San Juan de Dios.

El número de establecimientos asistenciales en la capital cordobesa se acercaba a la treintena. Casi dos tercios de ellos eran de cofradías, disponían de escasos recursos y solían ser pequeños. Se limitaban los menos a albergar durante algunos días a unos pocos transeúntes o peregrinos, siendo los casos del que tenía en la calle Feria la hermandad del Corpus Christi, con ocho camas para sacerdotes pobres viajeros, el de la Encarnación para hospedar a ciegos forasteros y el de los Santos Mártires. Los más ofrecían cobijo nocturno a unas cuantas mujeres indigentes. El que mayor capacidad mostraba era el de N^a S^a de la Consolación (catorce), seguido por el del Corpus Christi (ocho), el de la Santísima Trinidad (siete), el de Jesús Nazareno (seis) y de N^a S^a de Rocamador (cinco o seis). Algunos recibían sólo a dos o tres, como tal vez podrían ser el de San Andrés y el de la Sangre de Jesucristo, otros ni siquiera llegaban a tan exigua cifra, como el de Santa Quiteria (una), no faltando aquellos (alrededor de media docena) que habían dejado de prestar asistencia y no recibían a ninguna indigente.

Junto a los mencionados existía en Córdoba un grupo relevante de centros hospitalarios, mejor dotados y con finalidad sanitaria. El más importante quizás fuera el de San Sebastián, administrado por el Cabildo Catedralicio, que ofrecía asisten-



Cirujano de aldea. Grabado de una obra de David Teniers realizado por I. Coelémans en 1703.

Lo normal era que el fundador dejase bienes y rentas para garantizar su permanencia, que se designase a los patronos encargados de su mantenimiento y control y que se le otorgase un reglamento

cia médica variada. El de Santa María o de los Ríos, llamado así por estar vinculado su patronato a este linaje, socorría a hombres con calenturas. Al mismo fin, además de atender a los heridos, se destinaba el de la Caridad, el más rico. Con menores recursos aparecía el de los Desamparados, donde asimismo se auxiliaba a enfermos de calenturas. El tratamiento de bubas se dispensaba en el de Antón Cabrera, en el de San Bartolomé, y en el de la Lámpara, de mujeres. Para convalecientes estaba el de San Andrés, fundación particular. También contaba la capital con el de Jesucristo o Casa de los Locos. Con una mayor

variedad asistencial se mostraba el hospital Real de San Lázaro, administrado por la Orden de San Juan de Dios, donde se recibían pacientes con calenturas y otras afecciones, a convalecientes y en casos de epidemias a contagiados.

De todas las ciudades andaluzas era Sevilla la que presentaba un entramado hospitalario más amplio y diversificado. Estaba compuesto por muy distintas clases de establecimientos, la mayoría de los cuales casi no desarrollaba una verdadera labor asistencial. Un primer grupo lo integraban los vinculados con las corporaciones gremiales que, como mucho, auxiliaban



San Juan de Dios libra del fuego al Hospital Real de Granada. Grabado de Herman Panneels (1597).

"Sean curados y alimentados"

■ Auto de la Junta de Salud de Sevilla del 7 de mayo de 1600:

"Habiendo la Ciudad tenido noticia que en ella hay muchos pobres, así naturales como forasteros, y que por falta de hospitalidad y sustento se mueren por las calles, y queriendo socorrer estas necesidades ha mandado que en una casa particular sean curados y alimentados, lo que se pregona para que venga a noticia de todos".

a sus propios integrantes y familiares, ayudándoles económicamente en casos de accidente o enfermedad, sufragando los funerales de los que fallecían, o socorriendo a viudas e hijos. No actuaban como centros de asistencia pública, ni ofrecían cuidados sanitarios.

Un segundo grupo igualmente numeroso estaba formado por los centros de las hermandades de penitencia y cofradías de caridad. Sólo unas cuantas de estas asociaciones desarrollaban ciertas acciones benéficas, tales como la concesión de dotes para doncellas que querían contraer matrimonio o ingresar en algún convento, distribuir limosnas, acoger a menesterosos, rescatar cautivos, etc., realizando así las llamadas obras de misericordia hacia los necesitados. Si sumamos los establecimientos propios de cofradías y herman-

dades, tanto los que dependían de las corporaciones gremiales como los de las asociaciones de penitencia y caridad, se alcanza un número aproximado de ochenta, de los cuales solamente unos pocos se podrían considerar hospitalarios.

Entre los que mostraban claras referencias asistenciales estaban las instituciones destinadas a la acogida de menores, de viejos y de impedidos, es decir, orfanatos, albergues y asilos. La Casa de los Niños Perdidos fue fundada inicialmente para acoger a niños y muchachos huérfanos y forasteros que deambulaban por la ciudad. Quedó más tarde únicamente para la atención de niñas huérfanas, a las que se mantenía y adoctrinaba cristianamente en un ambiente de sumisión y disciplina hasta tanto se lograba darles una ocupación, por regla general en el servicio doméstico.

La Casa de los Niños de la Doctrina, para muchachos huérfanos, casi idéntica a la anterior e igualmente funcionando como un correccional de menores. La casa-cuna de San José, para los expósitos. El asilo de San Bernardo, vulgo de los Viejos, para el cuidado de ancianos de ambos sexos que estuviesen muy necesitados. Se admitían exclusivamente a pobres vergonzantes naturales de Sevilla y excepcionalmente a forasteros ancianos.

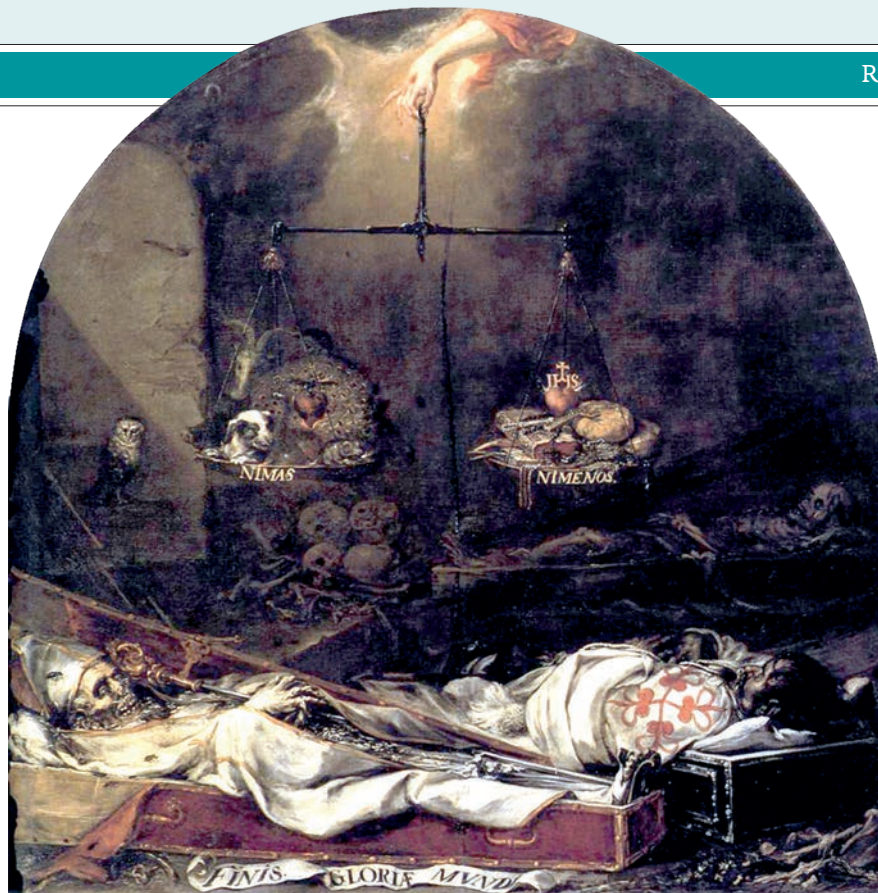
El hospedaje de N^{ra} S^a del Pilar o de los Escuderos del Rey, surgido en la Edad Media como albergue para peregrinos, pero que desde el reinado de los Reyes Católicos se destinó para dar cobijo a gente de armas que por lesiones, pobreza o vejez lo necesitaban. No obstante, al no contar ya con rentas suficientes la capacidad que tenía era mínima, hasta el punto de que sólo estaban en él varios soldados pobres.

Había además una serie de refugios donde se recogían o recluían enfermos con males específicos e incurables. El de los Desamparados, que acogía a "llagados". La Casa de San Antón, para los que sufrían el "fuego sacro" (erisipela). El de San Lázaro, de los leprosos. El de los Inocentes, para los "locos". El de la Paz, de la orden de San Juan de Dios, para quienes padeciesen dolencias incurables y no contagiosas. Y estaban los que más propiamente calificáramos hoy de hospitales, los terapéuticos.

El de San Hermenegildo o del Cardenal, para los heridos y lastimados por golpe, caída o accidente. El de las Cinco Llagas o de la Sangre, para mujeres con cualquier tipo de enfermedad que no fuesen contagiosas. El de San Cosme y San Damián, vulgo de las Bubas, para hombres y mujeres que padeciesen el “mal gálico” (sífilis). El del Amor de Dios, para hombres con calenturas.

LAS REDUCCIONES. Ante el acrecentamiento numérico, pero sobre todo por las deficientes condiciones en que se encontraban muchos establecimientos y por la escasa operatividad que tenían, se planteó limitar la cifra de los existentes, concentrándolos en unos pocos. Durante el último tercio del siglo XVI y primeras décadas del XVII, desde la instancia del Consejo Real se propició una política de reunificación que en Andalucía solo pudo aplicarse en unas pocas ciudades, mientras que en muchas otras los intentos fracasaron.

Fueron diversas las dificultades y oposiciones surgidas, tanto de los patronos y administradores de los centros que corrían el peligro de desaparecer como de las corporaciones locales celosas de la mediación del poder central, e incluso de ciertos sectores eclesiásticos contrarios al intrusismo del Estado en un campo reservado y casi monopolizado por la Iglesia. Todo ello sin contar con la opinión manifestada por una mentalidad tradicional enfrentada a cualquier tipo de cambio, que veía en las reducciones una alteración contraproducente que atentaba contra la voluntad de los fundadores y protectores, y que podía



En la iglesia del hospital de la Santa Caridad, edificio del barroco sevillano, sede de la institución benéfica promovida por Miguel de Mañara, se custodian dos obras maestras de Valdés Leal, que contienen una profunda meditación sobre la muerte: *Finis gloriae mundi* (en la imagen) e *In Ictu Oculi*.

acarrear una disminución del fervor caritativo de los particulares hacia los centros que se querían suprimir.

El proceso de reducción en Sevilla fue el más significativo. Iniciado en 1587 tardó bastante tiempo en culminar. Se concentraron 74 pequeños centros en dos: el ya existente del Amor de Dios, que se amplió, y otro de nueva planta, el del Espíritu Santo. Cada uno absorbió la mitad, es decir, treinta y siete, de los suprimidos. Los que se redujeron fueron casi la totalidad de cofradías gremiales y los de hermandades de penitencia y gloria, permaneciendo por el contrario gran parte de los incluidos en las otras modalidades. Los catalogados como orfanatos, albergues y asilos, destinados a recoger niños, impedidos y viejos, permanecieron todos.

Del mismo modo no vieron alterada su existencia los establecimientos donde se recluían a determinadas clases de aquejados con padecimientos específicos y peligrosos. Tampoco hubo modificación en el grupo de los nosocomios, de los hospitales

que atendían terapéuticamente a los enfermos. En realidad, la controvertida unificación apenas alteró la oferta asistencial y sanitaria que había hasta

entonces. También la medida tuvo alguna incidencia en Jerez, donde en las postrimerías del Quinientos varios centros asistenciales vinculados a cofradías fueron reunidos y agregados al hospital de la Candelaria. Fracasó su implantación en Córdoba, y en Granada, tal vez se pudo llevar a cabo, aunque con incierto resultado, en El Puerto de Santa María, mientras que en otras localidades se realizó de manera parcial y en fechas posteriores, como sucedió en Carmona (1615), Antequera (1629) o Écija (1630). ■

Más información:

- **Aranda Doncel, Juan**
Cofradías y hospitales en Córdoba a fines del siglo XVI.
CEIRA, 2, Madrid, 1991.
- **Cambil Hernández, María Encarnación**
Los hospitales de Granada (siglos XVI-XXI).
Universidad de Granada, 2010.
- **Carmona, Juan Ignacio**
Las redes asistenciales en la Sevilla del Renacimiento.
Universidad de Sevilla, 2009.
- **León Vegas, Milagros**
El sistema benéfico asistencial en la Antequera Moderna.
Universidad de Málaga, 2006.

La actividad silenciosa de cuidar

Enfermeras y enfermeros en la Edad Moderna

DIEGO JOSÉ FERIA LORENZO

UNIVERSIDAD DE HUELVA

El cisma provocado en la Iglesia católica tras los escritos de Martín Lutero a principios del siglo XVI provocó una división que afectó a muchos aspectos de la vida de la población en la Europa de principios de la época moderna. La actividad cuidadora, hasta el momento mayoritariamente en manos de eclesiásticos, se vio interrumpida en aquellos territorios que pasaron a depender de países que se incorporaron a las iglesias surgidas al amparo de las nuevas confesiones. Anglicanos, calvinistas, etc., expulsaron de sus territorios a las religiosas/os que desempeñaban su labor caritativa en hospitales, orfanatos y hospederías, dejando un vacío que, progresivamente, irá creando un problema de índole social.

El lugar de estos religiosos lo ocuparon personas de la más baja condición social. A estos individuos se les ofrecerán estos trabajos, conmutando incluso delitos de cárcel de todo tipo, con la consiguiente degradación de las condiciones cuidadoras en las instituciones hospitalarias. Los escritos de reformadores sociales como John Howard, o la labor de la cuáquera Elizabeth Gurney Fry, ya en el XVIII y el XIX, denunciando la situación en la que se encontraban estas instituciones contribuyeron a ir solucionando este pésimo escenario social. El pastor evangelista Theodor Fliedner inició la formación de enfermeras en Alemania en el Instituto de Diaconisas de Kaiserwerth. Florence Nightingale, con la creación de la escuela de enfermeras en el hospital de Saint Thomas de Londres, contribuyó a favorecer la profesionalización del cuidado en el ámbito anglosajón.

La Monarquía Hispánica, por su parte, blindará su territorio con la ayuda de la Iglesia postridentina para evitar que pudieran llegar las obras que divulgaban la doctrina protestante. De este modo, en los territorios que permanecieron bajo la influencia de la Iglesia de Roma, tras la reordenación doctrinal en el Concilio de Trento, se produjo un incremento de la religiosidad. La creación de seminarios para la formación de los eclesiásticos a partir de este concilio ecuménico llevó a un desarrollo de la oratoria, aspecto bien utilizado en los púlpitos. Paralelamente, o quizás por la influencia del contexto en el que la Iglesia tiene un papel destacado, se desarrolla medio siglo más tarde, en el sur de Europa, un movimiento cultural, el Barroco, que contribuirá, más si cabe, a estas formas de religiosidad. Como cultura visual esta corriente artística, en una sociedad eminentemente analfabeta, infundirá en la sociedad, gracias a la temática imperante y bien utilizada, un cierto miedo por los temas tratados. La futilidad en el paso por la vida, y como consecuencia de ello el sacrificio que se le pide a todo cristiano y los últimos días de la existencia terrenal de Jesucristo, constituyen algunos de esos motivos articulados en la pintura. En la escultura el centro temático serán las escenas de la pasión, bien recreada en la imaginería religiosa, protagonista de los desfiles procesionales de la Semana Santa en todo el sur peninsular.

En este contexto de incremento de la religiosidad surgieron órdenes masculinas en las que sumaron a los tres votos habituales de obediencia, pobreza y castidad, un cuarto, el cuidado de enfermos.

En el caso de las féminas, la actividad cuidadora silenciosa tuvo lugar en las salas de hospitales destinadas al ingreso de mujeres en régimen de semi-comunidad religiosa, sin votos, pero a veces recluidas de por vida con la simple intención de servir a los demás.

MEDICINA Y SALUD PÚBLICA

A partir de la regulación de la iglesia postridentina y al amparo de la religiosidad barroca surgieron órdenes religiosas con un cuarto voto, el cuidado de enfermos, una labor que se desempeñaba en hospitales creados a

tal fin. En el caso andaluz hay que citar a los hermanos de San Juan de Dios, comunidad cuyo origen fue la ciudad de Granada, y a los hermanos pobres de los enfermos u obregonos, instituida en la capital del reino, con varios hospitales en el sur peninsular. Al amparo de estas órdenes vieron la luz los primeros manuales para la formación de enfermeros/novicios, en alguno de los cuales había incluso un capítulo dedicado a los cuidados a los enfermos muy graves ante el trance de su muerte.





Colección particular.

Lección de medicina en el Hospital de las Cinco Llagas de Sevilla. Hacia 1920.

Los ingresos hospitalarios en época Moderna se limitaban a población enferma con bajos recursos económicos, indigentes o nobles arruinados, aunque el sentimiento general era de lucha por no ser usuario de estos centros. Las instituciones hospitalarias se asociaban con la pobreza y con la muerte. La alta jerarquía eclesiástica, el estamento nobiliario en general y las grandes fortunas, o todo aquel que pudiera costearlo, pagaban a los profesionales de la salud. Médicos o cualquier otro sanitario del que se pudiera necesitar sus servicios, se desplazaba a sus domicilios para que los atendieran directamente, con el cuidado directo de la servidumbre.

La hospitalidad en las poblaciones de los reinos que comprendían la actual Andalucía aparece con multiplicidad de instituciones en todo el territorio con diversa tipología, atendiendo, bien a la patología que atendía cada uno, bien a la edad de los grupos humanos a los que daban ingreso.

La evolución de la hospitalidad en la modernidad tiene que ver con esta multiplicidad de instituciones para el ingreso de personas. El vagabundeo como fenómeno europeo se incrementó con las guerras y las epidemias, y su control generó la creación de algunos de estos establecimientos. En el XVIII la población no integrada en

El colegio de cirugía de Cádiz, buque insignia de la capacitación quirúrgica en España, vio la luz a mediados del siglo XVIII, al que siguieron la fundación de los colegios de Barcelona y Madrid

la sociedad, sin medios materiales para su atención, fue controlada en ellos. La beneficencia formó parte de una política cuyo objetivo fue el afrontamiento de problemas que en algunos casos generaban, o bien podían llegar a crearse, por vagabundos y desvalidos, siendo el internamiento lo más óptimo para el mantenimiento de las estructuras sociales. De ahí que el hospital llegara a tener funciones penales, asilares, con talleres de “formación” y de sanidad. Se intentará regenerar a los individuos reclusos para conseguir que tuvieran una conducta ejemplar. Una férrea disciplina y el cumplimiento de los preceptos y doctrina de la Iglesia fueron las intervenciones con las que se intentó generar los cambios en las personas que ingresaban en estas instituciones.

PROFESIONES SANITARIAS. La formación médica ya en el siglo XVIII, tras la reforma de 1771, se lleva a cabo separada de la de cirugía hasta mediados del siglo XIX. La educación en las cátedras de cirugía era

para la enseñanza de los cirujanos latinos, llamados así por su instrucción universitaria, a diferencia del romancista, cuya preparación no estaba dentro de esta institución docente y cuyo estudio se realizaba en castellano. La formación de la cirugía a partir del XVIII se realizó, casi de forma generalizada, en los colegios de cirugía. Así el de Cádiz, buque insignia de la capacitación quirúrgica en España, vio la luz a mediados del XVIII, al que le siguieron la fundación de los de Barcelona y Madrid.

Bajo el nombre de empíricos podemos incluir a un grupo de profesiones relacionadas con la salud que desempeñaron sus ministerios en el Antiguo Régimen hasta la creación de las leyes educativas y la regulación formativa de estas profesiones en el siglo XIX. En este grupo de sanitarios no existió ningún tipo de regulación académica reglamentada. Tras una revisión de las *Leyes de la Novísima Recopilación* tan solo se han identificado normativas relativas a los exámenes para poder ejercer la actividad, tutelados por el Real Tribunal del Protome-

**TABLA I: HOSPITALES DE SAN JUAN DE DIOS
EN EL SUR PENINSULAR EN EL SIGLO XVIII**

REINOS DE CÓRDOBA, GRANADA, JAÉN Y SEVILLA

CÓRDOBA: fiebres continuas o intermitentes, a excepción de accidentes o contagiosos
CABRA: todo tipo de enfermedades
LUCENA: masculino
JAÉN: un hospital
ÚBEDA: para unciones a gálicos
GRANADA: curación de todos los accidentes a enfermos de ambos sexos
MÁLAGA: todo género de enfermos y heridos
RONDA: dos hospitales, uno para enfermos y otro para niños expósitos
SEVILLA: uno para enfermos incurables
ÉCIJA: convalecencia
CÁDIZ: un hospital
SANLÚCAR DE BARRAMEDA: calenturas, no tisis
JEREZ DE LA FRONTERA: calenturas y heridas

Fuente: Candau Chacón, María Luisa: *Iglesia y sociedad en la campiña sevillana...*, y PARES, Respuestas Generales Catastro de Ensenada. Visor de Localidades..., Respuestas 30. Elaboración Propia.

**TABLA II: HOSPITALES DE LOS OBREGONES
EN EL SUR PENINSULAR EN EL SIGLO XVIII**

REINOS DE CÓRDOBA, GRANADA, JAÉN Y SEVILLA

SEVILLA: Hospital de convalecientes de Ntra. Sra. del Buen Suceso
ARAHAL: Hospital de la Caridad y Misericordia
CAZALLA
GUADALCANAL
ÚBEDA

Fuentes: Herrera y Maldonado, Francisco: *Libro de la vida y maravillosas virtudes del Siervo de Dios Bernardino de Obregón, Padre y Fundador de la Congregación de los Enfermeros Pobres y Autor de muchas obras pías de Madrid y otras partes*. Madrid: Imprenta del Reino, 1634, pp. 269 y ss. En García Martínez, Manuel Jesús: "Vida y muerte en los hospitales castellanos (siglos XVI-XVII): la ayuda a bien morir, una función de los enfermeros Obregones", en *Híades. Revista de Historia de la Enfermería*, n° 9, 2004, p. 119.

dicato. En este grupo la formación se adquiría por la práctica, ya que la labor de estas diferentes actividades sanitarias de barberos, sangradores, farmacéuticos, cirujanos romancistas, flebotomianos y comadres o parteras, necesitaban, como requisito indispensable, tener probado un período de tiempo de experiencia bajo la supervisión de otro ya previamente examinado.

Estos oficios, así denominados, ya que para ellos habrían de pasar unos años hasta llegar a la profesionalización, se podrían clasificar en dos grupos, el primero de ellos desempeñaba su labor, en un primer momento, de forma individual y como profesionales laicos e independientes. El segundo de ellos incluye el trabajo realizado dentro de instituciones hospitalarias y, por lo general, pertenecían a órdenes religiosas. Posteriormente la filtración entre uno y otro campo de acción sería un

hecho, de tal forma que los laicos desempeñarían sus funciones también dentro de los hospitales. Este último grupo al que hacemos referencia estaría formado por las enfermeras, denominación que podemos encontrar en las Respuestas Generales del Catastro de Ensenada; y, también, por los enfermeros, que aunque no aparecen en este "interrogatorio", sabemos que existían por su pertenencia a hospitales creados por las distintas órdenes religiosas citadas en párrafos anteriores.

La enfermería femenina "se robusteció y perfiló en la Edad Moderna", según Rivasplata, basándose en el análisis de distintas constituciones de hospitales de la península como el de las Cinco Llagas de Sevilla. La mujer que se dedicó a prestar cuidados de salud en los hospitales pudo desarrollarse libremente, ya que estas instituciones se convirtieron en lugares de

refugio, e incluso para muchas féminas en opción de vida, al demostrar su dedicación total a esta actividad. En el hospital sevillano se podían identificar dos tipos de estas mujeres, unas que eran doncellas, destinadas al matrimonio, pero que para obtener una dote permanecían en el establecimiento durante tres años, recibiendo un salario mensual, aprendizaje del oficio, comida diaria y reconocimiento. Otras eran las madres enfermeras, bien viudas o solteras que elegían esta condición para dedicar su vida al cuidado de las enfermas, manteniendo nombre y personalidad jurídica dentro del mismo. La transmisión del conocimiento se realizaba de forma empírica, de una generación a otra, como si se tratara de madres a hijas en un ámbito familiar, y respaldadas por el centro y contexto religioso, como una comunidad de mujeres.





Imagen de una sala del Hospital San Juan de Dios de Granada hacia 1900.

CUARTO VOTO. A partir de la regulación de la iglesia postridentina y al amparo de la religiosidad barroca surgen órdenes

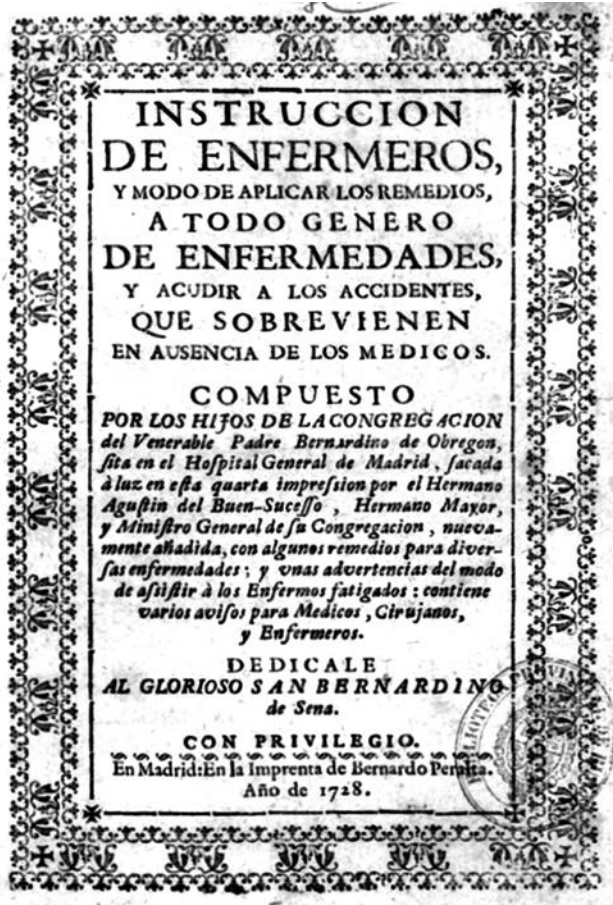
religiosas con un cuarto voto, el cuidado de enfermos, una labor que se desempeñaba en hospitales creados a tal fin. Es importante destacar que este voto significa incrementar la dedicación que como religioso se debía hacia el prójimo, y que respaldaban las escrituras de la confesión religiosa a la que se debían. El incremento de la dedicación casi en exclusividad hacia el cuidado de los enfermos se constituyó en protagonista y dio sentido al trabajo de la comunidad.

Entre estas nuevas comunidades religiosas podemos citar a los hermanos de San

La mayor parte de instituciones hospitalarias creadas por la orden de San Juan de Dios se concentraba en la zona del sur peninsular, con gran movimiento económico debido al comercio con América

Juan de Dios, fundada por Juan Ciudad en Andalucía, concretamente en la ciudad de Granada; la Mínima Congregación de los Hermanos Enfermeros Pobres —obregones—, creada en Madrid por Bernardino de Obregón, con fundaciones en toda la geografía peninsular y, como no podía ser de otra forma también en el sur; y la orden de los Betlemitas, instituida también en España por Pedro de Betancur, aunque esta última tendrá una gran proyección en Hispanoamérica. Las dos primeras tuvieron una implantación importante en los antiguos Reinos de Sevilla, Córdoba, Jaén y Granada.

La mayor parte de instituciones hospitalarias creadas por esta orden de San Juan de Dios se concentraba en la zona del sur peninsular, con gran movimiento económico debido al comercio con América. La primera fundación tuvo lugar en Granada en la segunda mitad del siglo XVI, y de ahí se extendió al resto del territorio peninsular. Encontramos hospital en cada una de las capitales provinciales de Andalucía, excepto Huelva y Almería. Ambas eran ciudades de poca importancia económica y de bajo número de población a mediados del siglo XVIII, que con las instituciones que tenían cubrían sus necesidades. Por otra parte, no estaban cerca de las que formaban las flotas comerciales, o no disponían de una



Portada de *Instrucción de enfermeros y modo de aplicar los remedios a todo género de enfermedades y acudir a los accidentes que sobrevienen en ausencia de los médicos*, de Andrés Fernández, publicada por primera vez en el siglo XVII.

actividad económica importante, como ocurría con la mayoría de las restantes. Así en Cádiz encontramos un hospital con una comunidad con 53 religiosos; en Sanlúcar de Barrameda cuenta con 30; en Jerez posee 13 individuos; Córdoba tiene 22; Cabra 12; Lucena 16; Granada, sede y comunidad fundadora de la orden tiene 52; Jaén tiene un sacerdote y 24 legos; Úbeda tiene 4 sacerdotes y un donado; en Málaga 3 sacerdotes y 23 legos. Ronda tiene un sacerdote y 9 religiosos de coro, pero debemos destacar que, quizás existiese en esta ciudad más de una comunidad de San Juan de Dios pues, hay un hospital y un hospicio de niños expósitos, o pudiera darse la posibilidad de que el mismo grupo diera atención y cubriera la labor en ambas instituciones; para finalizar el de la ciudad de Sevilla, que contaba con 20 religiosos, y el de Écija para convalecientes, sin más datos.

Los hospitales creados en este territorio del sur por la congregación de los hermanos pobres u obregones fueron cinco: Sevilla, Arahál, Cazalla, Guadalcanal y Úbeda. Esta orden tuvo vigencia hasta el siglo XIX, concretamente hasta la obligada exlaustración de las comunidades religiosas de la desamortización de Mendizábal en 1835.

instrucción, *Directorio de enfermeros y artífice de obras de caridad para curar las enfermedades de cuerpo*, de Simón López, del siglo XVII, aunque este, desgraciadamente, no llegó a ver la luz en su época. El otro es *Instrucción de enfermeros y modo de aplicar los remedios a todo género de enfermedades y acudir a los accidentes que sobrevienen en ausencia de los médicos*, de Andrés Fernández, publicado por primera vez también en el XVII, con varias ediciones, aunque la nuestra es de 1728, ambos de hermanos obregones. Las dos tienen una gran importancia para la profesión de enfermería en España, y aún más, me atrevería a decir que a nivel internacional. No se conocen obras similares elaboradas y publicadas por enfermeros antes del siglo XVIII en los países de nuestro entorno.

El hecho de redactar una obra de estas características para la capacitación de personas para el cuidado implica una reflexión sobre la conciencia profesional, y a la vez una motivación generada por la implicación como docente, y por el análisis de una realidad que te rodea de la que emanan esos requerimientos. Esa realidad era la situación social de marginalidad y pobreza, propia de la época de estudio, que generaba un incremento de

enfermedad habitual, y ésta en momentos diversos y estacionales es posible que aumentara. La situación y cambios sociales que se producen a finales del XVI y en el XVII por la intensificación de la religiosidad barroca postridentina hacen que aumenten los ingresos en la vida religiosa. La formación de los novicios en las tareas de cuidar fue una prioridad para los dirigentes de la comunidad, tanto fue así que un requisito para el ingreso fue el “que sea persona que sepa leer, escribir y contar medianamente”.

EL MANUAL DE ANDRÉS FERNÁNDEZ.

Andrés Fernández es el autor del primer manual publicado de esta orden de los enfermeros pobres u obregones. Poco se sabe de su biografía, como recuerdan los hermanos García Martínez. Algunos datos aparecen recogidos en la del fundador de la congregación, Bernardino de Obregón. Parece ser que sus primeros cometidos como enfermero fueron en hospitales portugueses, donde adquirió experiencia clínica y sobre administración hospitalaria. Esta labor le daría suficiente notoriedad dentro de la comunidad, lo que le llevó a que pudiera ser honrado con la designación de la gestión del Hospital General de Madrid, primera institución de la orden, como hermano mayor.

El manual de Andrés Fernández se publicó en 1617. La segunda edición, que parece ser más completa que la anterior y que tendrá más divulgación, es de 1625. De la que disponemos nosotros es la cuarta edición (Imprenta de Bernardino Peralta, Madrid, 1728) en el prólogo de la cual se hace alusión a la tercera de 1664. Esta obra recoge remedios y cuidados para realizar a los enfermos, a ello se refiere el autor en el “Principio” del tratado: “Una de las cosas que me ha animado a sacar a la luz una doctrina tan necesaria para los que tuvieran a su cuenta la cura y remedio de los pobres enfermos [...] ha sido el grande amor que siempre he tenido a los mismos enfermos y grande deseo de acertar en todas las cosas to-



© ICAS-SAH. Fototeca Municipal de Sevilla. Fondo Serrano.

**Sala del Hospital Central de Sevilla
(Hospital de las Cinco Llagas) con
enfermos y personal sanitario.**

cantes a su remedio y salud, así corporal como espiritual”.

Los hermanos García Martínez han realizado un análisis bastante acertado del contenido de la publicación, que se divide en ocho apartados: descripción de técnicas y procedimientos terapéuticos para aplicar a los enfermos; actuaciones en procesos patológicos y situaciones de urgencia; indicaciones, preparación y administración de medicamentos; descripciones anatómicas; alusiones a alimentos y a recomendaciones dietéticas; priorización de intervenciones y tratamientos prescritos; terapéutica, alimentación y botánica; funciones y tareas enfermeras.

EL BIEN MORIR. Este contenido aparece distribuido en el libro en 31 capítulos, el último de ellos dedicado a los cuidados que se han de tener con los enfermos afectados de peste bubónica: “De la doctrina que han de seguir los enfermeros que asistiesen y curaren los enfermos de bubas”. La edición utilizada se compone de 230 páginas, y entre ellas tiene un apartado que tiene una gran importancia en la enfermería actual, además de todo lo que incluyen los contenidos del libro, y que como comprobamos ya en el Antiguo Régimen era importante para la misma, los cuidados ante la muerte, para “ayudar al bien morir”. Andrés Fernández lo titula *Tratado de lo que se ha de hacer con los que están en el artículo de la muerte, sacado de diversos libros espirituales*. Aparece unido al libro princi-

pal como un anexo al final del mismo. Parece ser que fue en origen una obra separada, de ahí que incluso la numeración de las páginas se vuelve a iniciar. Una de las primeras cuestiones de las que habla el autor es el tratamiento a la persona moribunda y en general a todo paciente al que tengan que cuidar: “Y adviertan nuestros hermanos, y principalmente los que de nuevo entran en nuestro hábito, que con los que entran en el artículo de la muerte se ha de tener gran cuenta [...], que estos tienen más necesidad de amor y blandura de corazón que otros, [...] que se arrime al tan agonizante hablándole con palabras blandas [...]”.

Hace hincapié también en que no se deje sola a la persona en trance de muerte, y que se de todo el apoyo necesario. Faltaría, claro está, toda la enumeración de los cuidados previos, durante y después de la muerte, tanto a la persona como a la familia, propios de una profesión que ha evolucionado en el tiempo y que los tiene actualmente bien estructurados. Divide esta obra en capítulos que denomina señales: señales en que se conocen estar los enfermos ya en estado de no poderles desamparar; señales universales de muerte, y, por último, teniendo en cuenta que el autor es un religioso regular y que la obra está orientada hacia la formación en cuidados de los novicios de la orden, esta parte final la componen oraciones con y para el enfermo antes y después de su muerte dentro del cristianismo. ■

Más información:

- **Candau Chacón, María Luisa**
Iglesia y sociedad en la campiña sevillana. La vicaría de Écija (1697-1723).
Diputación Provincial de Sevilla, 1986.
- **Carreras Pachón, Antonio**
“Enfermeros y barberos en el siglo XVII según el manuscrito de Simón López”, en *Actas del IV Congreso Español de Historia de la Medicina*, vol. III. Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Granada, 1973.
- **Donahue M., Patricia**
Historia de la Enfermería.
Doyma, Barcelona, 1985.
- **Feria Lorenzo, Diego José**
Ilustración y Liberalismo: la legislación española sobre cuidados de salud (1749-1855).
Tesis Doctoral no publicada, Universidad de Huelva, 2017.
- **García Martínez, Antonio Claret; García Martínez, Manuel y Valle Racero, Juan Ignacio**
“Un siglo de oro para la enfermería española (1550-1650): Aparición de órdenes y manuales de enfermería”. En Hernández Martín, Francisca (ed.) *Historia de la enfermería en España desde la antigüedad hasta nuestros días.*
Síntesis, Madrid, 1996.
- **García Martínez, Antonio Claret y García Martínez, Manuel**
“Andrés Fernández, un enfermero onubense. Su papel en la reforma de la enfermería hospitalaria española del siglo XVII”. *Huelva en su Historia*, nº 2, 2009, pp. 87-104.
- **López, Simón**
Directorio de enfermeros y artífice de obras de caridad para curar las enfermedades de cuerpo
Vol. 1.
Biblioteca de Clásicos de la Enfermería Española. Enfermundi. Consejo General de Enfermería, Madrid, 2001.
- **Rivasplata Varillas, Paula Ermila**
Aproximación histórica de la enfermería femenina en Europa y América. La enfermería en el Hospital de las Cinco Llagas de Sevilla y los hospitales de Lima en el XVIII y parte del XIX.
Editorial Académica Española, Berlín, 2012.
- **Rodríguez Perales, Rosa María**
La formación enfermera de la orden Hospitalaria de San Juan de Dios en los siglos XVI y XVII. Colección Temas Históricos O.H.
Servicio de Publicaciones de la Universidad Pontificia de Comillas, Madrid, 2013.

Higiene y baños públicos (siglos XVI y XVII)

De los baños a la limpieza seca

MARÍA JOSÉ RUIZ SOMAVILLA

UNIVERSIDAD DE MÁLAGA

Los conocimientos elaborados por los médicos griegos, bizantinos, árabes y escolásticos constituían en el siglo XVI el fundamento de la medicina en Occidente. La higiene, la parte de la medicina que establecía las normas para mantener la salud y evitar la enfermedad, tenía en las denominadas “seis cosas no naturales” su fundamento teórico y práctico: el aire, la comida y la bebida, el sueño y la vigilia, el movimiento y la quietud, la evacuación y la retención, y los accidentes del ánimo. Todos ellos constituían las “seis cosas” que no formaban parte de la naturaleza humana, aunque resultaba imprescindible regularlas para mantener o recuperar la salud.

Los médicos de la Edad Media, musulmanes y latinos, asimilaron estas elaboraciones procedentes de la Antigüedad greco-romana, que constituyó la base de la teoría y de los hábitos de higiene medieval. Las transformaciones ocurridas a lo largo del siglo XVI, entre ellas los conflictos en los reinados de los monarcas Carlos I y Felipe II, que finalizaron con la expulsión de los moriscos, condicionaron la aparición de un nuevo modo de entender la higiene manteniendo los supuestos teóricos de la doctrina médica. Entender el significado de las teorías y de los hábitos y costumbres higiénicas de cada uno de estos períodos históricos ayuda a evitar los anacronismos que suelen utilizarse para explicar la higiene de estos diferentes contextos socioculturales, especialmente los relacionados con prácticas como el baño y conceptos como los de higiene y limpieza corporal.

A través de la “quinta cosa no natural”, la evacuación y la retención, la medicina trataba de regular la eliminación de sustancias residuales generadas en el cuerpo para mantener el equilibrio humoral y, con ello, la salud. Junto al vómito, la sangría, la menstruación, la orina y las heces, los poros de la piel constituían una vía fundamental para la expulsión de esas sustancias. El proceso se explicaba mediante la analogía con la vida urbana. De la misma forma que la ciudad generaba materias que se debían eliminar, el cuerpo humano elaboraba sustancias que expulsaba al exterior por sus propios conductos, los poros de la piel. Para ello, estos poros se debían mantener limpios y abiertos con el concurso de las otras cosas no naturales. Así, la doctrina médica explicaba que el aire regulaba la evacuación pues si era templado abría los poros y ablandaba los residuos favoreciendo su salida; por el contrario, el aire frío cerraba los poros impidiendo la excreción. Además, el ejercicio, especialmente el masaje, regulaba la evacuación por lo que se recomendaba para facilitar la expulsión de esas sustancias de desecho.

LA FUNCIÓN DEL BAÑO. Según lo visto, con el diseño de la terma romana y de su sucesor, el baño árabe, se creaban unos espacios para provocar la evacuación de las sustancias corporales de desecho. La importancia de los baños en el mundo medieval, latino y árabe, queda patente en su elevada presencia en las ciudades, localidades agrarias y pequeñas aldeas, especialmente de al-Andalus. El uso que se dio a los baños en estas distintas culturas se debe entender desde las nociones sobre el funcionamiento del cuerpo y de la acción del agua, del frío y del calor de la doctrina médica, y no desde los conocimientos y las prácticas de higiene de la actualidad.

Por eso, a pesar de su variada tipología, los baños repiten un esquema común: un espacio para desvestirse y dejar la ropa,

MEDICINA Y SALUD PÚBLICA

El concepto de limpieza corporal ha ido sufriendo variaciones a lo largo de la historia. Las nociones sobre qué es el cuerpo, cómo se mantiene la salud, qué es la higiene y cómo se consigue se han modificado con el paso de los siglos.

Así, la medicina científica occidental y la doctrina sobre la higiene, originada en Grecia hacia el siglo V antes de Cristo, atravesó culturas, religiones y continentes para llegar hasta el siglo XVI y condicionar las costumbres y los hábitos de higiene, entre ellos el del baño. A partir de esa fecha surgió un nuevo modo de entender la higiene en el que los baños dejaron paso a la limpieza seca, que pasaba por envolver el cuerpo con ropa y evitar así el contacto con el aire y con su capacidad infiltrante y nociva.



del que se pasaba a la sala fría, en la que se podía evacuar secreciones como la orina y las heces. Desde esta sala se accedía a la sala templada, en la que se podían recibir masajes. Las esponjas y estrigiles romanos fueron sustituidos en los baños árabes por guantes, cepillos y paños para masajear el cuerpo. Con el masaje se aproximaban los residuos corporales a los poros de la piel a la vez que se facilitaba su apertura. De aquí se pasaba a la sala caliente, en la que bien por el vapor, o por la inmersión en agua caliente, se ayudaba a abrir completamente los poros para hacer salir al exterior las secreciones corporales. Con el uso del jabón en los baños árabes y romanos se buscaba eliminar los residuos expulsados a la piel, y ya solo quedaba cerrar los poros cutáneos para evitar que pudieran entrar sustancias del exterior del cuerpo al interior. Se conseguía con cubos de agua, o bien con la inmersión en piscinas, comenzando con agua tibia hasta llegar al agua fría. Finalmente, con el paso a la sala fría se terminaban de cerrar los poros de la piel y el cuerpo quedaba limpio y aislado del exterior.

TEMOR AL CONTAGIO. Pero con la evacuación de las sustancias residuales podían entrar hacia el interior del cuerpo el aire y los elementos en él vehiculizados. Por ello las epidemias de peste de los siglos XV y XVI desarrollaron un intenso miedo a la enfermedad ante la exposición de un cuerpo insuficientemente cerrado tras el baño. La teoría del contagio del médico italiano Girolamo Fracastoro añadió a estas ideas un nuevo elemento que incrementaba la idea de exposición a la enfermedad, el concepto de seminarios. Estas sustancias, no demostradas empíricamente, entrarían en el cuerpo a través de estos poros provocando la aparición de enfermedades tan temidas como la peste y la sífilis. El miedo que provocó en la población el temor al contagio en los baños condujo al



El miedo al contagio en los baños condujo al cierre de las instalaciones en Europa desde inicios del XVI. A ello se sumó el rechazo a las costumbres vinculadas a la población morisca

cierre de las instalaciones en Europa desde comienzos del siglo XVI. A ello se sumó, en los territorios con presencia de población morisca, el rechazo a las costumbres y prácticas vinculadas a los rituales religiosos de este grupo social. Para ellos, la limpieza del cuerpo que regulaba la doctrina médica conseguía la purificación del cuerpo y del alma. De este modo, el baño público tenía una finalidad médica, pero también constituía un espacio de sociabilidad, de ocio. Los baños árabes adquirieron

además una connotación ritual de carácter religioso. Pero este espacio médico, lúdico y religioso, asumido por las culturas y sociedades de Oriente y Occidente, pagana, árabe y cristiana, que habían asimilado la medicina greco-romana, sufrió un proceso de marginación durante el siglo XVI que finalizó también con su cierre en los territorios andaluces.

A lo largo de esos años, médicos, filósofos, gobernantes y religiosos, expusieron razones médicas, morales y religiosas para



Baños almohades de María Padilla del Real Alcázar de Sevilla (ss. XII y XIII).

justificar su control político. Los municipios andaluces contaban en el siglo XV con baños públicos y privados a los que la población acudía al menos una vez a la semana. Quien no podía acceder a ellos se bañaba en tinas o barreños. Tan integrado estaba este acto higiénico que, en la primera mitad del siglo XVI, no sólo no se siguió la tendencia general que condujo al cierre de las instalaciones, sino que se edificaron nuevos baños.

Pero con la persecución de las costumbres de la población morisca, entre ellas la práctica del baño o el lavado corporal adquirieron una nueva dimensión. Desde comienzos de siglo, los edictos, instrucciones y constituciones dirigidas a la población morisca, y en los Edictos de Fe y las causas de la Inquisición, las normas se transformaron en mecanismos de control corporal y en denuncias de prácticas higiénicas. Finalmente, por la Pragmática de 1567 se prohibía la construcción de nuevos baños en el Reino de Granada y se exigía el derribo de los existentes; de forma paralela, la Inquisición persiguió y condenó a personas delatadas por sus vecinos por lavarse en su casa.

De este modo, con el proceso de marginación, persecución y cierre de los baños por el temor al contagio físico y social, ya no era posible limpiar el cuerpo de la manera regulada por la doctrina médica. Por ello, desde la misma doctrina tenían ahora que reelaborar el modo en el que eliminar los residuos sin exponer al cuerpo y protegerlo en el proceso de eliminación. Una

La Pragmática de 1567 prohibió la construcción de baños en el Reino de Granada y exigió el derribo de los existentes; de forma paralela, la Inquisición persiguió a personas delatadas por lavarse en su casa

protección que encontraron en la ropa: al envolver el cuerpo se evitaba el contacto con el aire y su capacidad infiltrante y nociva. De esta manera, la ropa, en íntimo contacto con la piel, especialmente la camisa, se convertía en una segunda piel que aislaba y protegía. Estar en camisa se hizo

equivalente a estar sin ropa, a estar desnudo.

La higiene corporal que proporcionaba el baño se

transformó en una práctica de limpieza seca, en la que el agua había perdido su protagonismo para adquirirlo la camisa, prenda interior que había adquirido especial importancia desde el siglo XV. Como la doctrina médica consideraba que el cuerpo estaba limpio cuando se eliminaban los residuos a través de los poros, la piel no necesitaba del lavado para estar limpia.

La camisa se convirtió en la segunda piel que, rodeando y protegiendo, limpiaba el cuerpo de las secreciones. De ahí que todas las reglas y consejos que habían estado presentes en las prácticas higiénicas de las sociedades por las que había pasado la doctrina médica sufrieran una importante modificación. Lo que una persona debía hacer al levantarse, una vez vestido, era lavar el rostro y la boca con agua, y después peinar la cabeza para abrir los poros de la cara y la cabeza y facilitar la secreción. Para el resto del cuerpo: fricciones con la camisa o la sábana debajo de los brazos, el tórax, el abdomen y la zona inguinal. Al quedar esos residuos en la camisa, con su lavado semanal, generalmente los sábados, quedaban eliminados para un nuevo uso. De este modo, la higiene corporal quedaba reducida al masaje de la zona cubierta por la ropa para hacer salir los residuos que se depositaban en la camisa, el lavado con agua de la piel descubierta, cara y manos, y el cepillado del pelo.

Acusaciones ante la Inquisición

■ “De quince en quince días, o de mes en mes, la rea se desnudaba en carnes, y en un encañado, cubierto con una frazada a manera de baño, se metía la rea, y dentro del dicho encañado, tenía una caldera grande con agua caliente, y la rea tomaba el agua y se lavaba todo el cuerpo, como que se bañaba. Y en los dichos once meses vio este testigo que la rea los días que iba a oír misa, que no eran más que los domingos y fiestas, estando cubierta con el manto, subía a un aposento y pedía un jarro de agua y se lavaba las partes vergonzosas”.

Archivo Histórico Nacional, Inquisición, leg. 1953, núm. 79 A, visita de 1582, causa 70.



La camisa y la ropa blanca debían lavarse una vez a la semana. En la imagen, Santa Dorotea y Santa Margarita, óleos de Francisco de Zurbarán. Hacia 1630.

Lo que una persona debía hacer era lavar el rostro y la boca con agua, y después peinar la cabeza para abrir los poros y facilitar la secreción. Para el resto del cuerpo: fricciones con la camisa

“Al levantarse... hagan con la camisa o sábana fregaciones sobre los muntorios de nuestro cuerpo, digo debajo de los brazos, y sobre el pecho, y por las ingles y el vientre... y se han de lavar el rostro y boca con agua fría o caliente, conforme le pidiere el tiempo. Se han de arrancar los excrementos del pecho por la boca, del cerebro por las narices, del vientre por la cámara y de las venas y vías de la orina por ella. Y luego se peinarán la cabeza y barba (habiéndola) bien despacio, para que así se abran los poros, y por ello naturaleza expelle lo que le conviene”, escribía en 1612 el médico de Priego Alonso

González en una carta al doctor Pedro de Párraga Palomino, médico en la ciudad de Granada en que se trataba “del arte y orden para conservar la salud y dilatar nuestra vida”.

Con esta propuesta de limpieza seca se conseguían varios objetivos: mantener la base doctrinal de la higiene (la eliminación de los residuos corporales a través de los poros cutáneos), evitar la entrada de seminarios de enfermedad a través de esos poros, y en los territorios en los que se mantenía el conflicto por la presencia morisca, evitar la práctica del baño y, con ella, los ritos religiosos asociados. ■

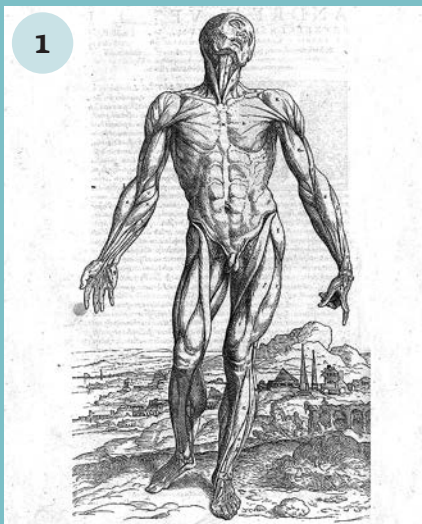
Más información:

- Coomans, J. y Geltner, G
“En la calle y en los baños públicos: ¿galenismo medieval en acción?” en *Anuario de Estudios Medievales*, 43 (1), 2013, pp. 53-82.
- Ruiz Somavilla, María José
 - ▶ “Los valores sociales, religiosos y morales en las respuestas higiénicas de los siglos XVI y XVII: el problema de los baños”. *Dynamis, Acta Hispanica ad Medicinæ Scientiarumque Historiam Illustrandam*. Vol. 12, 1992, pp. 155-187.
 - ▶ *El cuerpo limpio. La higiene en la sociedad española de los siglos XVI y XVII*. Universidad de Málaga, 1993.
- Vigarello, George
Lo limpio y lo sucio. La higiene del cuerpo desde la Edad Media. Alianza, Madrid, 1991.

Estudios de anatomía

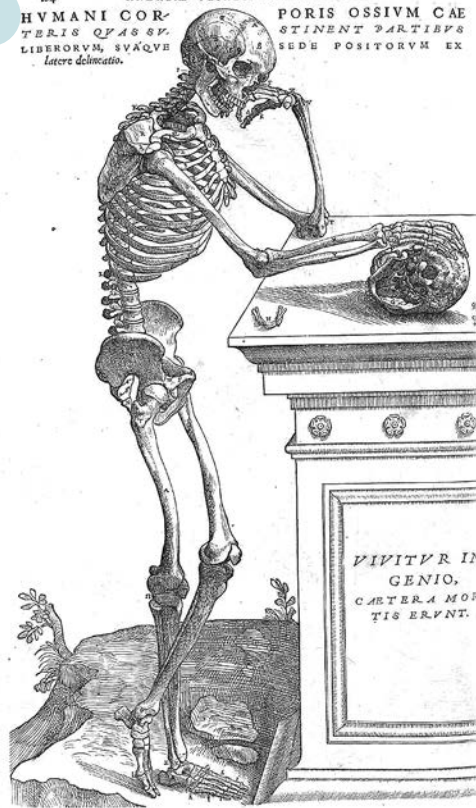
La invención de la imprenta de tipos móviles en la Europa de siglo XV, así como el desarrollo de nuevas técnicas de impresión asociadas al descubrimiento de Gutenberg, ocasionó un desarrollo espectacular de muchas ciencias, entre ellas la anatomía. A partir del siglo XVI proliferó la edición de obras de anatomía que recogían los diferentes conocimientos sobre el cuerpo humano. Algunas de ellas, además de un compendio del saber de la época, son de una enorme belleza porque representan la anatomía siguiendo los cánones artísticos del momento. Entre ellas destacan los siete volúmenes *De humanicorporis fabrica* (1543) de Andrea Vesalio, una innovadora obra de anatomía humana de este médico flamenco, formado entre Lovaina, París (donde hizo disecciones junto a Miguel Servet) y Padua y que fue doctor en la corte de Carlos V y Felipe II (fotos 1 y 2). Por su parte, el médico español Juan Valverde de Amusco, que estudió en Roma y Padua, publicó en 1556 en Roma su *Historia de la composición del cuerpo humano* (fotos 3 y 4) con 42 grabados copiados o inspirados en la obra de Vesalio, y algunos de ellos completados con nuevas observaciones anatómicas, lo que le valió el enfado del flamenco. Un ejemplar de esta extraordinaria obra fue atesorado en la Biblioteca que el conde-duque de Olivares comenzó a reunir en Sevilla. Otra de las anatomías de gran belleza es la firmada por el francés Amé Bourdon, hijo de un ingeniero al servicio de la Corona Española, quien, en 1678, publicó su tratado *Nouvelles tables anatomiques* (foto 5). Todas estas imágenes pueden consultarse en la *Historical Anatomies on the Web* auspiciado por la U. S. National Library of Medicine.

1

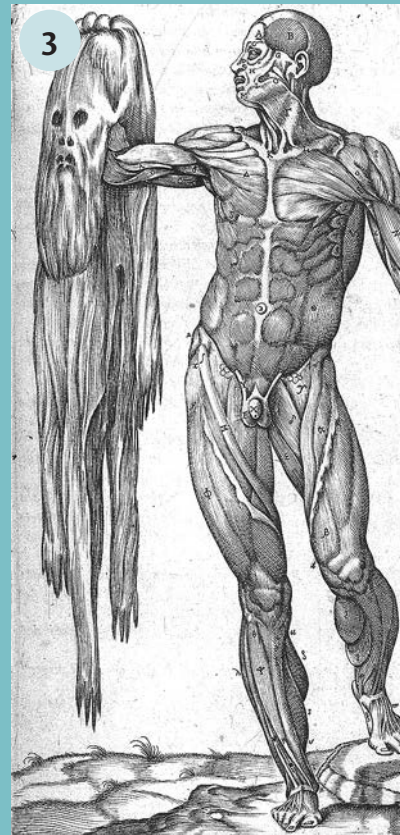


2

1543 ANDREAS VESALII BRUXELLENSIS
HUMANI CORPORIS QVAESV-
LIBERORVM, SVAQVE
Littere delineatio.



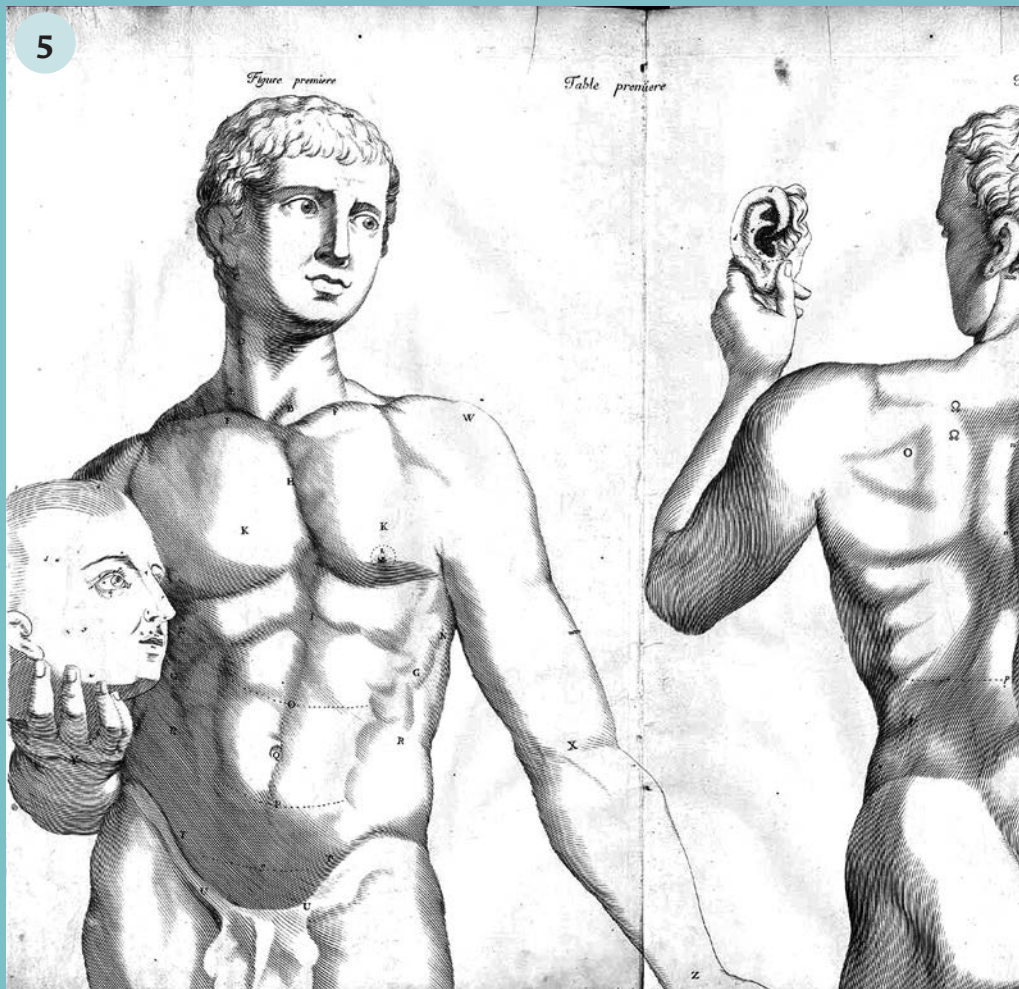
3



5

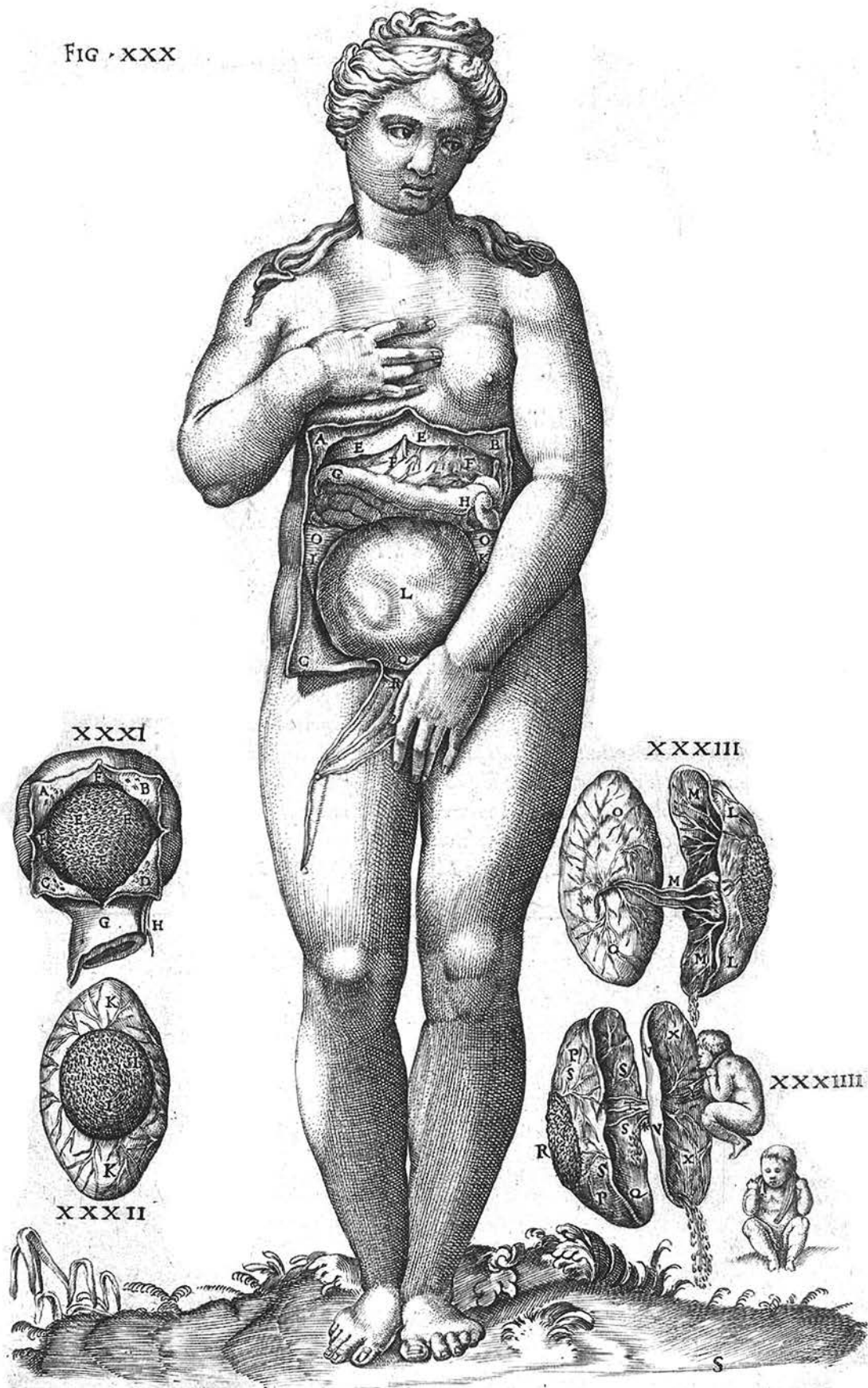
Figure premiere

Table premiere



4

FIG. XXX



Política urbanística y salud pública

Los médicos-higienistas y las ciudades saludables

MARÍA LUISA CALERO DELGADO

UNIVERSIDAD DE SEVILLA

Durante el siglo XIX se va a hacer más que evidente en las localidades andaluzas —especialmente en las capitales que se configuran a partir de la división provincial del granadino Javier de Burgos de 1833— una cada vez mayor preocupación por preservar y promocionar la salubridad pública en el espacio urbano como medio para mejorar la salud de la población. De este modo, Andalucía se iba a sumar, aunque con cierto retraso, como sucedió en el conjunto de España, a los postulados defendidos por los higienistas europeos del ochocientos, quienes abogaban tanto por la intervención gubernativa y legislativa en todo lo relativo a la salubridad de las ciudades, como a la implementación de medidas en pro de la higiene urbana, llegando incluso a promover e intervenir en la puesta en práctica de nuevos planes urbanísticos como estrategias preventivas ante la enfermedad.

No obstante el interés por la salubridad en el espacio urbano no resultaba novedoso ni en España, ni por supuesto, en Andalucía, aunque en el siglo XIX iba a recibir un renovado impulso bajo nuevos planteamientos. Los cambios en la fisonomía de las ciudades acometidos en la segunda mitad del setecientos por los gobiernos ilustrados españoles traslucían ya un claro interés salubrista. Por una parte, se produjo la reubicación de emplazamientos como los cementerios, las prisiones, los hospitales o los mataderos, lugares considerados especialmente susceptibles a la transmisión de enfermedades. Por otra parte, se incluyeron en las modificaciones de las ciudades antiguas medidas de saneamiento —como la construcción

de alcantarillados— y de limpieza, iluminación y empedrado de las calles. Lo que se encuentra especialmente presente en la *Instrucción* confeccionada por Sabatini para Madrid (1761) y que sirvió como modelo para lo acordado también para otras ciudades españolas, entre las que se encontró Málaga. Y, por último, se promulgaron normas en las que se regulaban la altura de las viviendas en función del ancho de las calles, plasmado por ejemplo en las ordenanzas de Cádiz.

Pero la higiene del siglo XIX consiguió ir más allá en sus planteamientos y en sus ejecuciones prácticas. El entramado causal que explica esta nueva dimensión se puede resumir en torno a tres razones principales: la sensibilización de la clase política, el impacto de la enfermedad —en particular de las epidemias— y la labor desarrollada por los higienistas. Los postulados de la higiene contaron con el respaldo, al menos en el plano teórico, del régimen liberal y de la nueva clase política emergente. De hecho, a la doctrina liberal llegó a adherirse el principio de que velar por la salubridad en las poblaciones era un imperativo inherente a la labor de gobernar y legislar.

Los políticos de todas las esferas de poder, incluso de las localidades con escaso peso demográfico y en cierta medida alejadas de los principales focos de actuación de los principales médicos-higienistas, van a hacer un uso continuo y reiterativo en sus discusiones y disertaciones del vocablo higiene, así como de la obligación que como autoridades tenían contraída con la defensa de la salubridad. Más aún cuando el siglo XIX tuvo que soportar unas altas tasas de mortalidad y los catastróficos estragos producidos por las epidemias, especialmente de fiebre amarilla, primero, y de cólera morbo, después; sus consecuencias no podían dejar impasibles a la política de la época, ni a unos políticos que se veían abocados a luchar contra la enfermedad.

MEDICINA Y SALUD PÚBLICA

El siglo XIX es el momento en que comienza a adquirir mayor fuerza la necesidad de una planificación urbana más agradable y saludable. En este sentido adquirirán un mayor protagonismo los médicos-higienistas,

quienes, a través de sus críticas a la salubridad en las ciudades, nos dan a conocer una de las caras más desagradables del siglo XIX en Andalucía. Las grandes epidemias de esa centuria —la fiebre amarilla, el cólera morbo, el tifus y la viruela— fueron el principal caldo de cultivo para la penetración y desarrollo de los postulados de la higiene moderna en España. Y es que bajo el telón de fondo de las pandemias, una parte de la clase médica se convirtió en propulsora de la adopción de medidas higiénicas en pos de la salud de la población.





El cólera asoló España en cuatro grandes oleadas entre los años 1833-1835, 1854-1856, 1865 y 1884-1885, a las que acompañaron brotes de menor intensidad. En la imagen, diversos tratados médicos sobre la pandemia publicados en Andalucía en el XIX.

El primer código sanitario español, la Ley Orgánica de Sanidad de 1855, es un claro exponente de la preocupación gubernativa por el cólera y la fiebre amarilla, sin olvidar otras enfermedades como la peste, el tifus, la viruela y la disentería.

EPIDEMIAS. El higienismo español y andaluz tuvo también, por tanto, un importante aliado en los brotes epidémicos. La fiebre amarilla tras llegar a Europa, concretamente a Lisboa en 1723, pasaría a los puertos andaluces de Cádiz (1730 y 1733) y Málaga (1741), siendo posible que en el setecientos se reprodujera esta enfermedad en las costas gaditanas. Sus efectos, sin embargo, fueron más virulentos en la primera mitad del siglo XIX al unirse la gravedad adquirida por la enfermedad con una amplia distribución geográfica. Para el caso de Andalucía está constatada en: Cádiz (1800, 1803, 1804, 1810 y 1819), Huelva (1800), Málaga (1803, 1804, 1813 y 1821) y Sevilla (1800 y 1804); también hubo casos en el lazareto de Granada de personas que se habían contagiado en Málaga. El momento de crisis más álgido se produjo para Andalucía, cuando se adoptó la decisión de aislarla militarmente, con rigor extremo desde el 28 de octubre de 1800.

Y sin embargo, una mayor gravedad entrañó el cólera en el siglo XIX, cuya expansión se materializó en España a través de cuatro grandes oleadas

entre los años 1833-1835, 1854-1856, 1865 y 1884-1885, a las que acompañaron otros brotes de menor intensidad. La primera de las pandemias llegó a España a través de dos puertas de entrada: Galicia y Andalucía, penetrando en Andalucía el cólera morbo a través de Ayamonte y Huelva. El 9 de agosto de 1833 se declaró el contagio en la provincia onubense, donde no se esperaba en un principio que las consecuencias fuesen a ser tan desoladoras como después se materializaron, ya que según publicó el marqués de las Amarillas en el *Diario de Sevilla*, la junta sanitaria de Huelva contabilizaba hasta el 18 de agosto por la noche tan solo trece atacados, de los cuales habían fallecido cinco y uno quedaba de suma gravedad. No obstante, la epidemia duró hasta octubre, contabilizándose en la ciudad de Huelva 408 fallecidos. En Sevilla —capital— el resultado de esta primera invasión se saldó con 24.000 enfermos, una cuarta parte de la población, entre los que se contabilizaron finalmente en torno a 6.485-6.615 fallecidos. Basten estos ejemplos para ilustrar los graves estragos que produjeron las epidemias de cólera en Andalucía, especialmente la de la década de los años treinta.

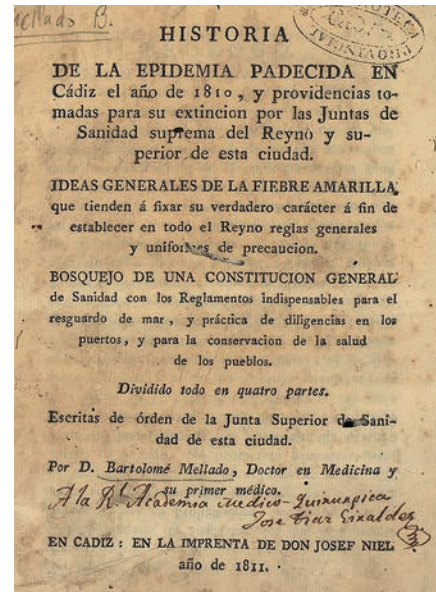
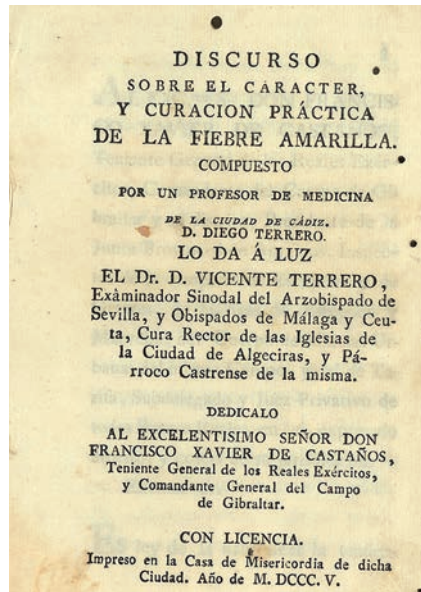
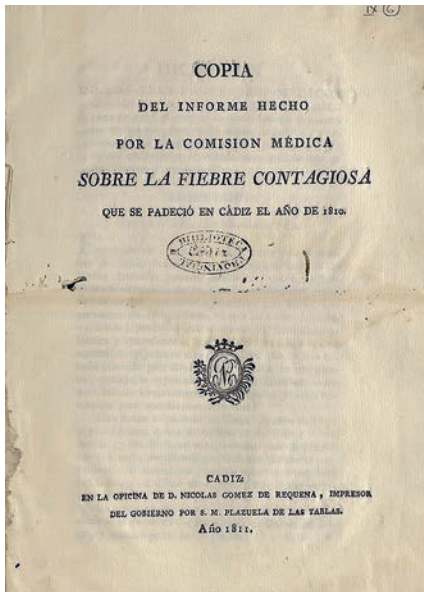
NUEVOS POSTULADOS. Las epidemias del siglo XIX fueron asimismo el principal caldo de cultivo para la penetración y desarrollo de los postulados de la higiene moderna en España. Y es que bajo el telón de fondo de las epidemias, una parte de la clase médica se convirtió en propulsora de la adopción de medidas higiénicas en pro de la salud de la población. Grosso modo sus líneas de actuación fueron su propia introducción en

el ámbito gubernativo, la redacción de escritos y textos, la traducción de obras extranjeras, la asistencia a congresos internacionales y el impulso al periodismo médico, los estudios sobre higiene en las universidades y la formación de laboratorios y sociedades de higiene.

Posiblemente fue en la ciudad de Sevilla donde más nítidamente se alzaron las voces de la clase médica, demandando mejoras higiénicas en el casco urbano. Dos hechos respaldaron este proceso: por una parte, el activismo en pro de la salubridad pública de un nutrido grupo de profesionales; por otra parte, las preocupantes cifras de defunciones producidas por el impacto de las enfermedades infecciosas, alcanzándose la cota más elevada en 1897 con un 48,78 por mil de tasa de mortalidad, como consecuencia de una epidemia de viruela. En la segunda mitad del siglo XIX el comportamiento de la mortalidad en Sevilla estuvo marcado por una pauta de crecimiento constante: 30,7 por mil en la década de 1861-1870, 39,36 por mil en el quinquenio de 1890-1894, 42,16 por mil en el intervalo de 1895-1899. Sevilla era en 1900 una de las cinco capitales de provincia españolas y la única de las andaluzas que superaba el 40 por mil de mortalidad general, lo que además resultaba especialmente preocupante por ser la cuarta capital española en cuanto a volumen poblacional, 147.545 habitantes.

Si bien las altas tasas de mortalidad no fueron exclusivas de Sevilla, en Córdoba, por ejemplo, durante el periodo de la Restauración la mortalidad también fue superior a la media nacional, debiéndose principalmente a condiciones higiénico sanitarias. En el global de España realmente sólo había dos capitales de provincia con una mortalidad inferior al 20 por mil al iniciarse el siglo XX,

No todos los avances se dieron en el XIX. Los cambios en la fisonomía de las ciudades de la segunda mitad del setecientos por los gobiernos ilustrados traslucían ya un claro interés salubrista



La fiebre amarilla se extendió por Cádiz (1800, 1803, 1804, 1810 y 1819), Huelva (1800), Málaga (1803, 1804, 1813 y 1821) y Sevilla (1800 y 1804). También hubo casos en Granada. Diversas memorias editadas en Andalucía trataron de atajarla.

límite máximo aceptable para considerar saludable un entorno urbano, y ninguna de esas dos excepciones se referían a ciudades andaluzas.

PROPUESTAS DE REFORMA. A este desolador panorama hay que unir la concienciación por parte de la clase médica de que debían adoptarse medidas al respecto. Ya en la década de los años 1860 en Sevilla el higienista Manuel Pizarro Jiménez demandaba un papel activo del municipio en el ámbito de la salud pública, debiendo centrarse especialmente la atención en “todas las causas de insalubridad”. La crítica a la realidad sanitaria también estuvo presente en el Congreso Médico Internacional celebrado en Sevilla en abril de 1882, a través de médicos como el onubense Francisco Domínguez Adame, quien señalaba que en las grandes ciudades existía un influjo negativo que potenciaba la mortalidad infantil.

Meses más tarde, aún en 1882, se publicaba la obra más importante sobre temática higienista en estas coordenadas temporales, el primer volumen de la Topografía Médica de Sevilla, *Estudios médicos de Sevilla* por parte de Philipp Hauser y Kobler. A partir de un exhaustivo análisis de la realidad sanitaria, Hauser denunciaba las carencias visibles en la localidad, entre las que destacan la crítica a la infraestructura de saneamiento, a los establecimientos o

los recursos sanitarios, entre otras. Según Hauser la mejora de las condiciones de vida pasaba obligatoriamente por actuaciones urbanísticas, que reformaran el interior de la ciudad y por tanto proporcionasen mayores cotas de salud. Las topografías como trabajos de campo sobre la situación sanitaria e higiénica de las ciudades fueron el instrumento de análisis más valorado por los higienistas, contándose para el caso de Andalucía, además de la relativa a Sevilla la elaborada sobre Málaga en 1852.

La problemática de la salubridad pública

■ Comunicación de la Diputación Provincial de Jaén de 1854:

“(…) Las escuelas de enseñanza primaria sin locales espaciosos, saludables y decentes; las calles desempedradas y sucias (...); las fuentes empobrecidas, y sus aguas viciadas engendran desaseo, habitúan al desaliño y producen epidemias; la falta de alumbrado y de serenos encubren las raterías, los asaltos de casas (...); esos cementerios (...) ni aún merecen servir para pudrideros de brutos (...)”.

■ Escrito de un médico municipal al Consistorio de Granada en 1883: “Hoy, (...) la explicación existe; dirijamos nuestra mirada a los barrios extremos de la población y veremos calles estrechas sin ventilación y sin sol...”.

En general en el último tercio del siglo XIX se multiplicaron en Andalucía los escritos médicos a través de los cuales se analizaba la vida urbana en términos de salubridad. Como ejemplo se puede señalar la *Memoria de algunas condiciones sanitarias de la ciudad de Córdoba y las medidas que debe adoptar el municipio en caso de epidemia cólica* publicada en 1890 por Norberto González Martínez, obra en la que se detallan las carencias en alcantarillados, dotación de aguas, viviendas, etc. y el estado infecto de edificios públicos como hospitales, mercado o matadero.

Todavía no había concluido el siglo, en 1898, cuando el médico higienista gaditano Francisco Laborde y Winthuysen responsabilizaba del proceso de insalubridad en el que se hallaba Sevilla al sistema de alcantarillado. Como principal medio de difusión de críticas e ideas se perfilaron revistas de tintes salubristas como la *Gaceta Médica de Sevilla* o la *Revista Médica de Sevilla*, si bien en general la defensa de la salubridad se convirtió en un tema de primer orden en los periódicos ordinarios de la época, en el caso por ejemplo de Huelva encontramos constates críticas en *La Provincia* al estado lamentable de los servicios urbanos.

La preocupante situación que se vivía realmente en el conjunto España iba a condicionar la promulgación de la Real Orden de 20 de marzo de 1894, dirigida a la redacción por parte de cada capital de provincia y partidos judiciales de una memoria o informe técnico sanitario en el que se contemplase el régimen de enfermedad y mortalidad al que estaba sometida la población, las causas de esa situación, las medidas que se sugerían para lograr un descenso de los fallecimientos, recursos sanitarios disponibles en cada pobla-

ción, situación del saneamiento ambiental, régimen alimentario de obreros y pobres, estado higiénico de escuelas, mataderos, mercados, cárceles, industrias, cementerios, etc.

La propia Real Orden especificaba también que “aquellas que lo merezcan” serían publicadas. En el escaso plantel de memorias que finalmente serían objeto de edición —cuatro o cinco en total de un cómputo de más de cien informes— se encontró la de Cádiz, redactada por el médico y divulgador sanitario Bartolomé Gómez Plana.

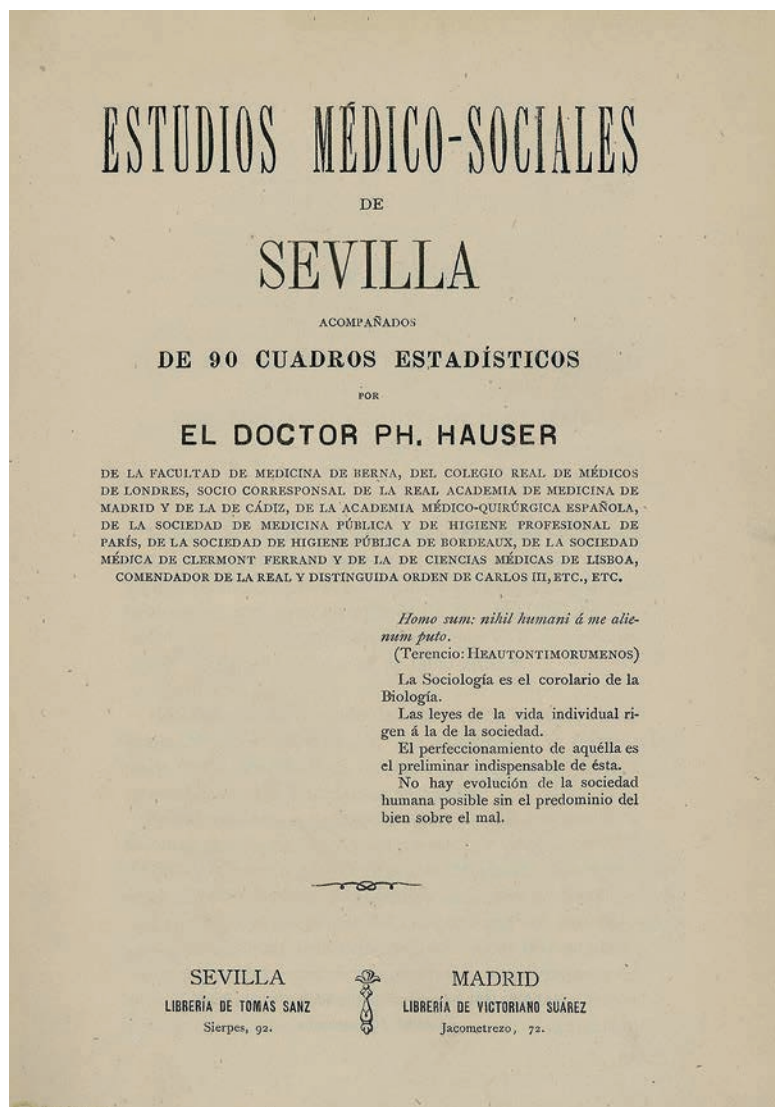
Junto a la mezcolanza entre salubridad y moralidad hubo otro elemento decisivo para la profusión de escritos sobre el estado de salud de las poblaciones o la puesta en práctica de proyectos en el ámbito urbano; nos referimos al interés por mejorar la imagen de las ciudades como estrategia de promoción como “estaciones sanitarias” y “residencias invernales”.

En líneas generales se trataba de emprender un plan de reformas en los cascos urbanos con el fin de resultar atractivas desde el punto de vista de la salud, para atraer a las clases adineradas europeas en las temporadas invernales, esgrimiendo el argumento de la benignidad del clima. A esta pauta se adherirían las poblaciones andaluzas de Málaga, gracias a las iniciativas de Pedro Marcolain Sanjuán, Luis de León y José Ramos Power entre 1893 y 1895; Almería, en 1898, en base a la propuesta de Vicente Juan y Blanes, y Sevilla, en 1900, basándose en el planteamiento de Enrique Lluria y Despau; todas ellas se acabaron convirtiendo en estaciones de invierno.

Las reformas para acabar con los focos de insalubridad y promover la mejora de la higiene urbana se tradujeron en la adopción de medidas concretas. Desde el ámbito estatal se promulgaron normativas generales que tenían que ser acatadas por las ciudades andaluzas, como la Ley de ensanche de 1876, que se dirigía hacia un mejoramiento de las condiciones sanitarias de los cascos urbanos. Otras serían la Ley de 18 de marzo de 1895 de “Aplicación a las obras de saneamiento y mejora interior de poblaciones de más de 30.000 almas” y el Reglamento de 15 de diciembre de 1896, en este último se precisaba que las obras de saneamiento eran aquellas que tuvieran por objeto introducir mejoras y extender las condiciones higiénicas y de salubridad a las poblaciones.

El aparato legislativo se había puesto en marcha para una planificación más saludable de las ciudades andaluzas, una tarea que a efectos prácticos el Estado liberal puso en manos de los ayuntamientos,

Edición de los Estudios
médico-sociales de Sevilla,
acompañados de 90 cuadros
estadísticos de Philipp
Hauser y Kobler
(Sevilla, 1883).



tos, encargados de la gestión de la policía y la salubridad de los territorios. De acuerdo con estos principios en el siglo XIX comenzaron a ejecutarse de manera más o menos decisiva proyectos urbanísticos en pro de la salud pública. Es la época en la que se van derribando las antiguas murallas de las ciudades, de los ensanches tratados desde la óptica de la salubridad, de la planificación de alcantarillados, de la preocupación por el abastecimiento de agua, de la construcción de nuevas plazas de abasto, mataderos y pescadería y, en suma, de los inicios de una

planificación urbana más coherente, agradable y salubre. Las ciudades andaluzas debían ser bellas y salubres. ■

Más información:

- **Carrillo, Juan Luis**
“La salud de una ciudad: Sevilla ante la crisis finisecular”, *Dynamis*, nº 18, 1998, pp. 181-206.
- **Carrillo, Juan Luis (ed.)**
Entre Sevilla y Madrid: Nuevos estudios sobre Hauser y su obra.
Universidad de Sevilla, Sevilla, 1999.
- **Rodríguez Ocaña, Esteban y Martínez Navarro, Ferrán**
Salud pública en España. De la Edad Media al siglo XXI.
Consejería de Salud de la Junta de Andalucía, Granada, 2008, (Nueva Salud Pública/1).

La reforma sanitaria

La Salud, una necesidad de los pueblos

CONCEPCIÓN CRUZ ROJO

UNIVERSIDAD DE SEVILLA

Los sistemas nacionales de salud se basan en los principios de universalidad, para todas las personas; equidad, dar más a los que más lo necesiten, y también en la eficiencia, obtener los mejores resultados (eficacia) al menor coste posible.

En el caso andaluz, la reforma sanitaria se produjo en un contexto de crisis política y de importantes luchas populares. Andalucía consiguió el máximo de transferencias competenciales, que solo se habían concedido a las llamadas nacionalidades históricas, en buena medida gracias a las multitudinarias manifestaciones de la población andaluza, el 4 de diciembre de 1977, reclamando las máximas competencias por parte del Estado.

Con la aprobación del Estatuto de Autonomía en 1981, Andalucía obtuvo, entre otras, las competencias en Sanidad e Higiene, aunque el Estado mantiene la coordinación general y la legislativa de rango superior. Por eso no fue hasta la promulgación de la Ley General de Sanidad (LGS), de ámbito estatal, cuando la Reforma Sanitaria en Andalucía tomó cuerpo a partir de la creación del Servicio Andaluz de Salud. La reforma se emprendió sobre los llamados niveles de Atención Primaria y Especializada, aunque previamente el eje central de la misma fue la potenciación de la Atención Primaria de Salud.

Pocos meses después de la aprobación a nivel estatal del Real Decreto de Estructuras Básicas de Salud, se aprobaba en Andalucía, en 1984, el Decreto sobre la creación de las Zonas Básicas de Salud (ZBS). Y, un año después, el Decreto sobre la Ordenación de los Servicios de Atención Prima-

ria. Se trataba de impulsar la promoción de la salud y la prevención de la enfermedad junto a la rehabilitación y la reinserción social; la participación de la comunidad en la gestión de los servicios sanitarios y la responsabilidad en los cuidados de su propia salud; la investigación y la docencia insertada en los servicios sanitarios y una oferta de programas de salud muy amplia. Unos objetivos ambiciosos para el contexto social y político en el que nacía y que hacía difícil llevarlos a la práctica.

La Ley de creación del Servicio Andaluz de Salud, de 1986, asumirá la gestión de los servicios y prestaciones de la asistencia sanitaria. Se constituyen las Áreas de Salud que se corresponden con cada una de las ocho provincias andaluzas. Áreas de Salud que incluyen los Distritos Sanitarios de Atención Primaria y las Áreas Hospitalarias (con al menos un hospital y los centros periféricos de especialidades adscritos al mismo). La ley se centra en el desarrollo de la asistencia especializada, en los problemas organizativos tras la transferencia del Instituto Nacional de la Salud (INSALUD). Los programas de salud que incluyó la reforma sanitaria andaluza fueron, entre otros, el de vacunaciones, materno-infantil, enfermedades crónicas y la detección precoz del cáncer de mama.

Los servicios de Atención Primaria asumen la asistencia médico-quirúrgica y programada en los centros de salud que van poco a poco mejorando sus infraestructuras. Se crean dos tipos de profesionales que se incorporan a la actividad asistencial de los centros de salud: los trabajadores sociales y los de enfermería. Los primeros son incluidos en el Equipo Básico de Atención Primaria de forma novedosa, pero se enfrentaban a la enorme dimensión social de los problemas de salud que no podían atender adecuadamente si no se acompañaban de políticas de mejora del empleo, vivienda, medio ambiente, residencias para mayores y un largo etcé-

MEDICINA Y SALUD PÚBLICA

Las competencias de Sanidad fueron unas de las más importantes y significativas de las transferidas por el Estado. De esta forma, ya en el año 1984 se inicia en Andalucía un proceso de reforma de los servicios de Atención Primaria, como

respuesta a la crisis que venían arrastrando, y enmarcada en las modificaciones estratégicas de los servicios de salud que se gestaba en el Estado español. Con la Ley General de Sanidad del 25 de abril de 1986 se constituye el Sistema Nacional de Salud como nuevo modelo sanitario. Poco después, el 6 de mayo de ese mismo año, se crea el Servicio Andaluz de Salud y se aprueban otras normativas de desarrollo más específicas.





Sala de bebés de la
residencia sanitaria
García Morato del
Seguro de Enfermedad.
Sevilla, 1955.

Reforma de la Atención Primaria

■ Inspirada en el Sistema Sanitario Cubano, cuyos progresos en salud comunitaria y solidaridad internacional le han valido un prestigio internacional, la Atención Primaria de Salud en Andalucía se define como: “Asistencia Sanitaria esencial basada en métodos y tecnologías sencillas, científicamente fundada y socialmente aceptable, puesta al alcance de todos los individuos y familias de la Comunidad... Representa el primer nivel de contacto del individuo, la familia y la comunidad con el Sistema Nacional de Salud...”.

tera. El personal de enfermería, por su parte, ampliará sus actividades sanitarias con consultas propias en coordinación con la labor asistencial del personal médico. La implicación de los profesionales permitió mejoras organizativas y de gestión, por ejemplo, la incorporación de la llamada gestión de demanda, con fines de información, admisión y humanización de la asistencia.

En el año 1998, se aprueba la Ley de Salud de Andalucía en un contexto de integración del Estado español a la Unión Europea (UE). La exposición de motivos de la ley tiene un objetivo común con la UE: gestionar los servicios sanitarios públicos a modo de empresas, con el ahorro en el horizonte, e incentivar a los profesionales para que cumplan esa finalidad. Mientras, se deja abierta la posibilidad de concertos con empresas privadas y a distintas privatizaciones. No se debe olvidar que desde la constitución del Sistema Nacional de Salud, en el año 1986, se ha ido socavando de manera continua su carácter de servicio público: desde el Informe Abril Martorell del año 1991, pasando por la ley de 1997 que aprobó el gobierno de Aznar con el apoyo de PSOE y PNV para permitir la entrada de entidades privadas en la gestión de centros sanitarios públicos; las medidas claramente privatizadoras que Esperanza Aguirre, Eduardo Zaplana y Artur Mas implantaron en sus territorios; o los intentos de privatización de un amplio número de hospitales y centros de salud en la Comunidad de Madrid, por el entonces consejero Ignacio González, que pudieron pararse por las fuertes movilizaciones protagonizadas por los profesionales de la salud junto a la población afectada.

Pese a continuar utilizando terminología de los primeros años de la reforma (equidad, participación, atención prima-

Los sistemas nacionales de salud se basan en la universalidad, para todas las personas; la equidad, dar más a los que más lo necesiten, y en la eficiencia, obtener los mejores resultados al menor coste

ria, atención integral...) la realidad ha sido que el Derecho a la Salud ha sido entregado a las exigencias del mercado (com-

petitividad, beneficio, capital) en el marco de la Unión Europea. Lo que comenzó con una reforma que aspiraba a la equidad, se transformó en la premisa de reducir el gasto público.

De la Revolución Bolchevique al modelo inglés

■ Tras la Segunda Guerra Mundial, en el contexto de enfrentamiento político, social, económico y militar de la Guerra Fría, los países europeos occidentales quisieron mostrar que el sistema capitalista era una alternativa al socialismo, generando toda una corriente económica y social, que propició el nacimiento del llamado “estado del bienestar”, en cuyo modelo, la asistencia sanitaria constituye uno de sus pilares fundamentales. La pauta la marcó Gran Bretaña, país que, por influencia de la Revolución Bolchevique de Octubre y de teóricos médicos como Henry Sigerist, impulsó un movimiento a favor de la nueva medicina social, que influyó decisivamente en el programa sanitario del partido laborista y la posterior implantación de un Sistema Nacional de Salud en un país capitalista en el año 1948. Un sistema que fue un ejemplo para los países de su entorno.

LAS UNIDADES DE GESTIÓN CLÍNICA. En el año 2000 se pusieron en marcha las Unidades de Gestión Clínica que se formaron con profesionales médicos y de enfermería que asumían la gestión de su propia práctica asistencial, desgajados del resto de profesionales que componían el Equipo Básico de Atención Primaria y autónomo de otras unidades clínicas. Se pierde la unión de la atención sanitaria en función de las características de la población y sus necesidades. Entre las unidades se introduce el principio de competitividad, ya que pueden ser mejor o peor premiados con incentivos económicos según haya sido su contribución al ahorro junto a una buena asistencia médica. Lo cual rompe con los criterios básicos de gestión pública orientada a conseguir altos niveles de salud y de satisfacción de todas las personas. El hecho es que la gestión clínica puede desarrollarse con fines de eficacia y eficiencia sin cambiar el marco organizativo.

Desde el año 2009, el Sistema Nacional de Salud y el Sistema Sanitario de Andalucía han sufrido una dura política de recortes que los ha colocado en una situación muy crítica. En ese contexto las capacidades de eficiencia en la gestión clínica se han visto reducidas. No hay que olvidar que, tan importante como los profesiona-



Residencia sanitaria García Morato del Seguro de Enfermedad. Sevilla, 1955.

les es la población. La participación de todas las personas involucradas en el proceso sanitario debe ser un objetivo fundamental, junto a una financiación suficiente.

LA CRISIS. La gestión y eficiencia salta por los aires ante la crisis del sistema capitalista, una crisis no sólo económica, también política y de valores. Mientras se rescatan a los bancos privados con dinero público, no se “rescata” a las personas con dificultad para pagar sus hipotecas o en desempleo. Según las fuentes, los recortes financieros a los servicios sanitarios públicos se sitúan entre 15.000 y 21.000 millones de euros anuales desde el año 2009. Y aunque en los dos últimos años se han producido algunos incrementos, estos, ni de lejos, han recuperado la situación previa. Esto ha provocado una disminución general del personal sanitario y un empeoramiento de sus condiciones de trabajo, también del funcionamiento del sistema sanitario: aumento de listas de espera, masificación de las consultas de medicina de familia, pediatría y otras especialidades, y un retroceso claro de las actividades programadas.

El Real Decreto sobre el Sistema Nacional de Salud, aprobado por vía de urgencia en abril de 2012 por el gobierno de Mariano Rajoy, afecta a dos elementos esenciales. En primer lugar a la universalidad, lo que significa que excepto las urgencias, maternidad y cuidado a menores, la asistencia sanitaria no será para todas las personas. Deja fuera a la población migrante que no tenga su situación administrativa regularizada y a la población autóctona que no esté inscrita en el paro. Esta última deberá acreditar que es pobre para estar asegurada. Esta reforma también afecta al prin-

cipio básico de la equidad, dar más al que más lo necesita. También ha supuesto un aumento de los copagos farmacéuticos, las encuestas señalan que solo un 14,8% de las personas retiran de la farmacia los medicamentos prescritos por motivos económicos.

Pocas personas dudan de que los sistemas sanitarios públicos —de financiación y gestión pública— son más beneficiosos que los sistemas privados, que necesi-

Reinserción social ante la heroína

■ En la terminología de la reforma andaluza, la reinserción social fue destacada porque los años 80 supuso el punto álgido de la entrada y consumo de heroína tras las importantes luchas que intentaban cambiar de forma profunda el régimen franquista. Las drogas han sido históricamente armas utilizadas por los poderes y gobiernos colonialistas como fuente de financiación y para frenar las luchas de los pueblos. A modo de ejemplo, basta analizar el caso del opio introducido por el gobierno británico en China que pasa a Indochina controlado por el gobierno francés; o la cocaína en México y Colombia por parte de los gobiernos de Estados Unidos. La entrada masiva de heroína en Andalucía provoca la desestructuración familiar y la muerte de una parte importante de la juventud de la época, que se vio agravado por la epidemia del SIDA.

Henry Sigerist y la medicina soviética

■ El prestigioso historiador de la medicina en sus visitas a la Unión Soviética conoció los logros del primer Sistema Nacional de Salud, y declaró: “Los estudios que he hecho durante tres veranos en la URSS fueron quizás los más inspiradores de toda mi carrera. Admito francamente que estoy impresionado por todo lo que vi, por el esfuerzo honesto de una nación entera para darle atención médica a todo el pueblo”.

tan dar una ganancia extra a la empresa a costa de una mayor explotación laboral y/o de una peor calidad del servicio. Pero también es cierto que los sistemas públicos forman parte del gran sistema privado que representan las sociedades capitalistas, insertas en una suerte de ayuda mutua con los entramados de las empresas privadas, especialmente del sector farmacéutico y de las tecnologías sanitarias. Empresas que venden sus productos cada vez más caros según se coticen en el mercado internacional. Por eso es más necesario que nunca defender servicios públicos esenciales, como la sanidad y la educación, pero también otros como la vivienda, energía o el agua. Sabiendo que son reformas, mejoras parciales, que suponen un paso más en la consecución de cambios más profundos de nuestra sociedad para que sea realmente “pública” en su conjunto. ■

Más información:

■ Fontana, Josep

Por el bien del imperio.

Pasado & Presente, Barcelona, 2013.

■ Álvarez-Girón, Manuela y Cruz-Rojo, Concepción

“La Reforma Sanitaria en Andalucía”, en Álvarez-Girón, Manuela, García-Gil, Carmen y Solano, Ana (ed). *La Salud en Andalucía. Entre el mercado y el derecho.*

Mergablum, Sevilla, 2003.

■ Cruz-Rojo, Concepción y Gil de San Vicente, Iñaki

Derechos humanos como arma de destrucción masiva.

Boltxe, Bilbao, 2015.

ah

ANDALUCÍA EN LA HISTORIA



Suscríbase ahora a **ANDALUCÍA EN LA HISTORIA** y recibirá como regalo de bienvenida estas dos interesantes obras: **'Cuando en España estalló la paz'**, una serie de retratos, crónicas y poemas del escritor argentino Valentín de Pedro acerca de su experiencia en la cárcel de Portier, antesala del paredón tras el fin de la Guerra Civil, y **'Últimos días en Collioure'**, del hispanista Jaques Issorel, un libro que relata los últimos 26 días de vida del poeta Antonio Machado en el Hotel Bougnol-Quintana.

PROTECCIÓN DE DATOS PERSONALES SOBRE SUSCRIPTORES

En cumplimiento de lo dispuesto en el Reglamento General de Protección de Datos le informamos que:

- El responsable del tratamiento de sus datos personales es la Fundación Pública Andaluza Centro de Estudios Andaluces con C.I.F.: G9122069 y cuya dirección postal es Calle Bailén número 50, 41001 Sevilla, teléfono: 95505210 y correo electrónico: protecciondedatos@centrodeestudiosandaluces.es
- Podrá contactar con el Delegado de Protección de Datos en la dirección dpd.cpalm@juntadeandalucia.es
- Los datos personales que nos proporciona son necesarios para gestión de suscriptores de la revista 'Andalucía en la Historia' editada por la Fundación Centro de Estudios Andaluces, cuya base jurídica es la relación contractual.
- Puede usted ejercer sus derechos de acceso, rectificación, supresión, portabilidad de sus datos, y la limitación u oposición a su tratamiento, como se explica en la información adicional: <http://lajunta.es/15cco>

SUSCRÍBASE A ANDALUCÍA EN LA HISTORIA

Remita este cupón recortado o fotocopiado a:

Centro de Estudios Andaluces. C/ Bailén 50 - 41001 Sevilla - Fax: 955 055 211

Cumplimente todos los datos y señale los números en sus correspondientes casillas. Suscripción por un año:

☐ Deseo suscribirme a 4 números de Andalucía en la Historia por un importe de 13,50 €. Gastos incluidos para España.**

Primer número que deseo recibir:

CONSIGA AHORA SUS NÚMEROS ATRASADOS

Cumplimente todos los datos y señale los números en sus correspondientes casillas.

Números atrasados: 3,50 €/unidad. Consultar gastos de envío (Telf.: 955 055 210).

☐ Deseo recibir los siguientes números atrasados:

(Hasta el fin de existencias. Números agotados: 1 al 15, 22, 23 y 43)

FORMA DE PAGO

☐ Adjunto cheque a nombre de la **Fundación Pública Andaluza Centro de Estudios Andaluces.**

☐ Transferencia bancaria a nombre de la **Fundación Pública Andaluza Centro de Estudios Andaluces** en la cuenta:

IBAN:

ES79 0182 5566 7402 0150 8457

Código Swift/BIC:

BBVAESMMXXX

☐ Cargo en cuenta:

IBAN:

Código Swift/BIC:

☐ Vía Internet a través de la página www.centrodeestudiosandaluces.es

SUS DATOS

Nombre y Apellidos: *N.I.F.:

Calle: Nº: Piso: Telf.:

Localidad: Provincia:

C.P.: E-mail:

MÁS INFORMACIÓN:
955 055 210

www.centrodeestudiosandaluces.es



* Datos obligatorios. ** Consultar gastos de envío para otros destinos



Centro de Estudios Andaluces
CONSEJERÍA DE LA PRESIDENCIA,
ADMINISTRACIÓN LOCAL Y MEMORIA DEMOCRÁTICA



La (Pre)Historia de las mujeres

Una revisión crítica de los discursos sobre el pasado

Las mujeres no están presentes en la Historia. No lo están ni sus aportaciones, ni sus conocimientos, ni sus trabajos. Esa exclusión no está basada en el conocimiento científico sino que es una construcción ideológica que se ha servido de las sociedades del pasado, especialmente de las prehistóricas, para crear estereotipos que ayuden a justificar un determinado orden social. La investigación arqueológica está contribuyendo en los últimos años a deconstruir esos prejuicios apostando por el estudio de otros aspectos poco tratados hasta el momento y que sitúan las experiencias de las mujeres en el centro del discurso histórico.

Recreación de un poblado argárico.
Dibujo de Miguel Salvatierra.



MARGARITA SÁNCHEZ ROMERO
UNIVERSIDAD DE GRANADA

La Historia no habla de las mujeres, ni se preocupa por las aportaciones, las experiencias, los trabajos y los conocimientos que han desarrollado. La razón es que, en su mayor parte, la Histo-

ria la han escrito los hombres que se han interesado por las cuestiones que entendían importantes en cada momento.

En el caso de la Arqueología concurren además otras circunstancias. La Arqueología surge como disciplina científica en la segunda mitad del siglo XIX, los primeros arqueólogos son hombres de las élites in-

Proyecto Pastwomen

■ El sitio web “Pastwomen. Historia material de las mujeres” (www.pastwomen.net) pretende dotar de visibilidad a las líneas de investigación en Arqueología e Historia que se vinculan al estudio de la cultura material de las mujeres al tiempo que pretende proporcionar recursos actualizados desde las perspectivas feministas a todos los sectores involucrados en la divulgación histórica. Tiene como principales objetivos ampliar el conocimiento de las actividades de las mujeres en la prehistoria y protohistoria peninsular, incorporando las últimas investigaciones desarrolladas en este campo, así como el desarrollo de contenidos informativos/formativos para su uso *on-line* y su traslación a dispositivos móviles.

telectuales y económicas cuyas preocupaciones e intereses están influenciados por las transformaciones sociales, políticas, ideológicas y económicas que a lo largo del siglo XIX se van a suceder y que marcarán de manera evidente el desarrollo de la disciplina. Entre estos cambios está, por ejemplo, la reconstrucción de Europa tras las guerras napoleónicas; los estados europeos se reconfiguran y reordenan, buscan en el pasado los referentes identitarios que les refuercen en sus reivindicaciones territoriales y nacionales, y que les ayuden a comprender cómo se regula el poder en la nueva situación política.

En esa mirada al pasado se incluye la fundación de los primeros museos nacionales de Arqueología y Bellas Artes y es, en ese contexto, cuando Christian Thomsen establece el Sistema de las Tres Edades: Edad de Piedra, Edad del Bronce, Edad del Hierro, mientras ordenaba los materiales de lo que sería el futuro Museo Nacional de Dinamarca. Una periodización que pone en el centro del progreso humano determinadas tecnologías, como la de la piedra tallada o la metalurgia, que cambian el mundo; esta idea se verá reforzada por la culminación de la Revolución Industrial que cambia las formas económicas y de producción, provoca movimientos demográficos... una revolución industrial basada, en buena parte, en la extracción y uso de minerales y carbón.

En la urna funeraria de la Dama de Baza los análisis antropológicos revelaron que la enterrada era una mujer en la treintena, en cuyo ajuar se hallaron cuatro panoplias guerreras compuestas por al menos 16 piezas de armamento.



Museo Arqueológico Nacional.

Otra de las consecuencias de las mencionadas guerras napoleónicas es el inicio de los procesos de descolonización. La Arqueología ayuda a sustentar, en cierto modo, la tesis de que las poblaciones contemporáneas con condiciones económicas y sociales similares a las de la Prehistoria son tan salvajes o primitivas como éstas y por tanto necesitan ser civilizadas. El binomio prehistórico-salvaje justifica la colonización de esas poblaciones que están en tránsito a ser como las nuestras.

Por último, otro de los grandes movimientos sociales que se producen en el XIX es el sufragismo, las mujeres intensifican sus reivindicaciones, quieren votar porque quieren estar en los lugares en los que se toman las decisiones y sus intereses chocan de frente con los del poder establecido. Es en este momento cuando se escriben

LA ARQUEOLOGÍA DEL XIX BUSCA EN LAS SOCIEDADES DEL PASADO RESPUESTAS A CUESTIONES COMO EL EJERCICIO DEL PODER, LA IDENTIDAD NACIONAL O JUSTIFICA DETERMINADAS SITUACIONES COMO LA SUBORDINACIÓN DE LAS MUJERES A LOS HOMBRES O LA EXISTENCIA DE PUEBLOS PRIMITIVOS

textos dedicados al matriarcado primitivo o se retoman mitos por los que las sociedades en las que las mujeres gobiernan distan mucho de ser civilizadas y avanzadas; en este sentido, las sociedades prehistóricas son un ámbito muy fructífero de creación de estereotipos que refuerzan la posición de las mujeres en roles subordinados y desiguales frente a los hombres.

ESTEREOTIPOS. En definitiva, la Arqueología del XIX busca en las sociedades del pasado las respuestas a cuestiones como el ejercicio del poder, la identidad nacional, la importancia de determinadas tecnologías o justifica determinadas situaciones como la subordinación de las mujeres a los hombres o la existencia de pueblos “primitivos” inferiores a la civilizada Europa. Estos prejuicios en la investigación se convierten rápidamente en estereotipos.



Uno de los mejores ejemplos para la representación de las mujeres es la serie de quince bustos que se presenta en mayo de 1916 en la Academia Real de Bélgica. Realizadas entre 1909 y 1914 por el escultor Louis Mascré, en colaboración con el arqueólogo Aimé Rutot, estas esculturas materializan un recorrido por las principales ideas acerca del proceso de evolución humana con una vocación claramente científica. De los quince bustos, 13 son masculinos y sólo dos femeninos. Los hombres, representados en diferentes edades, cazan, crean arte, tallan piedra y manipulan objetos. Las únicas dos representaciones femeninas “La mujer de raza neandertal” y “La mujer negroide de Laussel”, representan respectivamente a una madre neandertal, con rasgos marcadamente simiescos que protege a su cría con una actitud salvaje, y la representación en tres dimensiones de la denominada “Venus de Laussel”, una escultura que muestra la desnudez del cuerpo femenino y que resalta el atractivo sexual de la mujer. Mientras los hombres aparecen en relación a elementos culturales y tecnología, las mujeres se representan únicamente vinculadas a sus cuerpos, bien sea por la maternidad, bien sea por la sexualidad.

En la sepultura 22 del Cerro de la Encina de Monachil (Granada) se han encontrado vasos cerámicos junto a los restos de dos criaturas. Posiblemente fueron realizados por niños y niñas dentro del proceso de aprendizaje, sirviendo como juguetes con los que reproducir roles adultos.

EN ‘LOS PICAPIEDRA’ SE REPRODUCE EL IDEAL DE FAMILIA NUCLEAR EN EL QUE LOS HOMBRES TRABAJAN Y LAS MUJERES SE QUEDAN EN CASA, EQUIPADAS, ESO SÍ, CON TODOS LOS ADELANTOS TECNOLÓGICOS NECESARIOS PARA EL DESARROLLO DE LAS “LABORES DOMÉSTICAS”

Estos estereotipos de principios de siglo no son los únicos que utilizan la Prehistoria para sustentar determinados roles sociales. En septiembre de 1960 se estrena por primera vez la serie de dibujos animados *Los Picapietra*, destinada al público adulto, es una de las de más éxito, vista en 80 países y traducida a 22 lenguas. En ella se reproduce el ideal de familia nuclear en el que los hombres trabajan y las mujeres se quedan en casa, equipadas eso sí, con todos los adelantos tecnológicos necesarios para el desarrollo de las “labores domésticas”. Una estrategia que se suma a las establecidas después de la Segunda Guerra Mundial por las que las mujeres, que habían participado en la contienda de forma masiva, tenían que volver al hogar. El discurso de las tres ces: casa, calceta y cocina se extendió rápidamente. Se expulsó a las mujeres de los trabajos que habían ocupado y comenzó la manufactura de electrodomésticos y bienes de consumo. Era necesario revitalizar la economía y sustentar determinados roles y *Los Picapietra* contribuyeron a hacerlo bajo la premisa de que ése era el papel de las mujeres desde tiempos prehistóricos. Unas ideas que estaban siendo apoyadas desde la investigación arqueológica del momento que publica obras como *Man the Toolmaker* en 1957



De los quince bustos que formaban la serie que se presenta en mayo de 1916 en la Academia Real de Bélgica por el escultor Louis Mascré, en colaboración con el arqueólogo Aimé Rutot, sólo dos eran de mujeres. Y en ambos casos su representación estaba ligada a las funciones reproductivas.

de la persona enterrada y, aunque el análisis osteoarqueológico ya había proporcionado la certeza necesaria para afirmar que era un individuo del sexo femenino, el análisis de ADN realizado en 2017 ha permitido afirmar de manera incuestionable que era una mujer. Unas reticencias iguales a las que se produjeron tras el descubrimiento e interpretación de la tumba 155 de la necrópolis del Cerro del Santuario en la que apareció la Dama de Baza.

DAMA DE BAZA. La denominada Dama de Baza (véase página 42) fue descubierta en el interior de la sepultura 155 de la necrópolis del Cerro del Santuario de Basti (Baza) el 20 de julio de 1971. A la excepcionalidad de su estado de conservación se sumaba otra cuestión de enorme interés, la figura de la Dama era una urna cineraria, un contenedor de los restos cremados de la persona enterrada en esa sepultura. Más impactante fue la noticia de que los primeros análisis antropológicos realizados revelaban que la enterrada era una mujer en la treintena, algo contradictorio con el ajuar que presentaba: cuatro panoplias guerreras compuestas por al menos 16 piezas de armamento entre las que se encontraban espadas, lanzas o escudos, además de un conjunto cerámico excepcional en tipos y decoraciones. Este hecho dio lugar a un cierto revuelo porque ponía en duda la asociación, hasta el momento incuestionable, entre armas y enterramientos masculinos e hizo que su identificación

(El Hombre fabricante de herramientas) u organiza congresos que dan lugar a volúmenes como *Man The Hunter* (El hombre cazador) en 1968. Otra vez determinadas tecnologías y actividades desarrolladas por los hombres se sitúan en el primer plano de la explicación histórica.

La más que evidente invisibilidad de las mujeres hace que incluso cuando están presentes en el registro arqueológico resulte complicado que se las reconozca si no aparecen vinculadas a las actividades que

se espera que realicen. Un buen ejemplo de ello es la tumba encontrada en la necrópolis de Birka del siglo VIII, en Suecia, excavada en 1880. Los restos óseos encontrados fueron atribuidos a un guerrero por los objetos de ajuar que contenía la sepultura y que fueron descritos como "varoniles": espada, hacha, escudos, flechas, un juego completo de piezas de estrategia militar y los restos de dos caballos. Más de 130 años después, la revisión de los restos antropológicos despertó las sospechas sobre el sexo

Las actividades de mantenimiento

■ La habilidad de los grupos sociales de perpetuarse a través del tiempo depende en gran parte tanto de la reproducción biológica, como de la práctica de una serie de actividades que colectivamente facilitan la supervivencia de las sociedades y que se desarrollan dentro del marco de la vida cotidiana. El concepto de actividades de mantenimiento supone una nueva mirada en el modo de entender

el trabajo en las sociedades prehistóricas, son las actividades que garantizan la reproducción del sistema económico de cualquier sociedad y son imprescindibles para la reproducción del sistema socio-económico. Se incluyen todos los trabajos relacionados con la preparación de alimentos, el cuidado de las criaturas, las personas enfermas o de avanzada edad, el mantenimiento de los espa-

cios, la socialización y el aprendizaje. Todas estas actividades se desarrollan en la escala de la cotidianeidad y son las que garantizan los vínculos básicos que mantienen la cohesión grupal. Estos trabajos requieren una serie de habilidades técnicas y un cúmulo de experiencias y conocimiento que producen innovaciones y cambios y que no han sido valoradas por los discursos históricos.

DESDE LA DENOMINADA ARQUEOLOGÍA FEMINISTA, DE LAS MUJERES Y DE GÉNERO SE TRABAJA PARA PALIAR ESTAS DEFICIENCIAS EN LOS DISCURSOS HISTÓRICOS Y DESMONTAR LOS ESTEREOTIPOS ESTABLECIDOS. PARA ELLO SE INTRODUCEN NUEVOS CONCEPTOS QUE CONSIDERAN LA IMPORTANCIA DE LA COTIDIANEIDAD

fuese puesta en duda hasta los nuevos estudios antropológicos realizados en 2005 que confirmaron los primeros resultados. La tumba contendría los restos de una aristócrata, la escultura representaría a una mujer real que expresa su poder a través de las joyas y los ricos vestidos de telas de distintas calidades, una mujer de la élite que tuvo acceso a bienes y riquezas y que dotó de legitimidad a su grupo gentilicio. Su aparición supuso un revulsivo a la hora de entender los procesos de formación de las aristocracias ibéricas.

Como observamos, las mujeres de las sociedades prehistóricas o bien quedan invisibilizadas, o se las estereotipa otorgándoles un papel dependiente y pasivo en las formas de organización social. Se produce una mirada sesgada hacia su importancia social, cultural y económica que no se debe a una conclusión científica, sino a un sesgo en la investigación que ha desestimado la consideración de determinados trabajos a la hora de explicar quiénes somos.

ARQUEOLOGÍA DE GÉNERO. Desde la denominada Arqueología Feminista, de las Mujeres y de Género se trabaja para paliar estas deficiencias en los discursos históricos y desmontar los estereotipos establecidos. Para ello se introducen nuevos conceptos que consideran la importancia de la cotidianeidad o la función estructural de determinadas actividades y que revisan conceptos como el de tecnología para reconocer la agencia de las mujeres en las sociedades del pasado. Entre otras estrategias, nos servimos del concepto de actividades de mantenimiento para analizar y comprender aquellos trabajos históricamente atribuidos a las mujeres con varios objetivos distintos: reconocer la función estructural e imprescindible de estas actividades, explorar la verdadera aportación de estos trabajos a las sociedades reconociéndoles los conocimientos, experiencias y tecnologías necesarias para su realización, eliminar el sesgo esencialista de su vinculación exclusiva a las mujeres y valorar a quienes en mayor medida las han realizado a lo largo de la Historia.

La investigación realizada en Andalucía ha sido especialmente fructífera en este sentido, un buen ejemplo lo tenemos

en el estudio de las prácticas culinarias, es decir, el conjunto de procesos aplicados a los alimentos, bien para transformarlos en productos aptos para el consumo, bien para conservarlos, y que juegan un papel esencial en cualquier comunidad. En el yacimiento de la Edad del Bronce de Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén) se han reconstruido las distintas acciones necesarias para su realización, desde el abastecimiento de materias primas y su procesado, hasta las diferentes técnicas de cocinado o las estrategias para la conservación y el almacenaje del alimento transformado.

El aprendizaje, es decir, la adquisición de habilidades y conocimientos por parte de niños y niñas con el objetivo de ser productivos es otro buen ejemplo. En el yacimiento argárico del Cerro de la Encina (Monachil, Granada) encontramos vasos cerámicos de pequeñas dimensiones que imitan las formas estándares aunque con características técnicas y formales deficientes: formas asimétricas, superficies demasiado gruesas o cocciones defectuosas. Estas piezas aparecen tanto en contextos domésticos como en enterramientos, como la sepultura número 22 de este asentamiento (véase imagen de la página 43) que contenía los restos de dos criaturas, lo que corrobora y enfatiza la asociación de estas cerámicas con los individuos infantiles. Posiblemente serían realizadas por niños y niñas dentro del proceso de aprendizaje, sirviendo a la vez como juguetes con los que reproducir roles adultos.

La producción textil supone un ejemplo singular de tecnología. Podemos reconocer fácilmente la práctica de esta actividad en asentamientos prehistóricos atendiendo a dos ámbitos diferenciados, por un lado el

espacio que ocupa en las viviendas, y, por otro, los restos de estructuras y herramientas necesarias para su ejecución. En varios poblados de la Edad del Bronce del sureste encontramos acumulaciones de pesas de telar, punzones, agujas, leznas e incluso las improntas de las estructuras de madera que debieron componer los telares, asociadas a puntos de luz: ventanas, puertas, zonas de paso, tragaluces, etc. Además se han documentado varias piezas de lana y lino que nos pueden proporcionar información muy valiosa sobre aspectos como las técnicas de manufactura utilizadas y los tipos y diseños del entramado.

El estudio de estas y otras actividades y de las tecnologías y conocimientos necesarios para su realización suponen una fuente de información imprescindible para el conocimiento de las sociedades del pasado que enriquecen nuestras interpretaciones y mejoran la disciplina; pero además, y a través de la necesaria implementación de nuevas formas en la difusión de nuestro pasado prehistórico, contribuyen a deslegitimar las desigualdades entre mujeres y hombres basadas en estereotipos sin fundamento. ■

Más información:

- **AAVV**
Venus y Caín. Nacimiento y tribulaciones de la Prehistoria en el siglo XIX.
Ministerio de Educación Cultura y Deporte, Madrid, 2003.
- **Alarcón, Eva y Sánchez Romero, Margarita**
“Arqueología feminista, de las mujeres y del género en la Prehistoria de Andalucía”. *Menga. Revista de Prehistoria de Andalucía* 6, 2015, pp. 32-59.
- **Chapa, Teresa e Izquierdo, Isabel**
La Dama de Baza. Un viaje femenino al más allá.
Ministerio de Cultura, Madrid, 2010.
- **Risquez Cuenca, Carmen**
“La Arqueología ibérica y los estudios de género en Andalucía: avances y desafíos” en *Menga. Revista de Prehistoria de Andalucía* 6, 2019, pp. 61-91.

La Plaza de Armas del Alcázar Real de Écija

Un entorno arqueológico excepcional

El espacio ocupado por la Plaza de Armas del Alcázar Real ha sido siempre un lugar central en la ciudad y en el devenir de las diferentes formaciones sociales que se han ido articulando a lo largo de la historia en el territorio astigitano. Con unos inicios de ocupación humana que pueden rastrearse desde el siglo IX a. C., el programa de excavaciones arqueológicas en curso pone de relieve el excepcional legado romano y medieval que atesora este entorno, hasta solo hace unos años degradado y marginal, y hoy en proceso de recuperación para la ciudadanía.

SERGIO GARCÍA-DILS DE LA VEGA Y SALVADOR ORDÓÑEZ AGULLA
UNIVERSIDAD DE SEVILLA

El texto bajomedieval del *Repartimiento* de Écija entre los conquistadores castellanos, de 1263, incluye en su prolegómeno la mención de la entrega a los cristianos, veintidós años y medio antes, de la “torre de la Calahorra”, en el castillo de la ciudad, que dominaba desde un promontorio natural el resto del alcázar y la cerca amurallada. En adelante, ya bajo jurisdicción de la Corona, el Alcázar pasará a ser administrado por una sucesión de alcaides nombrados por el rey, con atribuciones militares en la defensa de la ciudad y en el aporte de tropas en las diferentes campañas contra el Reino Nazarí de Granada. Precisamente, tenemos noticia de la presencia de Diego García de Castrillo, comendador mayor de la Orden de Calatrava y alcaide de los alcázares de Écija, en la entrega de la capital a los Reyes Católicos, el 2 de enero de 1492, siendo el responsable de poner la cruz, el pendón de Santiago y el pendón Real en la torre del Homenaje de la Alhambra.

Como ocurrirá a partir de entonces a otras fortificaciones de la Corona de Castilla, la finalización de la conquista del Sureste peninsular y la consiguiente pérdida de su funcionalidad defensiva, propiciará el lento declive del Alcázar astigitano a lo largo del siglo XVI. Este proceso se acentuará en el siglo siguiente, cuando se opta por derribar aquellos elementos que amenazaban la seguridad de los edificios inmediatos a la fortaleza. Por ejemplo, de 1682 es un memorial de los vecinos del barrio de San Gil, que vivían próximos al

LA FINALIZACIÓN DE LA CONQUISTA DEL SURESTE PENINSULAR Y LA CONSIGUIENTE PÉRDIDA DE SU FUNCIONALIDAD DEFENSIVA PROPICIARÁN EL LENTO DECLIVE DEL ALCÁZAR ASTIGITANO A LO LARGO DEL SIGLO XVI

Alcázar, en el que se quejaban de que, por estar el muro de éste desportillado, sufrían grandes daños y escándalos, y pedían a la ciudad que diese el Alcázar a Diego Álvarez, albañil, para que lo sembrase de alcácel o cebada verde con la obligación de tener tapados los portillos. El Cabildo acordó realizar esta labor por cuenta de los propios, pero la petición de los vecinos revela claramente el estado de destrucción en que ya entonces debía encontrarse el interior del recinto.

EL PICADERO. Al respecto, uno de los documentos más interesantes sobre el castillo ecijano y su decadencia es el que recoge uno de los asuntos discutidos en cabildo el 30 de abril de 1700. La ciudad se enfrenta a la ruina total que sufre la fortaleza y tiene que decidir su destino. El relato comienza con la comparecencia del corregidor, que

“dio cuenta a esta ciudad como considerando la falta que en ella ay de escuela para los caballos y maestranza para los Cavalleros”. A continuación, se pasa revista al estado en que se encontraba el Alcázar, “totalmente demolido y arruynado... ynavitable sin conthener en sí auitazion alguna sino es hecho un corral grande lleno de montones de tierra que en las ruynas an quedado alli”.

En las líneas siguientes se levanta acta de un interesante debate entre los caballeros capitulares sobre las medidas que se deben adoptar al respecto, si demoler o no determinados lienzos de la muralla, si abrir nuevas puertas o, incluso, allanar la superficie. Se hace una oportuna puntualización en relación a la fortificación, “a ella no se puede tocar sin orden expresa de su Magestad”, de manera que se hace la preceptiva solicitud a la Real Chancillería de Granada, que emite una real provisión poco después, el 18 de mayo, autorizando que se destinara este espacio a picadero y se reúna el cabildo para decidir las actuaciones que fuera necesario acometer.

Se convierten así el castillo ecijano y su Plaza de Armas en lugar de ejercicio en el arte ecuestre para los caballeros ecijanos, “el Picadero”, denominación popular que ha perdurado hasta hoy. Las obras que se llevan a cabo en las décadas siguientes del siglo XVIII desdibujarán por completo el imponente aspecto que presentaba la fortaleza, del que únicamente nos ha quedado memoria visual gracias a las imágenes que nos han legado corógrafos y viajeros de



Detalle del sector del Alcázar en cuatro vistas de la ciudad: Joris Hoefnagel (1567), Anthonis van den Wijngaerde (1567), Piero Maria Baldi e Israël Silvestre (2ª mitad del s. XVII).

los siglos XVI y XVII (véanse imágenes de esta página).

Pero ni siquiera el uso como picadero habría de perdurar. En el siglo XIX se encuentra de nuevo abandonado este espacio público, transformado en vertedero de escombros y basuras, decadencia que lo llevará a convertirse a partir de la década de 1950 en un barrio de “chozos”, infraviviendas que se irán consolidando hasta convertir el Picadero en uno de los barrios marginales por antonomasia de la ciudad.

LA EXCAVACIÓN. Esta situación de secular abandono y degradación social de un espacio público tan emblemático cambiará a partir de 1999, impulsada por el consistorio ecijano, comenzando por la reubicación de las familias que poblaban el Picadero en viviendas sociales de promoción municipal. La recuperación paulatina de este espacio, al compás de la demolición de las infraviviendas, permitirá ir reconociendo las maltrechas trazas del antiguo castillo, comenzándose la investigación arqueológica de la Plaza de Armas en noviembre de 2001 (véase foto 1).

ESTA SITUACIÓN DE SECULAR ABANDONO Y DEGRADACIÓN SOCIAL DE UN ESPACIO PÚBLICO TAN EMBLEMÁTICO CAMBIARÁ, A PARTIR DE 1999, POR IMPULSO DEL CONSISTORIO ECIJANO

La posición estratégica del emplazamiento del Picadero, coronación del denominado cerro de San Gil, con una altura desde la que se domina el resto de la ciudad, hacía que las excavaciones se plantearan con unas expectativas muy altas. Efectivamente, las sucesivas campañas de intervenciones arqueológicas permitieron verificar que aquí se encontraba la secuencia cronocultural más dilatada de la ciudad, con una ocupación permanente por lo menos desde el Bronce Final, hacia el siglo IX a. C., pasando por las esperables fases tartésica y turdetana, llegando hasta la fundación de *colonia Augusta Firma*, en el último cuarto del siglo I a. C.

En el plano urbanístico, el nacimiento de la *colonia* romana supondrá el arrasamiento de buena parte de las estructuras del *oppidum* turdetano previo, que cabe identificar con la *Astigi Vetus* mencionada

por Plinio, al realizarse el desmonte de la parte superior del cerro para facilitar la implantación en esta posición privilegiada de una serie de espacios domésticos, así como para facilitar el aporte de rellenos para la regularización en cota de la nueva ciudad.

De cronología romana, las intervenciones realizadas en la plaza han sacado a la luz una serie de espacios domésticos, actualmente en fase de estudio y restauración. La primera *domus* en detectarse se localiza en el límite meridional de la coronación de la superficie amesetada que se configura aquí tras la *deductio*. Aunque muy arrasada en época almorávide por los movimientos de tierras realizados para la construcción del recinto fortificado, sí se han conservado pavimentos musivos de gran interés.

En 2001 aparecería uno de ellos, un mosaico policromo de traza geométrica (foto 2), en el que se pueden reconocer en la parte conservada hasta tres máscaras de teatro, situadas en torno a un emblema central, en el que llama la atención una singular representación doble de un joven portando un *pedum*, identificado con un sátiro, y un anciano barbado con un *tympanum* o pandereta báquica, a imagen de un sileno, dependiendo del punto de vista del observador.

AMORES DE ZEUS. Más adelante, ya en 2015, se pudo documentar otro notable mosaico, cuya temática gira en torno a episodios mitológicos bien conocidos, re-

lacionados con los *Amores de Zeus* (foto 3). El mosaico decoraba una amplia estancia, de casi 40 m², que presentaba un único acceso, situado en el extremo norte del muro de cierre oriental de la misma, sobre el que también se extendía la decoración musiva. Desde el punto de vista técnico, hay que señalar el uso masivo de *tessellae* de pasta vítrea de rico colorido, que permite dotar de matices y profundidad a las imágenes. Su esquema compositivo resulta compatible con la funcionalidad de la estancia como comedor, a juzgar por la amplia “L” que enmarca la parte figurativa en su sector suroeste, decorada con cubos tridimensionales. Constaba originalmente de catorce escenas, de las que se han perdido dos y parcialmente una tercera, preservándose hasta treinta figuras.

La parte figurativa se distribuye básicamente en dos campos, el primero de ellos dispuesto verticalmente, a la entrada de la estancia, enmarcado con una cenefa de cestería o de múltiples cabos. Las tres escenas se representan aquí en campo abierto, sin más separación que elementos vegetales, en este caso parras, comenzando por una figura femenina semidesnuda tocada con una corona floral, recostada sobre una piedra y acompañada de un niño que, en principio, cabe identificar con *Tellus*. Le sigue un amplio lagar rectangular, en el que cuatro personajes del cortejo báquico —sátiros, un sileno— pisan la uva, mientras un quinto vierte nuevos racimos y el mosto mana a través de dos orificios, rematados en cabezas de felino, a sendos *dolia*. A continuación se representa a una cabra comiendo unos racimos de uva, observada por un personaje barbado, tocado con un pétaso y con un *pedum* al hombro, acompañado por un joven que señala hacia la izquierda de la composición, que podrían identificarse respectivamente como *Ikarios* y *Dioniso*.

El segundo campo figurado, delimitado por una cenefa de tres cabos, gira en torno a la escena central que representa los momentos previos al rapto de Europa, con la princesa recién subida a lomos del toro, tal como se deduce de la postura estática del animal, la vegetación del prado, así como la presencia de sus acompañantes, una de las cuales alimenta al bívoro mientras lo retiene con una cuerda atada a las astas. Sobrevuela la escena Mercurio, fácilmente reconocible por el pétaso, el caduceo y las sandalias aladas. Inmediatamente a la izquierda, se superpone una posible variante del mito de Dánae que, en este caso, se encuentra al aire libre, extendiendo las manos para recibir la

Abastecimiento de agua

■ Entre las novedades que están proporcionando las excavaciones en curso en el espacio inmediato a la gran vivienda de las pinturas murales resaltan unas potentes estructuras para el almacenamiento y distribución de agua, no por casualidad situadas en el punto más alto de la ciudad romana. La fortuna ha permitido que este hallazgo sea ilustrado con una inscripción latina que conmemora, a fines del siglo II d. C., la restauración del depósito distribuidor y sus canalizaciones por parte de dos magistrados de la ciudad, recordando asimismo al responsable de su construcción dos siglos antes.

lluvia que cae de la representación esquemática de una nube, portada por un erote, dentro de la que se puede reconocer al mismo Zeus, recostado.

El nivel de detalle del mosaico es tal que, incluso, se han plasmado con *tessellae* las gotas de lluvia. Detrás de ambas escenas se observan representaciones arquitectónicas de ciudades. Las demás figuras aparecen dispuestas alrededor, enmarcadas por recuadros, situándose en los ángulos representaciones de las estaciones, de las que se han conservado el otoño y el invierno, habiéndose perdido totalmente la primavera y parte del verano; las imágenes están giradas hacia el suroeste de la estancia, donde se dispondrían los *lecti*. Los demás episodios representados también están relacionados con los *Amores de Zeus*, de los que se han conservado cuatro y perdido el situado inmediatamente a la derecha del rapto de Europa. Así, están representados Cástor junto al caballo, Leda y el cisne, Antíope acosada por el sátiro y Ganimedes conversando con el águila de Zeus.

En el transcurso de la campaña de excavaciones más reciente, se ha localizado en el sector noroccidental de la Plaza de Armas otro edificio doméstico, de características monumentales, del que se han excavado por completo dos estancias y un *balneum*, con un nivel de conservación en cota de hasta 2 m, lo que ha facilitado además la preservación de los niveles deposicionales correspondientes a su abandono y colapso en el siglo III.

Cabe destacar la Estancia 4.4, decorada con una soberbia pavimentación configu-





1. Panorámica general del recinto de la Plaza de Armas del Alcázar Real de Écija.
2 Mosaico del sátiro / sileno, en curso de excavación. 3. Mosaico de los Amores de Zeus.





4. Pavimento de *opus sectile* de la domus de los Fabii, en proceso de restauración.

5. Pinturas murales de la domus de los Fabii, en curso de restauración.

6. El balneum doméstico.

rada por una taracea de mármoles polícromos, técnica conocida como *opus sectile* (foto 4). Si bien el conjunto presenta un magnífico aspecto, especialmente debido a su variedad cromática, cabe mencionar que el esquema compositivo es notablemente descuidado, lo que se hace patente especialmente en las tres grandes lastras situadas junto al muro de cierre oeste, que ni siquiera están centradas. En esta misma línea, la observación detenida de las piezas permite proponer que en una buena parte se trata de retales de diferentes procedencias, que no corresponden a un proyecto o encargo unitario. Efectivamente, los grosores de las losas son muy variables, algunas de ellas incluso tienen en su base sección curva, probablemente porque fueron cortadas de fustes marmóreos, irregularidades que quedan obviadas merced a una base escrupulosamente realizada. En lo que se refiere a los muros perimetrales, se encuentran revestidos de una potente capa de mortero que, a juzgar por los numerosos vástagos metálicos conservados y las huellas en su superficie, servían de base a un aplacado marmóreo que circundaba toda la estancia.

Al sur de la habitación anterior, se dispone en la misma crujía del edificio la denominada Estancia 4.3, caracterizada en este caso por el grado de preservación de sus pinturas murales polícromas (foto 5).



Vandalismo sobre el patrimonio

■ En la madrugada del 9 al 10 de marzo de 2015, el mosaico de la imagen doble del sátiro / silenó sufría un ataque criminal, que supondrá la destrucción completa del emblema central del pavimento musivo, así como de una de las máscaras de teatro perimetrales, además del robo de sus teselas. La eficaz ac-

tuación del Grupo Operativo de Policía Judicial del Cuerpo Nacional de Policía en Écija llevó a la inmediata detención de los autores, así como la recuperación de las piezas robadas, lo que permite tener esperanzas en la pronta restauración y recuperación de este excepcional mosaico.

El esquema decorativo se dispone en tres zonas, de las cuales la primera, la del zócalo, situada al nivel del pavimento, está dividida respectivamente en tres compartimientos en el flanco occidental y siete en los costados septentrional y meridional, de los que se han preservado *in situ* cuatro y parte de un quinto. Esta primera zona simulaba de forma esquemática las tonalidades e irisaciones de un aplacado mármoleo. La segunda se disponía en dos paneles en el costado oeste de la habitación y cuatro en los lados mayores, de los que se ha conservado dos y parte de un tercero. En este caso, los módulos están separados, respectivamente, por entrepaneles, uno de decoración vegetal —guirnalda tensa— combinada con una sucesión de rombos y círculos, y el otro a *candelieri* de cuya base pende una piel moteada felina.

A partir de los numerosísimos fragmentos de estuco pintado documentados en el derrumbe interior de la estancia, sabemos de la existencia de una tercera zona, decorada con motivos figurados, e incluso una cuarta, pintada en blanco, que verosísimamente marcaría el contacto con la techumbre. Estos fragmentos se encuentran actualmente en proceso de clasificación y restauración, y junto con el resto de las pinturas murales de la estancia serán objeto de publicaciones específicas. Cabe adelantar que los resultados preliminares

del estudio de las pinturas revelan la presencia de varias capas, repintes y retoques, realizados por diferentes manos en distintos momentos, así como una cronología que arranca en época de Augusto-Tiberio, con un esquema decorativo ornamental o mixto (III estilo).

La última estructura localizada, al sur de las anteriores, es fácilmente reconocible como un baño o *balneum* doméstico (foto 6), conservado parcialmente hasta su cota de cubrición, que se resolvía con una bóveda de cañón construida en ladrillo. El nivel de preservación de la estancia es tan notable que incluso se conserva buena parte de su revestimiento hidráulico de mortero de cal, en el que todavía se reconoce la impronta dejada por el nivel del agua que contenía. ■

**CABE ADELANTAR
QUE LOS RESULTADOS
PRELIMINARES DEL
ESTUDIO DE LAS PINTURAS
REVELAN LA PRESENCIA DE
VARIAS CAPAS, REPINTES
Y RETOQUES, REALIZADOS
POR DIFERENTES MANOS
EN DISTINTOS MOMENTOS**

Más información:

- **García-Dils de la Vega, Sergio**
Colonia Augusta Firma Astigi. El urbanismo de la Écija romana y tardoantigua. Universidad de Sevilla, 2014.
- **García-Dils de la Vega, Sergio; Sáez Fernández, Pedro; Ordóñez Agulla, Salvador y García Vargas, Enrique**
“Plaza de Armas de Écija. Recuperación de un espacio urbano marginal” en *Actas del II Congreso Internacional sobre Fortificaciones. Conservación y difusión de entornos fortificados* (Alcalá de Guadaíra, 2003). Ayuntamiento de Alcalá de Guadaíra, 2004, pp. 63-77.
- **García-Dils de la Vega, Sergio; Sáez Fernández, Pedro y Ordóñez Agulla, Salvador**
“Motivo iconográfico excepcional en un mosaico báquico de Astigi (Écija, Sevilla)”, en *Habis*. Universidad de Sevilla, 36, 2005, pp. 389-406.
- **Ordóñez Agulla, Salvador y García-Dils de la Vega, Sergio**
“Colonia Augusta Firma-Astigi (Écija, Sevilla): novedades arqueológicas y epigráficas”, en *Gerión*. Universidad Complutense, 36, 2018, en prensa.

Leonor Núñez

De sirvienta a condesa de Arcos

Las damas de la alta nobleza medieval eran educadas para ser madres y esposas, utilizadas como instrumento al servicio de la política familiar y obligadas a tolerar la infidelidad de sus maridos. Leonor Núñez no era una dama noble y nunca quiso serlo. Aun así, engendró a algunos de los más importantes héroes de la frontera de Granada, se convirtió en condesa y llegó a morir con fama de santidad.

JUAN LUIS CARRIAZO RUBIO

UNIVERSIDAD DE HUELVA

El miércoles 28 de septiembre de 1519 el monasterio sevillano de San Jerónimo de Buenavista recibió una visita muy especial, no tanto por la identidad de los recién llegados como por el motivo que les condujo hasta allí. El notario Martín García de Fuentes se presentó acompañado por un individuo que respondía al nombre de Diego Fernández Manuel y se identificó como “criado del muy magnífico señor don Rodrigo Ponce de León, conde de Arcos”. Evidentemente, no se refería al célebre marqués de Cádiz, muerto hacía más de un cuarto de siglo, sino a su sobrino, el hijo y heredero del no menos famoso Manuel Ponce de León “el Valiente”. Cualquiera sevillano sabía del odio que se profesaron ambos hermanos y que enfrentó igualmente a sus descendientes, aunque ya no en el campo de batalla sino en los tribunales.

El hijo de don Manuel no estaba dispuesto a renunciar al legado de sus antepasados y quiso recoger por escrito un singular episodio de la memoria familiar: el relato de dos supuestos milagros obrados medio siglo antes por quien fuera su abuela, doña Leonor Núñez, segunda esposa del conde don Juan Ponce de León y madre tanto de Rodrigo como de Manuel. De hecho, en San Jerónimo de Buenavista habían encontrado eterno descanso los restos mortales de doña Leonor, y allí se custodiaba su recuerdo.

Ya habían transcurrido cerca de setenta años desde que tuvieron lugar aquellos acontecimientos y no quedaban testigos directos. Sin embargo, aún vivían algunos monjes cuyo testimonio iba a resultar de gran valor. En especial, tres venerables ancianos: fray Diego de Córdoba, antiguo prior, el vicario fray Gonzalo de Córdoba y un tal fray Agustín. El prior rondaba los sesenta años y el vicario los sesenta y cin-

SOLO LA TENACIDAD DE UN INDIVIDUO PROMISCUO Y LA NECESIDAD DE LEGITIMAR AL MENOS UNA PARTE DE SU NUMEROSA DESCENDENCIA EXPLICAN QUE LEONOR NÚÑEZ TERMINARA CONVIRTIÉNDOSE EN CONDESA DE ARCOS

co, mientras que fray Agustín había alcanzado ya los ochenta. Ninguno de ellos estaba en el monasterio cuando se produjeron los hechos, pero los tres habían vivido el tiempo suficiente entre aquellos muros como para haber conocido a otros monjes que sí trataron personalmente a doña Leonor Núñez y al conde don Juan Ponce de León. El testimonio oral de estos “frailes antiguos” es el que ahora se pretendía rescatar.

Con sus sesenta años “poco más o menos”, hacía más de cuarenta que fray Diego de Córdoba vivía en Buenavista. Pues bien, en sus primeros años de vida monacal conoció a algunos jerónimos “que había cincuenta años que eran frailes”. Por ellos supo cómo en cierta ocasión acudieron a doña Leonor Núñez a pedirle limosna para liberar cautivos. Aunque doña Leonor tan solo disponía de unas pocas doblas que su esposo le había ordenado guardar, las entregó sin dudar un instante. Algún tiempo después, el conde don Juan le pidió las monedas. Ella, “turbada, no sabiendo qué se hacer, habiéndolas dado para los dichos cautivos”, buscó alguna excusa mientras abría el arca. Cuál no sería su sorpresa

cuando encontró todas las doblas y tres más, propina del Creador porque en su momento “las había dado a honor e reverencia de la Santísima Trinidad”. Curiosamente, fray Diego afirmaba que el relato de este pequeño “milagro” doméstico lo había oído también de labios de las hijas y las nietas de doña Leonor; lo que da idea de la estrecha relación existente entre la comunidad jerónima sevillana y el linaje de los Ponce de León.

El segundo “milagro” se produjo una vez muerta doña Leonor, durante el traslado de su cadáver desde Marchena, capital de los estados señoriales, hasta Sevilla, para recibir sepultura en el monasterio. Aunque desconocemos la fecha en que tuvo lugar el traslado, sabemos por los tres jerónimos que “aquel día hacía muchos vientos e día muy recio e desabrigo”; a pesar de lo cual no se apagó ninguna de las hachas de cera que acompañaban el cuerpo de la condesa. Ciertamente es que encontramos alguna discrepancia en este punto, pues otra versión del suceso explica que lo extraordinario fue que no se consumiera la cera de las velas.

Ambos son milagros modestos, pero se interpretaron como señales que “hizo nuestro Señor Dios por ella”. Al parecer, los relatos venían de antiguo, pues “estos milagros dicen que el dicho conde don Juan los hizo tomar por testimonio autorizado cuando acontecieron”. Nuestro informante añade que el propio conde “los había dado para que quedasen por memoria a los religiosos padres de este monasterio del señor San Jerónimo”. Tal vez ayudaran a conseguir un lugar de privilegio para el sepulcro de su esposa difunta. De hecho, la pesquisa de 1519 pretendía recabar información no solo sobre los milagros, sino también sobre la calidad del enterramiento de doña Leonor.

Leonor Núñez llegó a Andalucía en el séquito de su señora, Leonor de Guzmán, primera esposa de Juan Ponce de León.



También en esto coinciden los testigos. El octogenario fray Agustín nos explica que la condesa estaba enterrada “en la capilla del altar mayor del dicho monasterio, a la mano izquierda del altar mayor, alta del suelo en par de altar, en una tumba dorada, encima de unos leones dorados, con sus armas [su emblema heráldico] en la dicha tumba; e las armas del dicho conde don Juan, su marido, están en un arco encima de la dicha tumba”. Nos confiesa además que “está tan suntuosamente, que muchas veces han reprochado muchas personas diciendo a los padres del dicho monasterio e reprehendiéndoles cómo tenían allí tan suntuosamente el dicho entierro de la dicha condesa, que no podía ser más de una reina”. Y él mismo nos da la respuesta: “que dicen muchos que lo tienen de manera de sagrado, por estar donde está”.

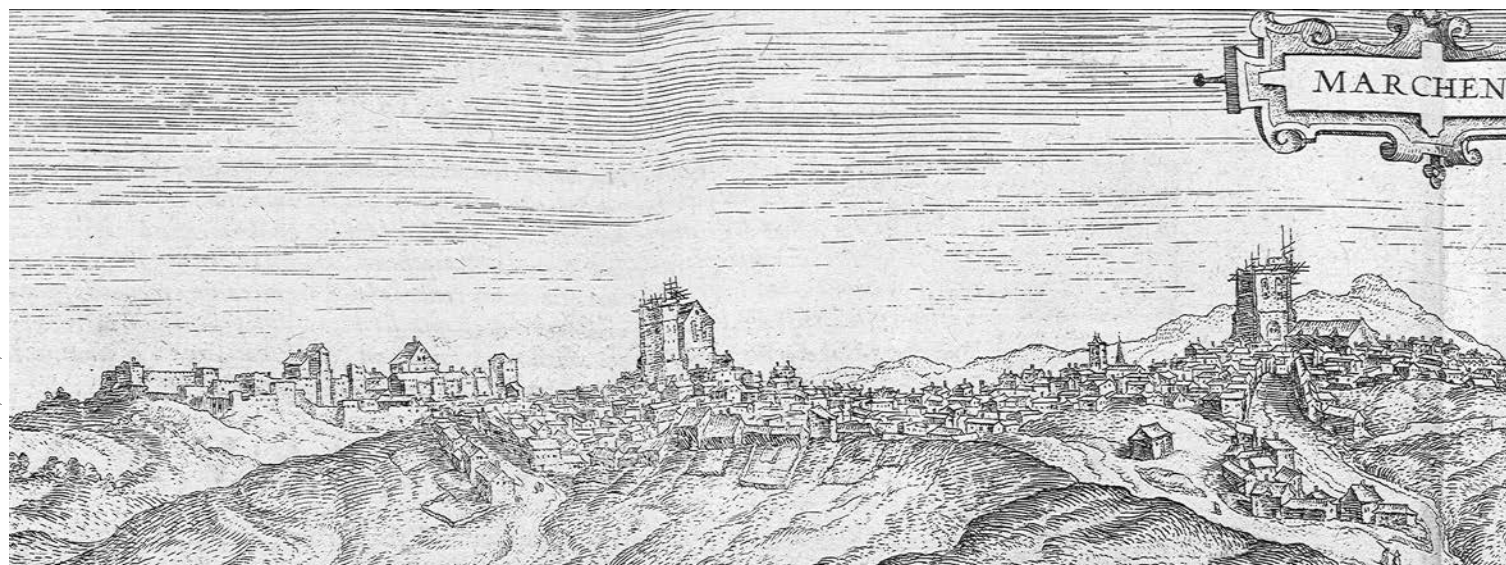
Fray Diego de Córdoba, el antiguo prior, fue uno de los que trasladaron el cuerpo desde su anterior ubicación al altar mayor. Recuerda fray Diego que, colocando allí sus restos, el prior que entonces regía la comunidad de Buenavista comentó que “porque algunos parecía mal que la ponían tan alto en el hueco de la pared, que bastaba para sagra-rio, que dijo que porque era una santa mujer la ponían allí, dejando aparte su merecimiento por quien ella era e mu-

jer de quien era”. Los pretendidos “milagros” de doña Leonor resultan especialmente oportunos para avalar esta imagen de santidad. ¿Por qué existían entonces voces discordantes en el seno de la propia comunidad? Tal vez, porque conocían la verdadera historia de la condesa.

JUAN PONCE DE LEÓN. El que Leonor Núñez terminara convirtiéndose en condesa de Arcos escapa a toda lógica. Solo la tenacidad de un individuo excepcionalmente promiscuo y la necesidad de legitimar al menos una parte de su numerosa descendencia explican este hecho singular. El personaje no es otro que don Juan Ponce de León, sexto señor de Marchena y segundo conde de Arcos de la Frontera. La longevidad de su padre, el conde don Pedro, hizo que no accediera al gobierno de sus señoríos hasta 1448, cuando ya había rebasado los cuarenta años de edad. Rigió su casa y estados durante tres décadas, para legarlos al fin a su hijo Rodrigo, el célebre marqués de Cádiz.

De la ajetreada vida conyugal y prolífica paternidad del conde don Juan han dejado constancia los cronistas; si bien, el mayor cúmulo de noticias sobre el particular lo encontramos en los expedientes judiciales elaborados en torno al año 1500 para el pleito entre su hijo Manuel Ponce de León y su bisnieto Rodrigo, primer duque de Arcos y heredero del marqués de Cádiz. Los prolijos interrogatorios ofrecen multitud de detalles que permiten reconstruir la vida amorosa del conde y, por consiguiente, la peculiar historia de doña Leonor Núñez.

Sabemos que Juan Ponce de León había casado muy joven con otra Leonor: doña Leonor de Guzmán, hija de Álvaro Pérez de Guzmán, alguacil mayor de Sevilla y señor de Santa Olalla y Orgaz, en Toledo. El



matrimonio se había concertado en 1405, siendo ambos contrayentes tan solo unos niños. De hecho, la celebración de las velaciones (la boda propiamente dicha) hubo de demorarse hasta 1418. Como era habitual, en el enlace primaban los intereses políticos de sus respectivas familias, cuya amistad y colaboración habían quedado patentes en el escenario sevillano algunos años antes. Desconocemos si la boda tuvo lugar en Toledo o en Sevilla. Sí nos consta que en Toledo se estuvieron bordando las ropas y paramentos que habrían de utilizarse en la ceremonia. Muy posiblemente, el ajuar se desplazó junto con la novia a la capital andaluza.

Con ella venía también su séquito, entre el que se encontraba una doncella y criada, hija del ama de doña Leonor, y también llamada Leonor, como si el nombre quisiera rubricar la fidelidad a su señora.

Al parecer, la doncella procedía de Yébenes, y era hija de “labradores honrados”. En los interrogatorios de 1500 se afirmó que Leonor Núñez “era persona muy pobre y de baja y vil suerte y condición, y que no era hijadalgo, sino de bajo linaje, hija de padre y de madre bajos y viles, y de baja suerte y condición, y que tenía oficio vil, bajo y menospreciado”. La suerte cambió para esta hija de labradores cuando su madre fue escogida como ama de cría de doña Leonor de Guzmán. Sabemos por un testigo que frecuentaba la casa de los señores de Santa Olalla y Orgaz que doña Leonor de Guzmán tuvo en principio a Leonor como “moza de servicio”, y que más tarde se convirtió en doncella, pasando así a formar parte del círculo de compañía de la señora. No extraña, por tanto, que la acompañase en su definitivo viaje a Andalucía. Tampoco llama la atención que el ama de cría —la

LEONOR QUEDABA EN ENTREDICHO NO TANTO POR LOS FAVORES QUE RECIBÍA DE SU SEÑOR, CUANTO POR ESTAR YA DESPOSADA CON JUAN DEL PARAÍSO; CIRCUNSTANCIA DE SOBRA CONOCIDA EN SU ENTORNO

madre de Leonor Núñez— se incorporase igualmente al séquito.

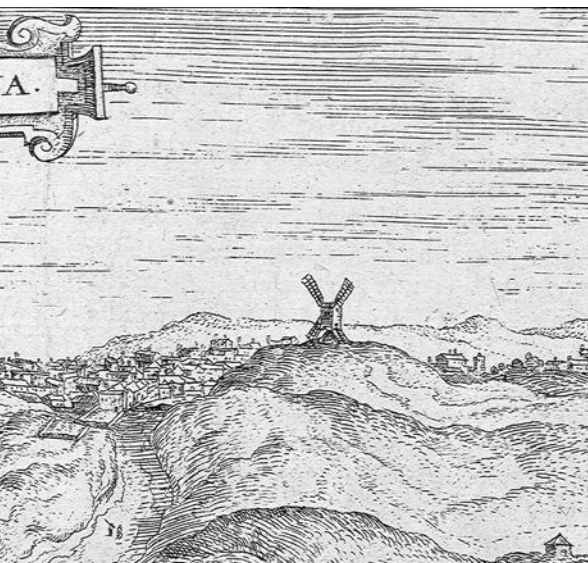
PRIMER MARIDO. La doncella Leonor Núñez no podía siquiera imaginar el destino que le esperaba en Andalucía. Lo cierto es que el recién casado don Juan se sintió atraído hacia la criada de su esposa y no disimuló en absoluto este sentimiento. La transgresión que supone toda aventura amorosa fuera del matrimonio se acentúa en este caso, puesto que la esposa legítima veía convertida en rival a una de sus propias criadas, que, además, no estaba soltera. En efecto, al venir a Andalucía, Leonor Núñez había dejado en Toledo a su esposo Juan del Paraíso, bordador de profesión. Ciertamente que aún no habían celebrado las velaciones, pero sí estaban desposados “por palabras de presente”, acto que constituía la principal sanción jurídica del matrimonio. Así pues, los amores del conde y la criada resultaban doblemente adúlteros.

Según parece, el bordador Juan del Paraíso había dejado partir a su esposa tras expresa petición de don Juan y doña Leonor, que le prometieron a cambio sufragar

los gastos de sus velaciones. La propia solicitud de los nobles contrayentes al bordador da fe del reconocimiento al vínculo establecido con el desposorio por palabras de presente. Es el yerno de Juan del Paraíso quien años más tarde recuerda estos pormenores y cuenta además cómo su suegro se desplazó posteriormente a Andalucía en busca de la doncella. Una vez allí, supo que don Juan “le había mandado alancear porque la pedía”. Sabemos que Leonor hizo llegar a su desposado cincuenta doblas de oro con el propósito de hacerle desistir y la promesa de que “aquellas gastadas, ella le enviaría más”. No exento de ironía, el yerno de Paraíso declarará haber oído decir al incauto bordador que “habían llevado su esposa por moza para servirse de ella”. También recuerda cómo reprochaba al párroco de Santa Justa de Toledo “que este desposorio que me disteis poco me duró”.

El desposorio de Paraíso con la doncella tuvo lugar mientras bordaba las ropas que habrían de utilizarse en las velaciones de don Juan y doña Leonor. Paraíso no era un bordador cualquiera. Además de satisfacer los encargos de la alta nobleza, trabajó para la corte castellana de Juan II, e incluso para la portuguesa. Esta relación con la corte le llevaría a cambiar varias veces de residencia: Toledo, Valladolid, Burgos. Pero también cabe suponer que con estos desplazamientos huyera de los comentarios hirientes de vecinos y conocidos.

Uno de los testimonios más interesantes del proceso judicial de 1500 es el de la nieta del infeliz bordador, Catalina del Paraíso. Las palabras de Catalina transmiten la pequeña historia familiar envuelta en una atmósfera involuntariamente atemporal cuando recuerda cómo su padre “había sido desposado con una doncella de una



Hasta la muerte del conde don Pedro Ponce de León, Leonor Núñez no pudo vivir en Marchena. Desde entonces no abandonará la villa.

señora y que se la había llevado un conde de gran estado”. Por la nieta sabemos que el bordador había intentado en más de una ocasión rescatar a su esposa, y que esta le había prevenido de que “no entrase adonde ella estaba, si no, que la mayor tajada sería la oreja”. Nuevo y expresivo testimonio de la violencia, siquiera verbal, ejercida por don Juan Ponce de León en defensa de lo que a todas luces ya consideraba suyo.

En los interrogatorios de 1500 se insinúa que cuando Paraíso fue a Sevilla en busca de su esposa, “que la dicha Leonor Núñez se quería ir con él y que el dicho conde don Juan no se la quiso dar”. De hecho, son abundantes los testimonios que demuestran los esfuerzos de Leonor por escapar al acoso de su señor. Luis de Soto, que, andando el tiempo, habrá de convertirse en mayordomo de la casa de Arcos, declara que cuando don Juan Ponce de León “tuvo a Leonor Núñez y se echó con ella” esta le advirtió que ya estaba desposada, “y se defendía por tal”. Es más, el mayordomo “oyó decir al dicho conde que ella no quisiera que la tomara ni tuviera”.

Otro testigo muy cualificado, el licenciado de la Barrera, recuerda que escuchó comentar a caballeros y criados de la casa que don Juan “tomó y tuvo por fuerza y contra su voluntad” a la joven. Varios testigos más explican que oyeron decir muchas veces al conde de Arcos que “cuando se echó con la dicha Leonor Núñez y la tuvo primero, que muchos días se le defendió, que no lo quiso hacer la dicha Leonor Núñez, diciendo que era desposada y porque era tan público en casa del dicho conde don Juan que ella era desposada al tiempo que la tuvo y tenía por su manceba”.

Leonor quedaba en entredicho no tanto por los favores que recibía de su señor,

LEONOR ERA CONSCIENTE DE LA BRECHA QUE SU PRESENCIA ESTABA ABRIENDO EN EL MATRIMONIO DE SUS SEÑORES QUE, A LA POSTRE, HABRÍA DE CONducIR A LA SEPARACIÓN DEFINITIVA

cuanto por estar ya desposada con Juan del Paraíso; circunstancia de sobra conocida en su entorno. Varios testigos muy próximos al conde refieren la pesadumbre de la doncella ante su situación, “porque decía que estaba en pecado”. Según Pedro de Pineda, nieto del conde, la doncella “algunas veces le pedía [al conde] la dejase porque estaba en pecado”. Marta Rodríguez, camarera del conde don Juan, recuerda a la joven rezando y enojada, pero con el ingenio suficiente como para resumir su situación con un juego de palabras: “por el Paraíso entré en el infierno”.

No solo debió pesarle el cúmulo de consideraciones morales. Leonor era consciente de la brecha que su presencia estaba abriendo en el matrimonio de sus señores, que a la postre, habría de conducir a la separación definitiva. El mayordomo Luis de Soto declarará en 1500 que fue la atracción de don Juan hacia la joven lo que provocó el enfrentamiento con su esposa, quien llegó a abandonar el hogar conyugal. Algunos testigos proporcionan detalles sobre la separación, sin ahorrar comentarios que transmiten lo más agrio del desamor. Un

vecino de Marchena asegura que en varias ocasiones, después de ver a doña Leonor de Guzmán, don Juan había comentado “que le parecía una grande asna, e que le parecía que tenía las orejas como asna”. Otro afirma que don Juan “no la quería bien” porque era “fea e pecosa”, y que se la habían llevado sus hermanos consigo.

Frente al trato abiertamente hostil que dispensaba a doña Leonor de Guzmán, muchos testigos coinciden en señalar el afecto con que don Juan trataba a Leonor Núñez. No en vano, a diferencia de su legítima esposa, la doncella iba a proporcionarle el don máspreciado para un noble: la descendencia. En los interrogatorios de 1500 leemos que, “desde que durmió carnalmente” con la joven y esta engendró a sus primeros hijos, “se aficionó mucho el dicho conde a la dicha Leonor Núñez y le mostró amor y la trató como si fuera su mujer”. Incluso, le prometió que cuando falleciese doña Leonor de Guzmán se casaría con ella. Tal circunstancia debía repercutir a la fuerza en el trato que Leonor recibía de criados, sirvientes y vasallos en general. El mayordomo Luis de Soto comenta al respecto que don Juan “tuvo mucha afición e amor a la dicha Leonor Núñez, e la trataba con mucho amor, e los de casa le tenían mucho acatamiento”. De cualquier forma, no dejaba de ser un reconocimiento insuficiente, pues mientras duró el concubinato y la boda no llegaba, “ni era tenida ni nombrada ni se llamaba ni la llamaban doña Leonor, sino Leonor o Leonor Núñez”.

La situación no cambió radicalmente con la muerte de Leonor de Guzmán en 1441. Pese a la promesa de matrimonio, la hostilidad del conde don Pedro Ponce de León hacia la concubina de su hijo impi-

Leonor Núñez y los cronistas

■ Los cronistas que escribieron la historia del linaje durante los siglos XVI y XVII se esforzaron lo indecible por ocultar el origen humilde de Leonor Núñez. Francisco de Rades y Andrada, afamado autor de la *Crónica de las tres Órdenes de Santiago, Calatrava y Alcántara* (1572), tuvo tiempo, poco antes de morir, de componer una *Genealogía de los Ponce de León* (1598). Rades se muestra muy cauto cuando define a Leonor Núñez como “doncella de noble linaje”, pero no es capaz de justificar su afirmación. Algunas décadas más tarde se publicó en Madrid el *Nobiliario genealógico de los reyes y títulos de España* (1627), plagado de errores pero muy difundido y apreciado en su momento. Su autor, Alonso López de Haro, se refiere a nuestro personaje como “doña Leonor Núñez de Gudiel, que comúnmente es llamada la condesa doña Leonor”. También aquí se elude la referencia a unos progenitores cuya identidad debía permanecer oculta. Pero el testimonio más llamativo es el de Pedro Salazar de Mendoza en su *Cronicón de la excelentísima Casa de los Ponces de León* (1620), primera historia impresa del linaje. A lo largo de tres páginas, Salazar recorre mentalmente la historia medieval del suelo patrio en busca de personajes apellidados Núñez que hubiesen destacado por sus méritos y nobleza. De tan peregrina exposición concluye que “en todos tiempos ha habido en estos reinos gente muy cualificada que se ha llamado Núñez, como lo fue la condesa de Arcos”. Por obra y gracia del generoso cronista, Leonor se convierte en “persona noble y de muy buenos linajes, y muy antiguos”.

dió el casamiento. Es más, hasta la muerte del conde don Pedro, Leonor Núñez tuvo que vivir retirada tanto de las casas del linaje en Sevilla como de Marchena, verdadera capital de los estados señoriales de los Ponce de León. Un testigo observador declara que “en vida del conde don Pero Ponce nunca osó el conde don Juan casarse con la dicha Leonor Núñez, ni era tenida por condesa ni la llamaban sino Leonor Núñez, e por esto la tenía en la Torre de los Navarros”.



Emblema heráldico de los Ponce de León, condes de Arcos de la Frontera y señores de Marchena.

DESCENDENCIA Y BODA. En la Torre debieron nacer todos los hijos de la pareja, que no fueron pocos: Catalina, Luis, Pedro, Isabel, Inés, Juana, María, Rodrigo y Manuel. Nada menos que cuatro herederos varones. Sabemos que, cuando se produjo la expedición del infante don Enrique de Aragón contra Sevilla, en la que tanto se involucraron los Ponce, Leonor Núñez y sus hijos fueron acogidos en Marchena. Estamos hablando de acontecimientos que tuvieron lugar en 1444. El viejo conde don Pedro superaba ya los setenta años de edad, pero tan solo la situación excepcional de peligro le hizo suspender el apartamiento al que había condenado a Leonor. Es posible que aquella fuera la primera vez que don Pedro vio a sus nietos, si es que llegó a encontrarse con ellos. Una vez restaurada la normalidad, Leonor y los niños volvieron a su residencia habitual.

A comienzos de 1448 moría el viejo conde de Arcos. Su testamento está fechado en Marchena el 9 de enero. Falleció seis

días después y su cuerpo fue conducido a Sevilla, al convento de San Agustín, junto a los sepulcros de sus antepasados. Al parecer, su hijo y heredero no le acompañó en los últimos momentos, pues un testigo de 1500 afirma que, desde Sevilla, los caballeros y criados del difunto se dirigieron a la Torre de los Navarros, “donde estaba don Juan e tenía consigo a Leonor Núñez”. A la vista de tales noticias, no puede negarse el empeño puesto por el heredero de la casa de Arcos en su relación con la doncella.

Leonor Núñez fue conducida a Mairena del Alcor. Allí, sin la prohibición paterna y sin mención ni recuerdo a su primer desposorio con el bordador Paraíso, contrajo matrimonio con el conde don Juan. A partir de entonces, Leonor se convirtió en “doña Leonor y condesa”. Tanto la camarrera Marta Rodríguez como el joven Pedro de Pineda asistieron a la ceremonia. Por ellos sabemos que tuvo lugar “en la villa de Mairena, en el palacio, en una cámara del dicho conde don Juan, asentado el dicho conde y la dicha Leonor Núñez junto a él en un banco, e un capellán diciéndoles misa; y decían cómo se velaban”. El testimonio notarial de la boda nos aclara que se celebró



En el monasterio sevillano de San Jerónimo de Buenavista se conservan el sepulcro y la memoria de Leonor Núñez.

bastantes meses después de la muerte del conde don Pedro; concretamente, el 3 de noviembre de 1448, al amanecer. Según el acta, estuvieron presentes dos jerónimos del monasterio de Buenavista: el prior fray Juan de Medina y fray Pedro de Illescas. Dos vecinos de Mairena ejercieron de testigos. Presidía la sala una imagen de San Eutropio, santo al que profesaba especial devoción el conde don Juan.

Una vez casados *in facie ecclesiae*, los flamantes esposos trasladaron pronto su residencia a Marchena. El mayordomo Luis de Soto explica que el conde llevó a la condesa y a sus hijos a la capital señorial, “y que allí estuvo la dicha condesa doña Leonor Núñez hasta que falleció”. Curiosamente, la estancia de Leonor en Marchena adopta el carácter casi de reclusión. Un vecino de la villa recordará cómo “trajeron a la dicha Leonor Núñez con los dichos sus hijos a la villa de Marchena e nunca salió de la dicha villa, e que siempre la vio estar en ella hasta que falleció e la llevaron a enterrar a Sevilla al monasterio de San Jerónimo de ella; e que si la dicha Leonor Núñez hubiera salido de la dicha villa este testigo lo viera e supiera, porque siempre este testigo vivió e estuvo en la dicha villa e no salió de ella sino a ver su hacienda”.

En Marchena, Leonor tuvo que convivir con la irrefrenable promiscuidad de su esposo. Uno de los testigos de 1500 refiere un comentario de Leonor al respecto. Estando todavía en Mairena, es decir, antes de su

matrimonio, se quejaba a varias vecinas de la localidad porque don Juan “se había echado con una Isabel de Trigueros”, y les decía “que así había de hacer con la dicha Isabel de Trigueros como hizo el conde don Juan con ella, que siendo casado con doña Leonor de Guzmán, la había tomado a ella por manceba”. Sabemos que el conde tuvo veintiocho hijos con al menos ocho mujeres distintas.

Leonor asumía la posición de inferioridad respecto al padre de sus hijos; en parte

por su baja extracción social, pero sobre todo, por su condición de mujer. No obstante, esgrimía también su preeminencia al frente de la corte de concubinas que satisfacían los deseos del heredero de Arcos. No se trataba solo de una cuestión personal, sino de garantizar un futuro a sus hijos. Los nueve habían nacido tan bastardos como todos los demás, pero el matrimonio facilitaría la legitimación; máxime cuando don Juan no tenía ningún descendiente de su primer y frustrado matrimonio. Por desgracia, desconocemos qué imagen de Leonor heredaron sus hijos: ¿la doncella amancebada o la condesa voluntariamente recluida en el solar de un linaje que nunca aceptó su verdadera historia? ■

El testamento del conde don Juan

■ “Por cuanto la condesa doña Leonor Núñez, que Dios haya, madre del dicho don Rodrigo mi fijo e de don Manuel mi fijo, está sepultada en el dicho monasterio de Sant Jerónimo de Buenavista, que es cerca de la dicha çibdad de Sevilla, e con ella una mi fija, hermana de los dichos don Rodrigo e don Manuel, e otros niños sus hermanos, mis fijos e fijos de la dicha condesa su madre, yo do çiertas limosnas en el dicho monesterio. Espeçialmente, do de cada año treinta fanegas de trigo e treinta fanegas de çebada; todo de la medida mayor”.

Más información:

■ Carriazo Rubio, Juan Luis

- ▶ “El monasterio de San Jerónimo de Buenavista y los Ponce de León” en *Archivo Hispalense*, 246, 1998, pp. 75-100.
- ▶ *La Casa de Arcos entre Sevilla y la frontera de Granada (1374-1474)*. Universidad de Sevilla y Fundación Focus, 2003.

■ Los testamentos de la Casa de Arcos (1374-1530). Diputación de Sevilla y Ayuntamiento de Marchena, 2003.

La huelga de 1913

Los mineros de El Perrunal

En el año 1913 se consolidaron una serie de cambios políticos que favorecieron la ruptura definitiva del sistema canovista. El movimiento obrero que surge en esta coyuntura histórica aceleró la frecuencia con la que aparecen estos cambios y ayudó definitivamente a la ruptura del estado monárquico español. Las huelgas producidas por este movimiento obrero surgen de unas masas de trabajadores concentrados en distritos de incipiente industrialización. En el caso de la provincia de Huelva, serán los centros mineros los principales focos de movilización reivindicativa. Una de las huelgas sucedidas en 1913 es la que ocurrió en la mina de El Perrunal, que perteneció a la compañía *Société Française des Pyrites de Huelva*.

JACINTO FERNÁNDEZ LÓPEZ

HISTORIADOR

La historia del movimiento obrero de núcleos mineros escasamente conocidos como Valdelamusa y El Perrunal está prácticamente por descubrir. Es una historia eclipsada por el protagonismo de las grandes empresas británicas y su legado. La investigación llevada a cabo para averiguar este interesante período de la historia minera de la provincia de Huelva ha exigido un estudio profundo de fuentes primarias. Estas fuentes residen en el Archivo Histórico Minero de la Fundación Riotinto (AFRT), que contiene un archivo legado por la *Société Française des Pyrites de Huelva* de 693 legajos, de los que gran parte se encuentra en francés manuscrito. Entre otras fuentes que dan información del conflicto hay que citar también a la prensa, así como los padrones municipales como el de Cortegana.

La Sociedad Francesa de Piritas de Huelva (SFPH) comenzó su andadura en 1899 tras la caída de una empresa minera llamada *Compagnie Française de Mines d'Agua Teñidas*. La compañía conseguía así resurgir para mantener la presencia francesa en Huelva, una provincia lejana y despoblada, que había atraído el interés de grandes fortunas europeas por su riqueza mineral. La compañía conservó los centros administrativos e infraestructuras ubicados en Valdelamusa, pero añadió una nueva explotación de importancia: El Perrunal. Esta mina fue la que aportaría la mayoría de sus dividendos y la que consigue hacer rentable el nuevo proyecto de capital francés.

La clase trabajadora de Andalucía sufrirá entre 1875 y 1923 las consecuencias sociopolíticas del “sistema canovista”. Pero también se rebelará contra este go-

**EL PROPIO MINISTRO
EDUARDO DATO FUE
ABOGADO DE LA SOCIEDAD
FRANCESA DE PIRITAS
DE HUELVA DESDE 1905
HASTA SU MUERTE EN 1921**

bierno y contribuirá definitivamente a su crisis. Es en este período donde se instalan dos formas de afrontar la desigualdad que imponían las clases burguesas elitistas y el caciquismo imperante. Por un lado, tenemos el anarcosindicalismo, de carácter más agresivo y tendente a la acción directa, mientras por el otro tenemos a la causa socialista, más moderada, que buscaba

una mejor adaptación al aparato legislativo. Estas dos formas de lucha por parte del movimiento obrero entrarán entre sí en un constante conflicto, que en muchos casos jugará a favor de los elementos patronales.

EL GERMINAL ONUBENSE. Haciendo clara referencia en el título de este capítulo a la novela de Émile Zola de 1885, nos adentramos en El Perrunal del año 1913. El Perrunal es una población relativamente nueva en la historia minera onubense. Al ser adquirida por la SFPH a partir de 1900, sus barrios residenciales más importantes no terminaron de construirse hasta 1912, año en que El Perrunal contaba con 800 obreros. No todos vivían en la mina junto a sus familias, muchos se desplazaban desde Calañas y El Cerro. El camino lo recorrían a pie a diario.

El director de la SFPH era Víctor Prevost, que además era cuñado de Albert Teraud, director de la compañía en París. Por este tiempo Prevost ya llevaba en Valdelamusa 21 años, a donde había llegado en 1892.

El día 8 de abril un informe detalla una discrepancia de los obreros sobre sus “tareas”. Las vagonetas vacías pesaban 230 kg y llenas unos 810 kg. Los obreros encargados de realizar estos trabajos tenían que llenar la vagoneta y recorrer una distancia de 200 metros para vaciarla; una vez vacía, volvían con esa vagoneta al sitio de carga. Los obreros encargados de rellenar las vagonetas recibían el nombre de zafreiros, que también hacían labores de excavación de zanjas, o retirada de escombros. Este trabajo era acometido con el sistema de “tareas”. En esta compañía las “tareas” solían requerir unas 18 vagonetas por obrero, en las 8 horas correspondientes. Estos



Víctor Prevost.



Imagen de la mina de El Perrunal de la Sociedad Francesa de Piratas de Huelva.

Archivo Histórico de la Fundación Riotinto.

márgenes eran incrementados o bajados según criterio del capataz.

El 15 de abril la situación de insubordinación se hizo insostenible y se produce un paro total de los obreros. Víctor Prevost se reunió con un grupo de obreros que piden una serie de mejoras laborales que contemplan: la subida de un real (0,25 ptas.) al salario del zafrero; la subida del salario del barrenero en un real cuando este se encuentra de baja; la instalación de agua potable en la contramina (galería interior), la supresión del sistema de “tareas” y el ajuste del fin del horario laboral a la salida del pozo y no cuando aún están en la contramina. El director no accede a ninguna de las peticiones y así da comienzo la huelga de El Perrunal.

Los barreneros tenían un duro trabajo, pues permanecían en la contramina y eran los encargados de pulverizar el mineral en las angostas galerías subterráneas. Estos mineros pedían un aumento de salario cuando eran heridos en la faena. Era una petición lógica, dada la frecuencia con la que estos mineros resultarían dañados en el desempeño de sus labores. Para los zafreros las *tareas* eran el mayor de sus problemas. Si no terminaban una “tarea” en el tiempo estimado, eventualmente deberían quedar hasta acabarla o ser castigados en el departamento llamado “la cantera”. Todas estas peticiones fueron rechaza-

das por el director, excepto la de estudiar la instalación de un mejor suministro de agua potable.

EL POZO MAESTRO. El enfrentamiento entre la compañía y sus obreros tenía su base en las negociaciones planteadas por el sindicato de Calañas, que el director Víctor Prevost, se negó a sostener. Desde el inicio ningún minero de El Perrunal se presentó a negociar las peticiones por miedo a represalias. Fue un comité de representantes sindicales liderado por un tal Tomás Gómez. Prevost se negó a recibir al sindicato argumentando que sólo negociaría con un comité compuesto por mineros de la SFPH. Esta situación de bloqueo continuó duran-

te todo el mes de duración del conflicto y a medida que la situación se volvía insostenible se involucraban más autoridades y obreros.

Victor Prevost ideó una serie de hostilidades contra los dirigentes de la huelga. En principio se puso en contacto con todos los directores de minas, sobre todo las más cercanas. A estos directivos se les pidió reconocer y despedir, a cualquier minero venido de El Perrunal. Esto produjo un ahogamiento para el horizonte laboral de los obreros, que no encontrarían trabajo más que en El Perrunal. Los directores de las minas respondieron a las peticiones de Prevost al milímetro y muchos obreros llegados de El Perrunal fueron expulsados de minas como Cuevas de la Mora, La Zarza, Tharsis o Riotinto.

Prevost también neutralizó el uso de las cajas de socorro que los obreros tenían para situaciones de emergencia, consiguiendo el apoyo de personajes tan importantes como Francisco Pérez de El Cerro, que era juez de paz en el momento de la huelga y demostraba tener la mano propia de un cacique del lugar. También impulsó desahucios desde los juzgados de Calañas, donde Emilio Naranjo, que era el secretario, le garantizaba agilizar esos trámites, que solían ser lentos, pero al tratarse de Prevost no supondrían problema alguno. El director ahogaba la huelga en todos sus fren-

El sistema de tareas

■ Las tareas eran una carga de trabajo asignada al obrero durante su día de trabajo. En la Sociedad Francesa de Piratas de Huelva estas tareas debían terminar en un máximo de 8 horas. Esto hacía que si un obrero terminaba su tarea antes de las 8 horas convenidas podrían marchar a su casa con el jornal ganado. Sin embargo, la carga de trabajo era asignada según criterio del capataz.



Imagen actual de la mina de El Perrunal.

tes y para el asesoramiento jurídico tenía como abogado al propio ministro Eduardo Dato, abogado de la SFPH desde 1905 hasta su muerte en 1921. Con estos contactos y la determinación del director, podemos comprobar el enorme poder de la compañía sobre sus obreros, a los que consideraba una valiosa propiedad que había que defender de elementos anómalos, como el Sindicato de Calañas.

CIELO ABIERTO. El sindicato también demostró ser tenaz en su enfrentamiento y consiguió suministrar una fuente continua de recursos a los mineros parados durante un mes. Para ello, Tomás Gómez y otros revolucionarios como Eustaquio López, Rafael Rueda o Tomás Carbajo, hacían partidas a las minas cercanas donde recaudaban dinero para la situación de los obreros de El Perrunal. Además de su ocupación como sindicalistas eran editores del periódico *El Obrero*, que actualmente está desaparecido. Estos sindicatos ácratas tenían su sede y su imprenta en un pequeño pueblo llamado El Patrás, que ofrecía refugio dada su escasa accesibilidad.

La huelga se fue debilitando con el paso de los días. El 1 de mayo la compañía comenzó la amenaza de *lock out* (cierre de la industria) estableciendo un ultimátum. Mientras, el Sindicato de Calañas jugaba sus últimas cartas y hacía correr la voz de que importantes ayudas llegarían desde Riotinto, Barcelona e incluso del extranjero. En la carta 9 de la correspondencia a París se da la información de que la *Confédération Générale du Travail* (CGT) ayudó al sin-

El anarquismo en Huelva

■ La extensión del anarquismo en los centros mineros como Calañas o El Campillo confirma una tendencia que se dio en Huelva desde la visita a esta provincia de Francisco Ferrer y Guardia en marzo de 1909, poco antes de su condena a muerte por los sucesos de la Semana Trágica de Barcelona. Este representante ácrata será el precursor de las escuelas racionalistas en el ámbito nacional. Calero Amor apunta que la acción de pequeños grupos anarquistas a principios del siglo XX se encuentra en una rama ideológica cultivada en una pequeña burguesía. Estos intelectuales anarquistas mantienen vivo el mensaje ácrata de la I Internacional, realizando una crítica radical de la sociedad presente. Algunos representantes de su militancia fundan escuelas racionalistas, realizan numerosas excursiones de propaganda y escriben una gran diversidad de folletos que despiertan o mantienen la conciencia de clase. Un ejemplo paradigmático de este movimiento anarquista andaluz lo encontramos en José Sánchez Rosa. Este maestro de Grazalema, provincia de Cádiz, es un claro exponente de los militantes que sirvieron de puente entre los ácratas y el sindicalismo.

dicato de Calañas con 1.000 ptas. Sin más pruebas no podemos afirmar que no se tratara de una ayuda puntual, pero la ayuda existió y esto demuestra que las relaciones del sindicato calañés cruzaban las fronteras del reino.

La escasez comenzó a hacer mella en la moral y la necesidad de los obreros. Se comenzaron a registrar robos a fincas y tiendas, por lo que el gobernador, Rafael del Nido, mandó un destacamento de la Guardia Civil con 60 efectivos. El 4 de mayo el capitán Gonzalo Delgado García consiguió un principio de acuerdo y aparentemente la huelga cesó. Sin embargo, ese día un grupo de mujeres, en disconformidad con el acuerdo para reanudar las labores, se presentaron en la mina para insultar e increpar a los obreros que accedían a trabajar. La Guardia Civil las reprendió y finalmente una de ellas acabó detenida.

Tomás Gómez se indignó con esta reacción de las autoridades y avisó por carta al alcalde de Calañas, que debía presentarse en El Perrunal para que la Guardia Civil cesara su represión. De no ser así él no podría responder de los actos de una población exaltada. Esta reacción fue tomada por las autoridades como una amenaza y el profesor fue detenido. Finalmente, la compañía comenzó a ejercer despidos, con un total de 60 obreros, terminando con la huelga definitivamente el 20 de mayo.

Para el día 4 de junio la huelga empezaba a ser un recuerdo. Aunque el sindicato de Calañas seguía estando muy activo y *El Obrero* continuaba con sus publicaciones. La situación financiera de la SFPH

Estado actual de la chimenea de
Valdelamusa que muestra una brecha
que pone en peligro su integridad.

¿Quién era Tomás Gómez?

■ Era el director de una escuela racionalista que existía en Calañas, emanada de las enseñanzas de Ferrer y Guardia. Al parecer Tomás Gómez discutió con el párroco del pueblo, pues este había ofendido a los niños de su escuela llamándolos “canallas e hijos de la plebe”. A la escuela asistían normalmente los hijos de más de 50 vecinos calañeses. Gómez denunció al párroco y lo llevó a juicio de conciliación, pero el cura se defendió negando las acusaciones. El periódico *El Motín* expone la noticia. El asunto debió de traer a Tomás Gómez problemas con gente poderosa. Acto seguido se presentó en su escuela un inspector que retiró unos libros con los que se impartiría enseñanza en este centro. El dictamen fue el cierre de la escuela por la enseñanza de esas doctrinas a los niños. Las cuales fueron publicadas por el diario *El Obrero* y una de ellas decía así: “Trata a todos los niños como hermanos pues son tus iguales y no debes diferenciarlos, cualquiera que sea su raza, su nación, su religión, la clase social a la que pertenezcan, su cultura; y en algunos respetos, ni siquiera has de tener en cuenta el sexo ni la edad para las relaciones que con ellos hayas de mantener. Todos son seres racionales como tú, miembros de la gran familia humana”. El diario *El País* también se hace eco de la noticia y establece el día 12 de noviembre de 1912 como el día de cierre de la escuela. Parece ser que se recogieron 1.000 firmas para solucionar el asunto, pero la Junta provincial le envió una resolución al ayuntamiento en la cual se mantuvo el cierre, pues sus enseñanzas eran contrarias a la religión, la patria y el estado. *El País* ofrece el nombre completo del maestro: Tomás Gómez Carrasco.



se anunció satisfactoria incluso sufriendo esta larga huelga de un mes. En el ejercicio de 1913 a fecha de 4 de junio la empresa conseguía unos beneficios brutos de 1.361.464 francos, con un aumento sobre el año anterior en las mismas fechas de 40.733 francos. Las ganancias brutas de la empresa descontando mantenimiento, transporte, infraestructuras y logística serían de 508.885 francos.

Tomás Gómez prometió durante mucho tiempo traer a su amigo José Sánchez Rosa a Calañas, personaje de especial relevancia en la política de su época. Promesa que acabó cumpliendo el día 29 de junio de 1913. Ambos marcharon al terreno de La Peregrina, localizado entre La Zarza y El Perrunal, y allí dieron un mitin. ■

Más información:

- **Calero Amor, Antonio María**
Movimientos sociales en Andalucía (1820-1936).
Madrid, Siglo XXI, 1976.
- **De Paz Sánchez, José Juan**
Entre el puerto y la mina. Antecedentes del movimiento obrero organizado en Huelva (1870-1912).
Universidad de Huelva, 2014.
- **Pérez López J. M. y Gómez Martínez, J. A.**
“Las minas de la Sociedad Francesa de Piritas de Huelva y el ferrocarril El Carpio-Valdelamusa” en *Revista ferroviaria*, N° 13, 2010, Madrid.

Las rutas del azogue por Andalucía

De Almadén a Sevilla y Cádiz

Durante siglos los itinerarios que unieron los cercos de destilación del azogue, en las minas de Almadén, con su destino final, los yacimientos argentíferos de Nueva España, transitaban brevemente por tierras manchegas y extremeñas, pero sobre todo por territorio andaluz. Recordemos que el mercurio era un pilar básico para el sostén del Estado, pues de la llegada de aquella “plata líquida” al Nuevo Mundo dependían en gran medida los envíos de oro y, muy especialmente, de plata a la península. Hoy denostado por su toxicidad, los caminos siguen mostrando la grandeza de los paisajes por los que cruzaba buscando el Atlántico.

RAFAEL GIL BAUTISTA
DOCTOR EN HISTORIA

Seguir los pasos que arrieros y carreteros anduvieron desde el vértice suroccidental de La Mancha hasta alcanzar el Guadalquivir en la capital hispalense y, más tarde, el puerto gaditano, puede resultar una experiencia inolvidable. Si, además de hacer camino, se tiene curiosidad por ir conociendo el patrimonio cultural, minero, etnográfico y paisajístico que va saliendo al paso, el viaje será un verdadero descubrimiento y un deleite para los sentidos. Pero en los tiempos modernos, lo que ahora puede tener un fin de recreo y de ejercicio físico, tuvo connotaciones muy distintas, de una gran responsabilidad y de un esfuerzo formidable.

El mercurio es fácilmente reconocible por su color blanco y brillo plateado, de hecho, su símbolo químico *Hg* proviene del término *hydrargiro* o plata líquida. Conviene recordar algunas de sus características, entre otras, que es el único elemento metálico que se presenta en estado líquido, que es muy pesado (un litro equivale a 13,6 kilogramos de peso) y que su vapor y algunos de sus compuestos orgánicos son muy tóxicos.

Esas particularidades ya fueron tenidas en cuenta a la hora de su envasado y posterior traslado, pues no solo era una cuestión de custodiarlo con gran esmero, ya que no se permitía ninguna pérdida o extravío de tan valiosa mercancía, sino que requería de unas condiciones específicas a la hora de cargarlo en carretas, a lomos de caballerías o, más tarde, en cajones forrados para su envío en galeones hasta la lejana América.

EL MERCURIO ERA UNA “PLATA LÍQUIDA” QUE SE EMPLEABA DESDE LA ANTIGÜEDAD PARA LOS MÁS DIVERSOS FINES: RECURSO MEDICINAL, UNGÜENTO, POLVO PARA COSMÉTICA, COLORANTE Y FABRICACIÓN DE ESPEJOS

Esta “plata líquida” se había empleado desde la Antigüedad para los más diversos fines: como recurso medicinal, en ungüento o polvo para cosmética, en la elaboración de tintes y colorantes de tonalidad bermellón, en la fabricación de espejos... No obstante, el verdadero auge en su producción se alcanzaría a mediados del siglo XVI, cuando el sevillano Bartolomé Medina (1497-1585) descubrió el proceso de amalgamación del mercurio con los metales preciosos, principalmente con la plata. La base de este procedimiento estaba en mezclarlo con el mineral de plata molida y depositarlo unos dos meses en grandes patios (de ahí también el nombre de “beneficio de patio”). Esta mezcla o amalgama luego era lavada y fundida, obteniéndose plata más pura y recuperándose parte del azogue empleado.

Este se sacaba de las vetas de cinabrio que horadaban y horadan el subsuelo de la villa de Almadén y de su entonces aldea de

Almadenejos. Una vez extraído con enorme fatiga y gran riesgo de toxicidad, pues de su nocividad por inhalación de su vapor muchos mineros y operarios de los hornos padecieron y murieron por hidrargirismo (intoxicación crónica que dejaba a hombres, muchos de ellos forzados y esclavos, completamente “azogados”), se iniciaba el proceso metalúrgico.

Desde época medieval se calcinaba en recias ollas de barro, que hacían función de recipiente de fundición a la vez que servían de depósito de las bolitas de azogue que se condensaban, pero el gran cambio llegó a mediados del siglo XVII. A partir de entonces se construyeron unos hornos de destilación destinados específicamente para ese fin, los hornos de aludeles. Estos eran muy similares a los hornos de los alfareros, es decir, se separaban dos espacios distintos: el hogar, donde se prendía fuego al monte bajo que servía de combustible, y el vaso, cuyo suelo perforado contenía la piedra de cinabrio. Ello permitía calcinar una mayor cantidad de mineral en cada cochura, pues se aprovechaba mejor cualquier fragmento de piedra que estuviera impregnada de cinabrio. Los vapores mercuriales que se desprendían de la tostación se conducían por unas cañerías o aludeles en los que se iba condensando y depositando el azogue.

Por tanto, se entenderá que durante toda la Edad Moderna a esta población se la denominara Almadén del Azogue. Una villa que se convirtió por necesidad en crisol de culturas, credos y gentes. Un verdadero foco de atracción tanto a la hora de



Elaboración propia.

Las rutas del azogue desde Almadén a Sevilla.

suministrar brazos para las más diversas tareas mineras, como en la gran cantidad de enseres y pertrechos que se requerían. Una auténtica rareza por su carácter “cuasi-industrial”, impensable en toda La Mancha y en toda Castilla en ese periodo histórico.

LOS PREPARATIVOS. Realizado este bosquejo sobre la extracción y posterior cocción del cinabrio, nos centraremos a partir de ahora en un tercer momento crucial, su almacenamiento, empaquetado y transporte hasta las Reales Atarazanas de Sevilla. Como se podrá imaginar el lector, eran momentos delicados, pues estaban en juego numerosos intereses. Ni qué decir tiene que todos estos procesos estuvieron muy controlados, tanto en los almacenes del cerco almadenense, donde el mayordomo (jefe) del almacén controlaba todo el azogue cosechado en cada uno de los hornos y lo custodiaba en los depósitos preparados para tal fin, como por el escribano de mi-

nas, que tomaba buena nota de la cantidad que se entregaba a cada “transportista”.

En dichos almacenes se envasaban en baldes (talegas o bolsas de cuero, adquiridas casi siempre en el gremio de guanteros de Madrid por miles de docenas). Para que fuera el metal bien protegido se utilizaban bolsas dobles y triples e incluso se introducían en macetas de barro, para que no se derramase durante el atado. Este se hacía con unos nudos específicos con el fin de que no hubiera pérdidas. Solo quedaba el pesaje y la firma ante el escribano (notario) de la cantidad que se debía entregar en Sevilla.

No era esta cuestión menor, pues en ese momento se realizaba un contrato donde figuraba el nombre del arriero o carretero, su lugar de origen, los quintales de azogue que llevaba bajo custodia, el precio ajustado con la Hacienda, el número de animales o carretas que componían su expedición, así como todas las advertencias legales que llevaba pareja cada una de las

obligaciones que se adquirían y firmaban (incluidas las penas en que se podía incurrir de no llegar a destino con la cantidad firmada). A partir de ese momento, solo cabía esperar a que diera comienzo el viaje hasta la capital hispalense.

LAS VÍAS DEL MERCURIO. A la vista del mapa que aportamos, aceptando que en momentos puntuales pudieran recorrer tramos alternativos por alguna incidencia meteorológica, las rutas se pueden resumir en tres grandes itinerarios. Todas arrancaban en las puertas del cerco de Buitrones (cuyo muro perimetral rozaba el límite mismo de la provincia manchega) y tras cruzar el primer arroyo entraba en tierras de Chillón, entonces cordobés y hoy ciudadrealeño, y tenían como destino común Azuaga, que se ubicaba aproximadamente a mitad del camino. Desde dicha localidad se abrían tres grandes caminos, dos de ellos carreteros y otro, el central y más rápido, el que recorrieron secularmente las caballerías.

Centrémonos en ese primer tramo compartido. Tras abandonar las tapias del cerco y adentrarse en tierras chilloneras, los primeros obstáculos a salvar fueron los Cerros de Calderón en dirección a Guadalmaz. Todavía se pueden atravesar unos modestos y robustos puentes, muestra de una ingeniería práctica, que camina zigzagueando con el río Valdeazogues, al que se debe atravesar antes de girar hacia el valle de El Salado, subir la cuesta de Los Aljibes y alcanzar el collado de El Salado. Estamos en el límite del término de Gua-



Imagen del cerco mercurial de Almadén y del inicio del camino del azogue entre los dos cerros.

dalmez con el alfoz de El Viso de los Pedroches. Tras subir la sierra de Las Caballeras y pasar por el cortijo de Medioqueso, se vadea el río Guadamatilla, que nos conduce a las inmediaciones de Belalcázar.

Solo por ver la estampa que traza su castillo, disfrutar de su monumental y caudalosa fuente o comprar algún dulce de las monjas de Santa Clara, bien merece desviarse ligeramente del antiguo cauce pecuario.

El camino hacia tierras más meridionales nos llevará hasta Hinojosa del Duque. Atrás quedan los afloramientos de pizarras para entrar en una confluencia de vías ganaderas, pues caminan muy juntas la cañada real del Honrado Concejo de la Mesta con nuestras veredas mercuriales. El punto obligado de encuentro: los espectaculares abrevaderos de Hinojosa, reedificados en el siglo XVI.

De estas tierras más ásperas se vuelve al paisaje adehesado que nos llevará a Valsequillo. Antes habremos pasado junto al parque de la Zarza, en las inmediaciones de la laguna de Galapagar, lugar de invernada de un buen número de grullas, y de cruzar la sierra de la Patuda. A la memoria se nos vienen los tremendos sucesos que acontecieron en la Guerra Civil del siglo pasado, de triste recuerdo para todos, pero especialmente para el bando republicano.

A partir del pueblo de Valsequillo, pisando el carreterín de Los Blázquez, que

EL TRAYECTO DE LAS CARRETAS DURABA ALREDEDOR DE VEINTE DÍAS Y CADA UNA DE ELLAS LLEVABA UNOS DIEZ QUINTALES O, LO QUE ES LO MISMO, 460 KILOGRAMOS

se cruza transversalmente, se entra en una zona muy arcillosa (de hecho se tuvo que empedrar en algún tramo para que pudieran avanzar carros y mulas). Ahora predominan las llanuras agrícolas y el camino original en parte se pierde por algún arado “involuntario”. Desde aquí se accede a la aldea cordobesa de Cuenca (Fuente Obejuna). Muy pronto ya se avista la torre campanario de la iglesia parroquial de Granja de Torrehermosa. Merece pararse a descansar y contemplar este templo y tomar algún refrigerio en su plaza. Estamos en la frontera actual pacense, pero sobre todo en la zona ZEPA del Alto Guadiato, aunque también en la Campiña Sur extremeña. En los meses calurosos es un lugar ideal para ver el vuelo ligero de los vistosos abejarucos. De aquí a Azuaga la distancia es breve.

Hemos llegado prácticamente a la mitad del viaje que nos conduce a Sevilla.

En este punto se diferenciaban tres grandes rutas. De manera sucinta las podemos resumir del siguiente modo:

- A. La que coincide en varios tramos con la “ruta de la plata”. Nosotros la hemos denominado como la *carretería occidental*. Rentabilizaba las infraestructuras que se habían construido para el anterior camino citado y pasaba por: Berlanga → Ahillones → Llerena → Montemolín → Monesterio → Santa Olalla del Cala → El Ronquillo → Castilblanco → Guillena → Santiponce → Camas y Sevilla. Es la que figura en color azul en el mapa.
- B. La otra carretería, formada por los conductores de Constantina, principiaba su itinerario como la anterior desde Azuaga y para salvar Sierra Morena continuaba por: Guadalcanal → Alanís → San Nicolás del Puerto → Constantina → Lora del Río → Alcolea del Río, cruzaban el Guadalquivir hasta Tocina → Brenes → San José de la Rinconada y Sevilla). Estos carreteros cargaban en Almadén por una cantidad que variaba entre los 11 y los 15 reales por quintal, aunque en momentos difíciles



Izda., imágenes de las minas de Almadén.
Abajo, una vez llegaba a las Reales
Atarazanas de Sevilla (en la foto),
había que preparar el azogue
para su viaje ultramarino.



el precio se incrementaba. Nosotros hemos adjetivado este trayecto como la *carretería oriental* y coloreado en rojo.
C. El recorrido de las recuas de acémilas era más directo, pero como es fácil de imaginar lo que se ganaba en rapidez y prestancia para salvar la orografía se perdía en capacidad de carga. Los muleros salían de Azuaga hacia Malcocinado, compartiendo brevemente el camino anterior hasta Alanís, pero una bifurcación los encaminaba hacia Cazalla de la Sierra → El Pedroso → Cantillana, donde existían barcazas → Brenes → San José de la Rinconada y entraban a Sevilla. Este último itinerario (en verde) distaba unas 40 leguas desde su origen en el cerco de Buitrones. Si se hacía el recorrido por cualquiera de las dos opciones de los carreteros se sumaban entre 12 y 14 leguas más.

No podemos perder de vista la distancia que separaba el punto de producción hasta su embarque. Hablamos de unos 270 km hasta las orillas del Guadalquivir y de otros 125 km hasta la capital gaditana, por tanto rondaban los 400 km de recorrido. En realidad una parte pequeña de los 9.000 km que distaban los yacimientos de su destino final en las costas mexicanas de Veracruz.

El trayecto de las carretas duraba alrededor de veinte días y cada una de ellas llevaba unos 10 quintales o, lo que es lo mismo, 460 kg. Era necesario ir dando salidas espaciadas para que los animales pudiesen comer, pues si lo hacían de manera continua se podrían encontrar sin alimento.

Una vez a las puertas de Sevilla, al estar prohibido su paso por el puente de Triana (entonces de barcazas, pues el que hoy co-

nocemos se levantó en época isabelina), el plateado metal era transportado a hombros de angarilleros hasta las atarazanas. Allí el comisario de empaques tomaba buena nota de lo recibido y certificaba que la entrega era correcta.

LLEGADA A LAS ATARAZANAS. Añadiremos que, una vez en Sevilla, había que preparar el azogue para su viaje ultramarino. Ello requería otras gestiones y sus consiguientes incrementos de costes. Tras pesar el envío para ratificar que coincidía lo enviado desde Buitrones con lo recibido en las atarazanas alfonsíes, nuevamente se volvía a empacar en baldes de medio quintal y se introducía en un pequeño barril de madera. Cada tres barriles se agrupaban y empotraban en un cajón forrado interiormente con esparto y claveteado con tachuelas. Durante los siglos XVII y XVIII hubo intentos para racionalizar el proceso con propuestas de envases en vidrio, hojalata o cuernos. Serían los frascos de hierro, ya en la última década del Setecientos, con los albores de la revolución industrial, los que conseguirían desplazar al sistema de los baldes comentados.

Quedaba un último desplazamiento hasta la bahía gaditana, antes de que se hicieran a la vela los galeones con la flota de azogues. Aquellas gotas iniciales que salieron de la incineración del cinabrio y que se convirtieron en mercurio tras su proceso metalúrgico, por fin viajaban hacia el continente americano para ayudar a costear la pesada carga del erario nacional.

Como es fácil de imaginar, fueron múltiples las peripecias, incidentes, fatigas y sudores que supuso lo que aquí hemos sintetizado en estos párrafos. Poner en valor y resaltar la importancia que estos caminos

tuvieron durante siglos es labor de todos. Hoy, sin lugar a dudas, puede ser una magnífica ocasión para seguir las huellas que carros, carretas, mulas y caballerías nos dejaron. Pero también es una magnífica ocasión para empaparnos de unos paisajes variadísimos (dehesas, campiñas, llanuras, sierras...) y llenarnos de luz y de olores únicos; visitar espacios naturales sorprendentes; saborear la gastronomía de estas tierras (en sus diferentes variantes, según la época del año que elijamos para realizarlo); ver de primera mano tierras mineras del azogue, pero igualmente del plomo o del carbón; y, sobre todo, conocer a gente con la que compartir viaje.

En definitiva: una manera de recuperar la memoria de quienes antes que nosotros transitaban por estas sendas. Aquí se dejaron el sudor y muchos la vida para mayor esplendor de una nación que nunca les reconoció su esfuerzo. No pasarán a los libros de historia, pero sin su contribución, esa historia no hubiera sido nunca la misma. ■

Más información:

- **Asociación para la Recuperación y Divulgación de la Ruta del Azogue**
Guía de los caminos del Azogue desde Almadén a Sevilla y Cádiz. En prensa.
- **Gil Bautista, Rafael**
Las Minas de Almadén en la Edad Moderna. Universidad de Alicante, 2015.
- **Hernández Sobrino, Ángel et al.**
"El Camino Real del Azogue", en *Revista Tierra y Tecnología*, núm. 40, 2011, pp. 21-27.

La marina alemana en el Guadalquivir

La represión franquista en Sanlúcar de Barrameda

En el verano de 1936, la marina nazi hizo su aparición en la desembocadura del Guadalquivir para proteger la ayuda que Hitler envió al general Franco. Durante la breve estancia en Sanlúcar del torpedero *Wolf*, los oficiales alemanes fueron invitados por las autoridades locales a visitar la prisión del castillo de Santiago. Allí se encontraban reclusos casi un centenar de republicanos, de los cuales la mayoría serían fusilados en las semanas siguientes. Uno de los visitantes alemanes tomó una fotografía de los reos que ha permanecido inédita hasta hoy, siendo un testimonio único de la represión franquista en Andalucía.

RAFAEL MONTAÑO GARCÍA
INVESTIGADOR

JOSÉ M^a HERMOSO RIVERO
HISTORIADOR

Es difícil imaginar la situación que vivió Sanlúcar de Barrameda y los pueblos colindantes los meses siguientes al golpe del 18 de julio de 1936. La Guerra Civil provocó una mezcla incomprensible de miedo y revanchismo entre los propios habitantes, convirtiendo pueblos enteros en ratoneras donde poco o nada pudieron hacer los que fueron sometidos por los golpistas. Desde el punto de vista documental, la crónica de aquellos primeros meses de la contienda en este municipio gaditano se ha limitado al listado de algunos reos encarcelados en el castillo de Santiago. Sin embargo, en los últimos meses, la aparición de varias fotografías inéditas de aquellos años arroja nuevos datos sobre la brutal represión fascista y la colaboración internacional con el régimen franquista.

En las horas posteriores al 18 de julio, varios grupos formados por un centenar de escopeteros, integrados por los miembros de los grupos comunistas y anarquistas locales, se confabularon para tomar las armas y municiones de los establecimientos de la ciudad. Toda esta tensión, se vio acrecentada por las noticias procedentes de otros lugares sobre el desembarco de las tropas africanas en las ciudades limítrofes al Estrecho de Gibraltar.

Como dejó escrito el periodista Eduardo Domínguez Lobato en su novela *Cien capítulos de retaguardia*, varias compañías de hombres enarbolando banderas republicanas y de la CNT fueron rodeando las casas de

**CON EXIGUOS MEDIOS
LOS REPUBLICANOS
LOCALES ORGANIZARON LA
DEFENSA DE LA CIUDAD,
LEVANTANDO TRAMOS DE
LAS VÍAS DEL FERROCARRIL
Y OBSTRUYENDO
CARRETERAS CON
TRONCOS Y RAMAS**

los principales terratenientes locales para confiscarles sus arsenales. Incluso una camarilla de mujeres vestidas enteramente de rojo sacaron a las jóvenes del servicio de estas casonas para que se unieran a su grupo en defensa de la República.

Así los republicanos locales, con exiguos medios, organizaron la defensa de la ciudad, levantando algunos tramos de las vías del ferrocarril y obstruyendo las carreteras con troncos y ramas. En las azoteas de las viviendas cercanas a la entrada del pueblo, varios destacamentos esperaban expectantes la llegada de las tropas insurrectas. A pie de calle, un contingente más numeroso se había parapetado tras una barricada en la zona conocida como *El Palmar* en espera del eminente combate. Esta hora no tardaría en llegar, pues alrededor de las dos de tarde del domingo 19 de julio, un anónimo grito advirtió de la llegada de

las tropas, provocando la desbandada general de los improvisados defensores, que escaparon abandonando en su huida armas y municiones. Ante el fracaso de la resistencia, los militares se presentaron ante las puertas del ayuntamiento y después de varios disparos al aire, proclamaron como autoridad militar de la villa al comandante Antonio León y Manjón, destituyendo a la corporación presidida por el socialista Bienvenido Chamorro.

Aún con la ciudad ocupada por un pequeño contingente de militares, el 21 de julio se mantenía la tensión de los grupos republicanos. Animados por la insubordinación del cabo de carabineros José Canalejo, los elementos de izquierda decidieron enfrentarse a los militares apostándose en las azoteas de las calles colindantes a la entrada del pueblo. Como narra la historiadora Macarena Tallafigo, la llegada de un nuevo contingente de tropas formadas por los temidos regulares, fue recibida con disparos desde las viviendas. A la altura de la calle Ganado, las tropas africanas, decididas a dar caza a sus atacantes, irrumpieron en una vivienda y asesinaron a 18 inocentes que pagaron con su vida que en las azoteas de las viviendas cercanas hubiese sindicalistas apostados. En las horas posteriores, la ciudad fue azotada por el terror de las detenciones sumarias por parte de los militares insurrectos. La anciana Matilde López Romero, que contaba nueve años en ese momento, recuerda cómo sus padres y sus ocho hermanos se ocultaron



Colección Rafael Montaña García.

Fotografía inédita que muestra a un grupo de presos republicanos en el castillo de Santiago de Sanlúcar. Septiembre de 1936.

debajo de las camas ese día, temiendo que en cualquier momento la casa fuera tomada por los “moros”, mientras que desde el exterior se oían disparos y gritos.

En las páginas del diario del poeta y bodeguero Manuel Barbadillo, publicado años después de su muerte bajo el título de *Excidio*, se narra cómo los días siguientes, con la ciudad tomada definitivamente, se detuvieron a los habitantes sospechosos de simpatizar con la República. Los reos, entre los que se encontraban tanto los integrantes de la corporación municipal, como los miembros de los sindicatos agrarios y pesqueros, fueron encarcelados en el castillo de Santiago. Autores como Eduardo Domínguez Lobato o José Antonio Viejo Fernández han publicado diversos trabajos donde se recogen los nombres de la mayoría de los represaliados, incluido el diario del bodeguero. Como recientemente publicó Narciso Climent Buzón, el portero del castillo llamado *Gonzalito*, a cambio de unas copas de manzanilla, mantenía in-

LA FOTO ESTARÍA FECHADA EL 28 DE SEPTIEMBRE DE 1936. PERTENECE A UNA PEQUEÑA COLECCIÓN PARTICULAR DE IMÁGENES FIRMADAS POR “JACKS”, POSIBLEMENTE ALGÚN REPORTERO GRÁFICO DE LA ‘KRIEGSMARINE’

formado al poeta, tanto de la identidad de los represaliados como del ambiente que se vivía en la fortaleza.

EL NUEVO ORDEN. En las semanas posteriores a la toma de la ciudad, los militares golpistas dismantelaron el gobierno municipal para instaurar un binomio institucional formado por una Junta Militar

y una gestora. El gobierno militar estuvo encabezado por el comandante Antonio León Manjón, que estableció su cuartel general en el palacio de Orleans, propiedad de los herederos de los duques de Montpensier. En el ámbito civil, la gestora municipal estuvo integrada por los principales bodegueros y miembros de la CEDA sanluqueña, tales como José de Argüeso, o el historiador y abogado Pedro Barbadillo Delgado.

En estos primeros meses, con las filas de la Falange nutriéndose de nuevos simpatizantes, se produciría el envío de tropas locales a las zonas de guerra de Andalucía. Así, en el número 84 de la revista *El mundo ilustrado dedicado a Cádiz y su provincia* (1941), apareció una fotografía donde se mostró una columna de falangistas a caballo. Junto a las “camisas azules”, algún integrante ataviado con el traje corto. La misma tropa desfilaría por las calles del barrio alto, armados con fusiles *máuser* mientras una muchedumbre asistía curiosa al partir de



Grupo de falangistas sanluqueños en agosto de 1936.

la comitiva. Sin duda, la imagen nos lleva a recordar el relato del periodista Manuel Chaves Nogales “La gesta de los caballistas”, cuando describía como en muchas fincas de Andalucía, los dueños de los cortijos vestidos de corto y armados de escopetas y garrochas, realizaban batidas por los campos en busca de los campesinos sospechosos de simpatizar con el Frente Popular. ¿Cuál era el destino de estas tropas? Según las mencionadas fuentes, participaron en la toma los pueblos de la sierra gaditana Pruna y Olvera, y en los meses siguientes continuaron hacia el frente de Córdoba.

En la misma línea de esta movilización fascista, en la propia ciudad se formaron columnas infantiles en las que los niños ataviados con el uniforme falangista desfilaban luciendo fusiles de juguete. Estas formaciones, conocidas como *los balillas*, estaban integradas en su mayoría por los hijos de los más importantes miembros de la derecha local. Así como los infantes de las familias más modestas, tenían que ir pidiendo dinero por las casas para costearse el corraje marcial, lo que nos puede dar una idea del clima, que lejos de lo pueril del acto, ocultaba el miedo de muchas fa-

milias a quedar señaladas por no colaborar con el nuevo orden político.

AYUDA MILITAR ALEMANA. En los primeros dos meses de la contienda, el general Franco, líder de los militares sublevados, buscó la colaboración de las potencias fascistas en su lucha por derrotar al régimen republicano. Como escribió Hugh Thomas, las semanas siguientes a la sublevación, Franco solicitó al régimen nazi apoyo aéreo y medios para trasladar nuevas tropas desde África a la península. Hitler, en un principio reacio a prestar ayuda a los militares españoles, accedió para evitar que el Estrecho de Gibraltar estuviera en manos de los republicanos, quienes controlaban la mayor parte de la flota de guerra española y puertos principales como Cartagena o Málaga.

De esta manera, la ayuda nazi se realizaría bajo ciertas condiciones: la garantía de la venta del mineral español a Alemania y la utilización de las bases marítimas para los submarinos alemanes en el futuro conflicto bélico. A esto se añadió la garantía de que la colaboración nazi se realizaría bajo el compromiso de destinarse exclusi-

vamente al general Franco, para evitar un conflicto interno entre los militares sublevados.

Así a finales de julio de 1936 salieron de Hamburgo con destino a Cádiz veinte aviones *Junkers Ju 52*, destinados a transportes de tropas junto a varios mercantes que portaban 51 cazas *Heinkel*, además de 80 pilotos, cuya misión era adiestrar a la exigua fuerza aérea nacionalista. Para evitar que la flota mercante germana fuera interceptada por la marina republicana, Berlín mandó a España varios buques escolta, entre los que se encontraban los torpederos de la clase *Raubtier*, *Leopárd Tiger*, *Iltis*, *Luchs*, *Jaguar* y *Wolf*. Este último apareció en los primeros meses de la contienda patrullando las aguas del Golfo de Cádiz y velando por la seguridad de los mercantes alemanes con destino a Sevilla.

Sin duda, el gobierno de la República conocía la importancia estratégica de la desembocadura del Guadalquivir, y de esta manera, sabiendo de la llegada de los pertrechos extranjeros al puerto hispalense, intentó bloquear la ruta. Así en la madrugada del 3 de agosto de 1936, un extraño mercante apareció a la deriva en la barra



Los torpederos *Luchs*, *Wolf*, *Tiger* y *Seadler* en el puerto de Wilhelmshaven.

El torpedero alemán *Wolf*

■ El torpedero *Wolf*, perteneciente a la clase *Raubtier*, fue botado en el astillero alemán de Wilhelmshaven en 1927. Con sus 92 metros de eslora y 8 de manga, el *Wolf* podía alcanzar los 34 nudos. Sin embargo, este modelo de buque que combinaba una artillería de pequeño calibre junto a tubos torpederos, quedó pronto obsoleto por la propia marina alemana a finales de los años 30. En noviembre de 1936, Alemania e Italia deciden bloquear la ayuda de la Unión Soviética a la República, llevando a la práctica la operación "Úrsula" con la cual en-

viaron al Mediterráneo su moderna flota de buques y submarinos. De esta forma, las costas españolas sirvieron de entrenamiento para la *Kriegsmarine*, en un claro antecedente de la II Guerra Mundial. Sin embargo, el *Wolf* participó en operaciones secundarias como el rescate de refugiados franquistas en San Juan de Luz, después de permanecer atracados en los puertos de Cádiz y Santander. Comenzada la II Guerra Mundial, el *Wolf*, destinado a la colocación de minas, fue hundido por el impacto de una de estas cargas cerca de Dunkerque en enero de 1941.

del Guadalquivir. La autoridad militar local, temiendo un desembarco de las tropas republicanas, ordenó abordar el barco. Éste, bajo el nombre de *Lanford*, apareció abandonado transportando más de un millar de sacos de cemento, estando el buque saboteado con la finalidad de bloquear el tráfico marítimo. Sin embargo, debido al cambio de las mareas, el barco se desvió de la ruta del canal sin lograr el fin que pretendía. Según narró Manuel Barbadillo, el mercante *Landford* pertenecía a la compañía catalana Cementos Fraderar y había sido tomado semanas antes por la marina republicana. Después de este incidente, que puso de manifiesto el intento de bloquear la ruta con Sevilla, la autoridad militar sublevada ordenó colocar dos baterías de cañones *Schneider* de 7,5 cm en la costa entre los pueblos de Sanlúcar y Chipiona.

Sabemos por el testimonio del historiador Pedro Barbadillo Delgado, que la presencia de la *Kriegsmarine* en las costas

gaditanas fue constante desde los primeros meses de la guerra. A mediados de septiembre llegaron al puerto de Bonanza los buques de guerra *Wolf*, *Albatros* y *Seadler*, lo que nos hace comprender la importancia del Guadalquivir como ruta clave de abas-

A MEDIADOS DE SEPTIEMBRE ARRIBARON AL PUERTO DE BONANZA LOS BUQUES DE GUERRA WOLF, ALBATROS Y SEADLER, LO QUE NOS HACE COMPRENDER LA IMPORTANCIA DEL GUADALQUIVIR COMO RUTA

tecimiento y la especial atención que puso la Alemania nazi en su vigilancia.

La crónica del día 29 de septiembre de 1936 del diario ABC en su edición de Andalucía recoge la llegada del torpedero alemán *Wolf* al puerto de Sanlúcar. Pasadas las 10 de la mañana del 28 de septiembre, el comandante Hans Erdmenger, junto con su tripulación, desembarcó y se dirigió al consistorio local para ser recibidos por las autoridades.

En aquel contexto de guerra, abrumados por la colaboración alemana a favor del golpe liderado por Francisco Franco, el gobierno local presidido por el alcalde José de Argüeso Cutiérrez y el comandante militar y jefe de Falange Francisco Ariza, extendieron todo su boato y agradecimiento a tan privilegiada visita. La oficialidad del *Wolf* fue acompañada en un agradable paseo por la ciudad visitando algunas de las bodegas y fue espléndidamente obsequiada. Aquella noche se les ofreció un banquete en el restaurante N° 2 al que asistieron las autoridades pertinentes y unos cincuenta comensales, entre militares como representantes del Movimiento local. El capitán del buque pronunció un breve discurso que fue traducido por José Antonio Florido, al que siguió la arenga del alcalde que incidió en los lazos de unión entre las dos potencias en su lucha contra el comunismo internacional.



Desfile de los Balillas por Sanlúcar en 1940.

Durante esa misma velada se conoció la noticia de la toma de Toledo por las tropas nacionales, desbordándose el entusiasmo de los presentes. Las buenas noticias sobre la marcha de la guerra y la visita de los miembros de la marina nazi quedaron reflejadas en la crónica del diario ABC de Sevilla: “Espontáneamente se formó una manifestación popular, que, con la banda de música a la cabeza recorrió todo el pueblo, formando en ella las milicias ciudadanas, Falange y Requetés”. [...]

LA IMAGEN. Recientemente hemos hallado la primera imagen (y hasta ahora única) que testimonia la represión fascista en Sanlúcar (véase página 67). Se trata de una foto impresa en papel fotográfico de primera calidad, marca *Voigseänder*, con medidas de 12 x 8,5 cm, y con una leyenda en su reverso realmente reveladora: “*Kommunisten hinter Schloß und Riegel im alten Kastell von Sanlúcar. (Jacks)*”: Comunistas detrás de los cerrojos y candados en el viejo castillo de Sanlúcar. Sin duda es impresionante aún la visión tétrica de aquellos infelices encerrados en una de las salas del castillo de Santiago. Jóvenes en su mayoría, campesinos y marineros, las caras de esa veintena de prisioneros demuestran el desasosiego y el miedo a un futuro incierto.

La foto estaría fechada el 28 de septiembre de 1936, perteneciendo a una pequeña colección particular de imágenes firmadas por “Jacks”, posiblemente algún reportero gráfico de la *Kriegsmarine* que estuvo en la visita a las bodegas y en

la cena ofrecida por la gobernación local. Así, aunque la crónica no lo indique —se entiende por ser una información reservada—, los falangistas locales mostrarían a los militares alemanes, los presos encarcelados en el castillo como una demostración de efectividad en su lucha contra el comunismo. Es reseñable que dicha fotografía pertenecería a algún archivo privado, pues ciertamente, no son frecuentes dentro de los centros de internamiento. Además, dentro de la colección de fotografías del susodicho “Jacks”, se recogen algunas imágenes del torpedero *Wolf* durante la Guerra Civil.

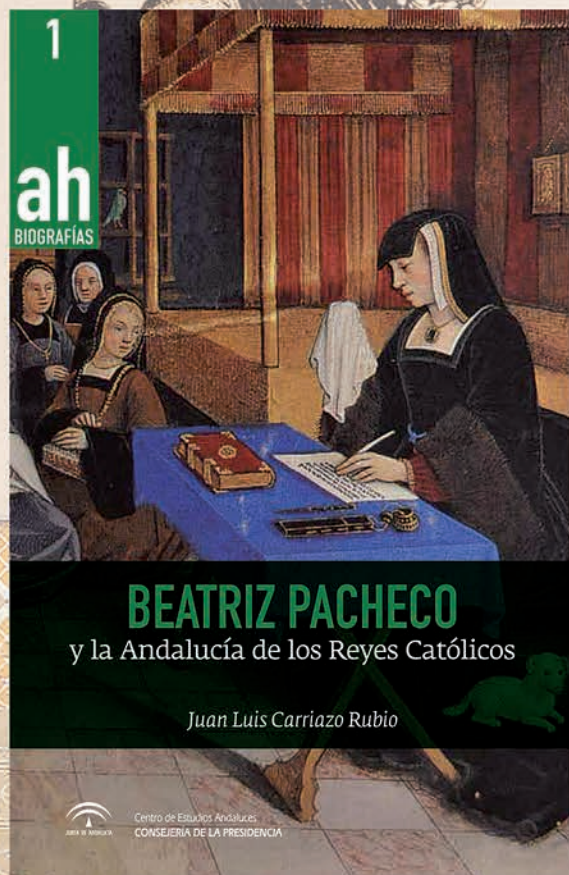
Como consecuencia de la visita de la marina alemana a Sanlúcar, en aquel otoño de 1936, la Asociación de Cosecheros, Almacenistas y Exportadores de Vinos locales, embotellarían una curiosa manzanilla donde encontramos una iconografía muy explícita: entrelazadas en señal de fraternidad, la bandera española lucía junto a la de la Alemania nazi, mientras se ilustraban con una frase en alemán de agradecimiento a Adolf Hitler: “Al líder del pueblo alemán con gratitud, los cosecheros, almacenistas y exportadores de vinos de Sanlúcar de Barrameda”. Una pincelada más y poco conocida del paso del ejército alemán por la ciudad de la manzanilla.

Con este artículo hemos pretendido seguir uniendo esas piezas inéditas y aún sueltas de la represión fascista en Andalucía. Una Andalucía aún descosida y en muchos casos, soterrada por ese olvido que

tanto daño hace a la memoria de los que tuvieron la desgracia de vivir una guerra que partió una nación en dos. La imagen de los presos en el castillo de Santiago nos sigue haciendo daño. Aunque sacada a la luz después de más de ochenta años, muestra sus rostros al mundo donde aún quedan por reconstruir sus nombres y sus vidas. Nuestro deber, como ciudadanos es reivindicar su memoria. Porque, como dijo Gabriel García Márquez, “La muerte no llega con la vejez, sino con el olvido.” ■

Más información:

- **Barbadillo Rodríguez, Manuel**
Excidio. La guerra civil en España.
Edición de Antonio Pedro Barbadillo.
Santo Domingo Industrias Gráficas,
Sanlúcar, 2002.
- **Domínguez Lobato, Eduardo**
Cien capítulos de retaguardia. La guerra civil en Sanlúcar de Barrameda.
Editorial G. Toro, Madrid, 1973.
- **Climent Buzon, Narciso**
Historia Social de Sanlúcar de Barrameda. Tiempo de confrontación (1931-1939). Vol. 9.
Editorial ASEHA, Sanlúcar, 2015.
- **Viejo Fernández, José Antonio**
La Segunda República en Sanlúcar de Barrameda. (1931-1936).
Editorial ASEHA, Sanlúcar, 2011.
- **Cervera Peris, José**
Avatares de la guerra española en el mar.
Noray, Barcelona, 2011.



BIOGRAFÍAS ANDALUCÍA EN LA HISTORIA

Biografías AH rescata la historia de personajes relevantes de nuestro pasado cuya vida y legado quedaron injustamente relegados a un segundo plano.

BEATRIZ PACHECO
y la Andalucía de los Reyes
Católicos
Juan Luis Carriazo Rubio
218 páginas
15€

JOSÉ ISIDORO MORALES
De Andalucía a París: la
vida del padre de la libertad
de imprenta
Manuel J. de Lara Ródenas
399 páginas
18€

CASIODORO DE REINA
Libertad y tolerancia en la
Europa del siglo XVI
Doris Moreno
262 páginas
15€ - 5€ Ebook

LOS GARCÍA
Una familia para el canto
Andrés Moreno Mengíbar
244 páginas
15€ - 5€ Ebook



A la venta en www.centrodeestudiosandaluces.es
y en C/ Bailén, 50. 41001. Sevilla Tlf: 955 055 210



Centro de Estudios Andaluces
CONSEJERÍA DE LA PRESIDENCIA,
ADMINISTRACIÓN LOCAL Y MEMORIA DEMOCRÁTICA

A propósito de los “Anillos de Carmona”

Les escribo para comunicarles mi mayor desconcierto y asombro por la publicación en el número 60 de esta revista una noticia extraoficial titulada “Los anillos de Carmona” y firmada por el sr. Manuel Ruiz Pineda.

Me llamo Elisabet Conlin y soy la arqueóloga que ha dirigido la intervención arqueológica en yacimiento de Loma del Real Tesoro, trabajo al que hace mención el sr. Ruiz. Dicho trabajo me fue encargado por la Universidad de Sevilla y por el dr. Bartelheim de la Universidad de Tübingen, llevándose a cabo en enero de 2016. En otro orden, soy la arqueóloga responsable de la revisión del Catálogo de Yacimientos del término municipal de Carmona llevado a cabo en el año 2002, así como actualizaciones muy recientes por encargo del PGOU municipal, de manera que, puedo decir que conozco personalmente los cerca de 500 yacimientos de este término de 920 km cuadrados. Por lo demás, me avalan más de 30 años de experiencia como arqueóloga y dibujante de arqueología, lo que me ha permitido, entre otras cosas, abordar este tipo de estructuras prehistóricas en diversas ocasiones, no solo en el mencionado sitio de Loma del Real Tesoro, sino también en la propia ciudad de Carmona, en Valencina, así como en el yacimiento neolítico de Crañena Baja (Jaén), situado en la campiña jienense.

El fenómeno que pretende presentar el sr. Ruiz como un “gran descubrimiento arqueológico” suyo se conoce con el nombre de *recintos de fosos*. La costumbre de excavar estructuras en el suelo geológico, ya sean hoyos circulares o zanjas, caracteriza a las comunidades neolíticas y de la Edad del Cobre (VI – III milenio a. C.) que habitaban lo que hoy es Europa, desde los valles asociados al Danubio a las áreas atlánticas de Francia, Gran Bretaña e Irlanda, pasando por la Península Itálica y Sicilia, así como el mediodía de la Península Ibérica.

Los recintos de fosos adoptan plantas muy variables, siendo las circulares o de tendencia circular las más frecuentes, llegando a estar formados, en ocasiones, por varios anillos concéntricos, como en el caso de Loma del Real Tesoro. Las estructuras subterráneas o zanjas que conforman estos complejos suelen tener secciones en “U o “V”, presentando, sin embargo, dimensio-

nes muy variadas, desde un metro de profundidad a otras que superan los 6 metros.

Las zanjas se encuentran colmatadas por vertidos que se caracterizan por su alto contenido en artefactos diversos, piedras sin labrar, huesos de animales, malacofauna, cenizas y semillas carbonizadas, así como, en ocasiones, de restos humanos. Todo ello en un amasijo de tierra de carácter orgánico, por ende, de tonalidades muy oscuras que destacan vivamente del suelo geológico.

En cuanto a la hipotética función de los recintos de fosos, hay quienes sostienen que se trataría de obras de infraestructura hidráulica para crear redes de drenaje y/o de regadío; sistemas de demarcación defensivo —disuasorio; construcciones para reuniones temporales —*lugares de agregación*— donde se llevaría a cabo de manera “ceremonial” encuentros de índole socioeconómica. En ningún momento se plantean los recintos de fosos como centros de observación astronómica, aunque nadie niega el alineamiento intencionado de algunos de sus elementos arquitectónicos, como suele ser habitual en toda la arquitectura monumental prehistórica.

Volviendo a la presentación del sr. Ruiz, donde se lamenta de que los “organismos cualificados” no han tomado interés ni las medidas adecuadas para proteger el yacimiento arqueológico descubierto por él a escasos metros del campo de fútbol municipal”, quiero hacer constar que, a petición de la oficina del PGOU del ayuntamiento de Carmona, he revisado el lugar señalado en varias ocasiones y en compañía también, de otros arqueólogos. Todos coincidimos en que es obvio que no se trata de un yacimiento arqueológico sino de algún fenómeno geológico.

Si bien, la fotografía de satélite del supuesto yacimiento ofrece ciertas similitudes con la imagen resultante de la prospección geofísica llevada a cabo en Loma del Real Tesoro, en la realidad sobre terreno, no existen semejanzas algunas entre ambos lugares. El Sr. Ruiz mismo describe los anillos como “afloramientos de roca calcárea que *emergen...* sobre el nivel del terreno” y lo hacen de forma natural, ya que no se aprecian “surcos labrados en la roca” como llega a afirmar. De existir tales “surcos” o zanjas serían perfectamente apreciables

por sus características y dimensiones en el corte de la cantera que cita como causante de la desaparición de la mitad septentrional del conjunto. En la zona intermedia entre los diversos anillos que emergen del terreno, es decir, donde se supone que la roca ha sido excavada para construir las zanjas, se puede apreciar numerosos puntos donde aflora la roca, ya que lo que cubre aquí es una capa mínima de tierra vegetal.

Las propiedades de esta tierra —de tonalidad rojiza, arenosa y de escasa potencia— evidencian de nuevo, que estamos ante una capa de formación natural y no un relleno de carácter antrópico como hemos descrito anteriormente. Faltan por doquier los artefactos relacionados con estas construcciones, apareciendo ocasionalmente, algún fragmento de industria lítica tallada, elementos que se detectan habitualmente y de manera dispersa a lo largo de la cornisa de Los Alcores. Por último, y quizás lo más determinante para descartar una autoría a comunidades prehistóricas al supuesto complejo, es que en toda esta zona la calcarenita es de una gran dureza, razón que, sin embargo, explica la presencia en las inmediaciones de varias canteras romanas, destinadas a abastecer la ciudad de material constructivo resistente. Con las herramientas que disponían estos grupos sería materialmente imposible poder excavar cualquier tipo de estructura subterránea en estas áreas de roca más dura. De hecho, esta es la razón que sostenemos para explicar la ausencia de asentamientos correspondientes a estos milenios anteriores a nuestra era en determinados enclaves óptimos de Los Alcores.

En resumen, y ante todo, estos “anillos” no guardan relación alguna con las estructuras halladas en Loma del Real Tesoro ni con ningún tipo de recinto de fosos en general. Otros conjuntos de líneas curvas similares se pueden ver desplazando la imagen aérea unos metros más al oeste, así como en El Acebuchal con las coordenadas x-263596 y-4146959, y también, más al oeste en el punto x-26306565 y-4146111, por poner los ejemplos más visibles.

En cuanto al apoyo prestado por el catedrático de la Universidad de Huelva, d. Juan A. Morales González, al “descubrimiento arqueológico” del sr. Ruiz, quiero pensar que parte de una opinión formada a

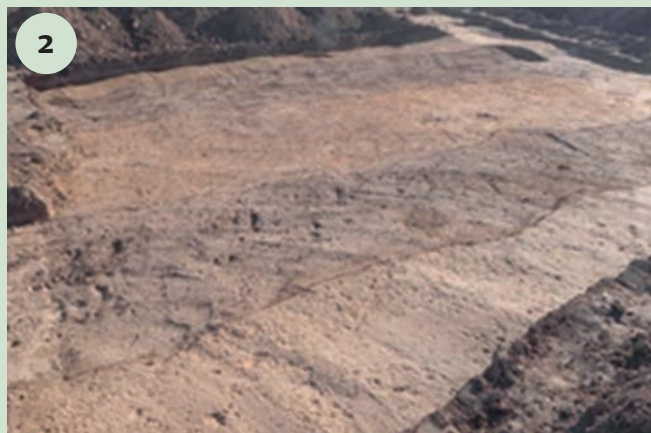


Foto 1 y 2. Sección de la Zanja 1 de Grañena Baja (izq.) y relleno de los recintos 2 y 3 de Loma del Real Tesoro (dcha.).

Foto 3 y 4. Foto aérea de los "anillos de Carmona" (izq.) y resultados de la prospección geofísica en Loma del Real Tesoro II (dcha.).

Foto 5. Vista de los "anillos" sobre el terreno.

partir de la observación de la imagen aérea del lugar y no de una visita real al terreno. Sin embargo, el mismo catedrático tuvo que explicar a la prensa, tras su búsqueda de la Atlántida en las costas de Huelva, que "al bucear.... aparecieron estructuras que tenían el aspecto de haber sido construidas por la mano humana. Sin embargo, un estudio más detallado demostró que se trataba de un pliegue geológico submarino. Algo totalmente natural. Resultó que todas las estructuras que, en principio parecían antrópicas, tenían una explicación puramente geológica y un origen natural, aunque poco frecuente" (Huelva. *Buenas Noticias*, 18 de junio, 2017).

Lamentablemente, este caso demuestra que es necesario recordar, en pri-

mero lugar, que la profesión de arqueólogo/a es altamente cualificada, requiere de una gran formación y profundos conocimientos que no están al alcance de cualquier profano o profesional de otras ramas que se acerque de manera eventual al estudio del pasado. Si bien la expresión es libre, las hipótesis sobre el patrimonio arqueológico deben estar respaldadas por personal formado en arqueología cualificado y solvente. Y, en segundo lugar, en ningún caso se puede admitir la realización de una intervención directa sobre el terreno por parte

de personal no cualificado y menos, sin los permisos oportunos de la administración competente.

Por último, quiero aclarar que el Ayuntamiento de Carmona vela adecuadamente por su patrimonio —lamentablemente en los yacimientos dispersos y alejados sigue habiendo expolio mediante detectores de metales— y que trabaja en esta ciudad un equipo municipal lo suficientemente "cualificado" como para saber si hay que incluir restos que aparecen en el término en el Catálogo de Yacimientos o no. ■

Historia enviada por:
Elisabet Conlin Hayes.

COLABORA CON NOSOTROS. Si tienes imágenes, documentos, tarjetas, fotografías, historias o algún otro material que quieras compartir con los lectores de la revista *Andalucía en la Historia*, mándalo, bajo el asunto EXTRAOFICIAL-ENVÍANOS TU HISTORIA, al correo electrónico andaluciaenlahistoria@centrodeestudiosandaluces.es o a la dirección postal de la revista, ubicada en la calle Bailén 50, 41001 Sevilla.

Primera biografía colectiva de los García, una familia para el canto

El historiador y crítico musical Andrés Moreno Mengíbar recorre la vida de Manuel García y sus hijos Manuel Patricio, María Malibrán y Pauline Viardot

AH
JULIO
2018
74

Los García, *una familia para el canto* es la primera biografía que trata de esta saga familiar al completo —cuatro generaciones— fundamental en la historia de la ópera y el canto de los siglos XIX y XX. Originaria de Sevilla, la familia llevó su pasión por el canto a los escenarios de las grandes capitales de la ópera: París, Londres, Milán, Turín, Nápoles, Moscú, Nueva York, etc. Compositores e intérpretes con destinos muy distintos, mantuvieron vivos sus orígenes andaluces así como el sentimiento de pertenencia a una tradición de canto, la de la Escuela García, basada en una interpretación sostenida sobre la respiración sin brusquedades, cuyo método sirvió para formar las mejores voces durante centurias, entre las que hay que citar a María Callas.

Escrita por el historiador y crítico musical, Andrés Moreno Mengíbar, el libro, cuarto título de la colección Biografías de Andalucía en la Historia, editada por el Centro de Estudios Andaluces, cubre un hueco que estaba por completar, ya que hasta el momento existía una muy escasa bibliografía en español de esta familia: apenas la traducción de la biografía de Manuel García de James Radomsky y un par de títulos sobre su hija María Malibrán. La obra cuenta con una presentación a cargo de Teresa Berganza y un emocionante prólogo de la última descendiente de los García, Diana Pauline García.

La biografía colectiva de Moreno Mengíbar recorre la vida de Manuel García (Sevilla, 1775-París, 1832), cantante, compositor, empresario y maestro de canto que llevó la ópera por primera vez a Estados Unidos; de su hijo Manuel Patricio (Madrid, 1805-Londres, 1906), quien perfeccionó y consolidó científicamente el método de enseñanza de su padre, formó a algunas de las más famosas voces del XIX e inventó el laringoscopio; de sus hijas María



Moreno Mengíbar, Andrés

Los García, una familia para el canto.
Centro de Estudios Andaluces, Sevilla, 2018.
244 pp. 15 €. ebook 5 €.

que se encargó de transmitir las esencias de las enseñanzas familiares de canto.

“Este libro nace de la fascinación y del cariño de quien lo escribe hacia esta maravillosa familia que alcanzó las más altas cimas de la fama artística, sin por ello dejar en el olvido sus orígenes andaluces, por muy lejanos en el tiempo y en el espacio que quedasen” señala el autor.

El creador de la saga García fue Manuel, un niño cantor prodigio nacido en el barrio sevillano del Arenal, a quien la ciudad se le quedó muy pronto pequeña. Tras fajarse como cantante de tonadillas en los entreactos de las comedias, contraer matrimonio y formarse como actor en Cádiz, marchó a la Corte en busca de nuevos horizontes. La convicción de su valía como cantante, así como su carácter colérico, le llevó en muchas ocasiones a enfrentarse bruscamente con las autoridades en busca de su reconocimiento artístico, llegando a dar con sus huesos en la cárcel. Su genio lo convirtió pronto en un cantante muy popular. Tras desplazarse a París e Italia en compañía de su amante y madre de sus

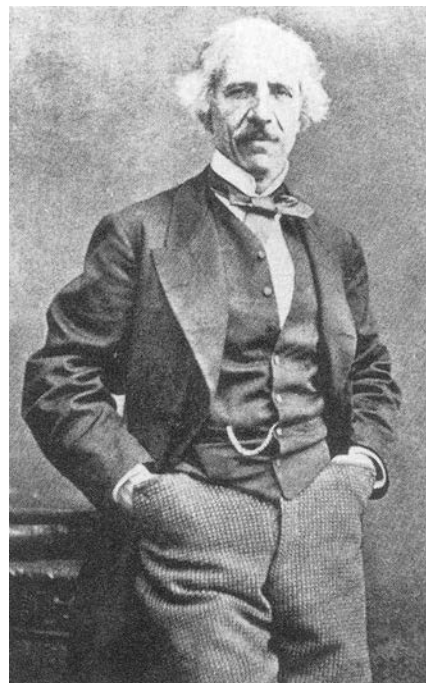
Malibrán (París, 1808-Mánchester, 1836), diva romántica por antonomasia, muerta trágicamente con tan sólo 28 años; y Pauline Viardot (París, 1821-1910), cantante, maestra, compositora y musa de artistas como Tourgueniev, Saint-Saëns, Berlioz, Massenet, Wagner o Brahms; así como de una tercera y hasta cuarta generación

hijos, la también cantante Joaquina Brien, logró hacerse un nombre en el mundo operístico europeo, tanto fue así que el Teatro Odeón de París aceptó el reto de programar la primera ópera en español compuesta por el propio García —quien también la interpretó—, *El poeta calculista*, que contenía el famoso *Polo del contrabandista* con el que cosechó un éxito notable.

En Milán, Nápoles y Turín, Manuel compuso óperas italianas al tiempo que interpretaba obras de Rossini, entre ellas, nada menos que el estreno de *El barbero de Sevilla*, cuyos números musicales españoles inspiró, o es posible que compusiera, el propio Manuel. En Londres, interpretó *Las bodas de Fígaro*, *Don Giovanni*, *Il flauto mágico* y *Così fan tutte* de Mozart. Desde allí, la compañía García al completo (Manuel, Joaquina, Manuel Patricio y María, junto a Pauline de tan solo 4 años) viajó a EEUU para llevar la ópera por primera vez a Nueva York y después a México, donde vivieron todo tipo de vicisitudes. Tras su retorno a París, Manuel compuso su última gran ópera —*Don Chisciotte*— y se retiró de las tablas para fundar una academia de canto, la más célebre de París, en la que impartía su famoso método.

Si su padre era excesivo, hiperactivo, mentiroso, apasionado, bígamo y violento, y sus hermanas divas románticas, famosas y trágicas que hicieron de las tablas su vida, Manuel Patricio fue todo lo contrario: “la serenidad, la reflexión sobre el negocio familiar (el canto), la paciencia en la investigación, el carácter amable y sosegado y la dulzura de trato”, señala Moreno Mengíbar. Tras pisar los escenarios como cantante de la compañía García, Manuel Patricio estudió fisiología y canto, de tal manera que pronto se convirtió en un reputado profesor de, entre otros, sus propias hermanas María y Pauline. Su *Tratado de canto de la Escuela García* en dos

De de izq. a dcha. y de arriba a abajo:
Manuel García, Manuel Patricio García,
María García-Malibrán y Pauline
García-Viardot.



volúmenes (1840 y 1847) se convirtió en el manual esencial y en el más importante de toda la segunda mitad del siglo XIX y aún en la primera mitad del siglo XX. Manuel Patricio aún tenía una trascendental aportación que hacer a la posteridad: la invención del laringoscopio, instrumento esencial para la nueva disciplina de la Otorrinolaringología, que reconoce en él a uno de sus principales iniciadores.

Su hermana María Malibrán fue la primera diva absoluta de la ópera en un siglo, el del Romanticismo, generoso en alumbrar diosas del canto capaces de encandilar y seducir a los públicos con su sola presencia. Tanto fue así que ya en su corta vida pudo ver cómo la prensa le dedicaba toda su atención y se escribía alguna novela basada en su vida, publicaciones que se convirtieron en legión —biografías, ensayos y hasta películas— tras su temprana muerte producida por la caída de un caballo. Indomable y llena de energía, pródiga en amores, vivió diez años de carrera cargada de pasiones y éxitos. Sus interpretaciones en *Otello*, *La Cerenterolla*, *El barbero de Sevilla*, *Norma* y *La sonnambula*, en un París ávido de divas suscitaron grabados, retratos y elogios de escritores como Alfred de Vigny, Gautier, Dumas, Lamartine o George Sand. Su enemistad con otra diva Henriette Sonntag —similar a la que hubo un siglo después entre María Callas y Renata Thibaldi— fue aireada por la prensa y su arte fue objeto de adulación. Saltaba de fiesta en fiesta, mientras imponía en los teatros los títulos, personajes, directores y compañeros de reparto.

A pesar de que su pasión inicial era el piano, la hermana menor de la familia García, Pauline Viardot, se formó como

mezzosoprano con su padre y su hermano. Pronto cosechó grandes éxitos en teatros de toda Europa —Berlín, Granada, San Petersburgo, París, Londres— con sus interpretaciones de *Norma*, *Otello*, *El barbero de Sevilla*, *Fidelio*, *Orphée*, etc. Esta gran dama del canto suscitó pasiones encendidas con artistas de la talla de Chopin, Gounod y Tourgueniev, con quien mantuvo una larga relación. Tras 25 años de trepidante carrera, dejó los escenarios para dedicarse a la composición y la enseñanza desde su retiro en Baden Baden, primero, Londres y Bougival (en las inmediaciones de París), después. Allí la visitaron compositores como Fauré, Massenet, Chaikovsky y Reynaldo Hahn.

Los herederos de la tradición García, los hijos de Manuel Patricio, María y Pauline y alguno de sus nietos, siguieron transmitiendo a sus alumnos los secretos de la escuela familiar de canto.

EL AUTOR. Andrés Moreno Mengíbar (Sevilla, 1961) es doctor en Historia y profesor de Geografía e Historia en el I.E.S. Santa Aurelia de Sevilla. Crítico musical de *Diario de Sevilla* y colaborador de revistas musicales como *Melómano* o *Scherzo*. Como investigador se ha especializado en la historia y sociología de la ópera, especialmente en lo relacionado con Sevilla. Es autor de los libros *La ópera en Sevilla, 1731-1992* (1994), *Sevilla y la ópera en el siglo XVIII* (1995), *La ópera en Sevilla en el siglo XIX* (1998), *100 óperas de Sevilla* (2010) y *Sevilla, ciudad de 150 óperas* (2013). Autor de ediciones de autores como Bartolomé de las Casas, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* (1992); Manuel de Lardizábal, *Discurso sobre las penas* (2002), y Fray Luis de León, *Escritos sobre América* (2010). Ha investigado también sobre la historia de la sexualidad en España, tema del que ha publicado obras como *Sexo y razón en España* (1997) o *Poder y prostitución en Sevilla* (1998). ■

Cuatro siglos de ingeniería española en Ultramar

La ingeniería consiste en aplicar el conocimiento para la ordenación del territorio, mediante el diseño de las infraestructuras de abastecimiento de agua, regadío y cultivo de campos, comunicaciones, defensa, mejora de procesos industriales, transformación de las materias primas, transporte de bienes y mercancías, prevención de catástrofes naturales y armonización del crecimiento de las ciudades con el medio ambiente e innovación.

Estas son actividades esenciales y definitivas para el desarrollo humano, la mejora de su calidad de vida y el progreso de la economía; actividades que los ingenieros ejercen con solvencia desde hace siglos.

Cuando se acaba de cumplir el tricentenario de la primera Ordenanza de Ingenieros en España, fechada en 1718, la exposición *Cuatro siglos de ingeniería española en Ultramar*, que puede verse en el Archivo de Indias (Sevilla) hasta el próximo 30 de septiembre, reconoce la labor de aquellos prohombres que emplearon sus conocimientos en mejorar la vida de los demás, diseñando infraestructuras y máquinas que transformaron la sociedad de su tiempo, dibujando el futuro.

Los proyectos, informes y trabajos desarrollados por los ingenieros españoles en Ultramar constituyen un importante patrimonio tecnológico, tanto en el aspecto territorial, América y Filipinas, como en el temporal, los siglos XVI a XIX. Comisariada por Ignacio Sánchez de Mora, presidente de la Asociación de Ingenieros Consultores de Andalucía, y María

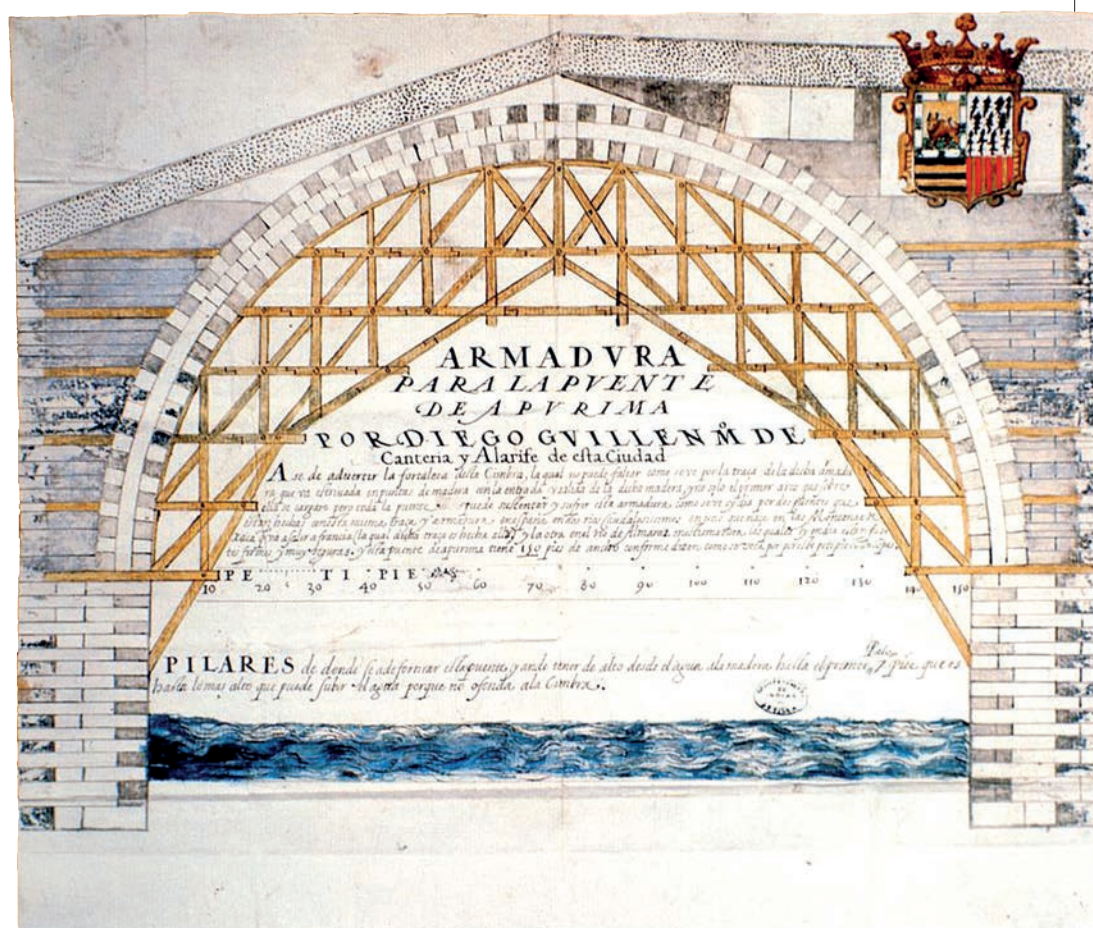
Antonia Colomar, ex directora del Archivo General de Indias y archivera emérita, la muestra aporta al visitante una visión de los trabajos más destacados que desempeñaron los ingenieros durante cuatro siglos en América.

El visitante recorre ocho ámbitos, que ofrecen una completa visión de la historia de los ingenieros y de las diferentes ramas que existían en la época de estudio. Así, empezando por su legado militar y civil, recorreremos las obras hidráulicas, las comunicaciones, la minería, la industria, los puertos y fortificaciones y la ingeniería naval, para terminar en las ciudades y la ordenación del territorio.

Con esta exposición se acredita el nivel y la importancia de la obra científica de Es-

paña en el nuevo mundo, además de negar que el tópico del "secular atraso científico hispano" pueda aplicarse con propiedad en la América hispana al período anterior al siglo XIX. La selección de testimonios y objetos que se muestran en la exposición desmienten tales afirmaciones en el ámbito de la ingeniería, campo en el que los profesionales españoles realizaron contribuciones más que sobresalientes a la historia de la ciencia y al desarrollo tecnológico mundial.

Archivo General de Indias. Avd. de la Constitución 3, Sevilla. Hasta el 30 de septiembre de 2018. De martes a sábado, de 9:30 a 17:00 h. Domingos y festivos, de 10:00 a 14:00 h. ■



MUSEO DE LA AUTONOMÍA DE ANDALUCÍA

Andalucía, Democracia,
Autonomía, Blas Infante,
Ciudadanía, **Patrimonio**,
Identidad, Historia, Creación,
Memoria, Participación,
Cultura, Futuro



Casa de Blas Infante



JUNTA DE ANDALUCÍA
CONSEJERÍA DE LA PRESIDENCIA,
ADMINISTRACIÓN LOCAL Y MEMORIA DEMOCRÁTICA

Avenida Blas Infante, s/n. Coria del Río – La Puebla del Río (Sevilla)
Información y reservas: 955 656 990
www.centrodeestudiosandaluces.es/maa

Ronda: la primera Asamblea Regionalista (1918)

Centenario de la Asamblea que reivindicó la autonomía plena

MANUEL MORALES MUÑOZ
UNIVERSIDAD DE MÁLAGA

A LA MEMORIA DE JUAN ANTONIO LACOMBA

Después de repetidos intentos, en 1918 se celebró en Ronda la Primera Asamblea Regionalista, en la que se debatieron y fijaron las directrices políticas e ideológicas del andalucismo. Inspirándose en el proyecto de Constitución Federal para Andalucía, presentado en Antequera en 1883, las líneas fundamentales del programa político que se aprobó pasaban por el reconocimiento de la autonomía plena para Andalucía. También se adoptaron en la misma Asamblea algunos de los símbolos más emblemáticos, tales como la bandera: verde, blanca y verde, y el escudo, sobre el que se colocó el lema “Andalucía para sí, para España y la Humanidad”.

Desde los primeros años del siglo XX, todo un conjunto de factores, cuales fueron las perspectivas regeneracionistas, el impulso regionalista que se dio en otras partes de España, la actividad cultural desplegada en torno al Ateneo de Sevilla, las discusiones que sobre la reorganización territorial del Estado tuvieron lugar a partir de la aprobación de la Ley de Mancomunidades, y la difusión del georgismo como solución para el problema de la tierra, influyeron en el desarrollo de una nueva reflexión sobre la cultura y el regionalismo andaluz.

Ya a mediados de junio de 1906, coincidiendo con la formación de la Solidaridad catalana, hubo un intento fallido por constituir una Solidaridad Republicana de la Región Andaluza. El siguiente paso lo dio el Ateneo de Sevilla con la organización en 1907 y 1909, de los Primeros y Segundos Juegos Florales, respectivamente. Suscitando las cuestiones adoptadas como tema central en uno y otro certamen, un amplio debate intelectual.

Si en el primero de ellos el tema propuesto fue “¿Hasta qué punto es compatible el regionalismo con la unidad de la Patria?”, en el de 1909 el debate fue animado por el filósofo y escritor sevillano, Mario Méndez Bejarano, al definir las que habrían de ser las bases del regionalismo andaluz.

De esa manera se inició el camino para la discusión de algunos de los problemas más acuciantes a los que se enfrentó el andalucismo en los años siguientes: entre ellos, el de la esencia de Andalucía (el *ser de Andalucía*), el del regionalismo y la articulación territorial de la región, o la cuestión agraria.

Considerada esta última como una cuestión esencial, los regionalistas andaluces quisieron dar respuesta a la misma a partir de los postulados defendidos por los “georgistas” —seguidores de Henry George— en el Congreso que celebraron en Ronda, en mayo de 1913. Entre otros, la abolición de la propiedad privada, distin-

guiendo entre propiedad y posesión, y la imposición de una tasa contributiva única sobre el valor social del suelo.

Para los andalucistas, en general, y para Blas Infante, en particular, eran las vías más adecuadas para mejorar las condiciones de vida y de trabajo del campesinado andaluz, y para promover el nacimiento de una clase media rural.

Como muy metafóricamente resumió Rafael Ochoa desde las páginas de *Andalucía* (“Sobre la colonización interior”, *Andalucía*, nº 1, junio de 1916, p. 9), la cuestión agraria era “la carne de nuestro programa”. Era la misma idea que por el mismo tiempo expresó en la revista *España* (“Cómo somos regionalistas en Andalucía”, nº 80, 3 de agosto de 1916, pp. 7-8), el también andalucista Dionisio Pérez, para quien aquel factor, junto con la pérdida de toda fe y toda esperanza en los dos partidos centralistas que se habían abrogado la dirección de la vida nacional, constituían la base para entender por qué se era regionalista en Andalucía.

A partir de entonces, y teniendo como telón de fondo esa toma de conciencia y esas críticas al régimen de la Restauración, Blas Infante y los intelectuales ateneístas empeñaron todo su esfuerzo por buscar en la historia los momentos en que Andalucía había destacado por su esplendor, encontrándolos en al-Andalus.

Con todo, las perspectivas de un regionalismo político de índole progresista se clarificaron a partir de la publicación de *El Ideal Andaluz* (1915), convertido en el auténtico programa del andalucismo. También contribuyó a ello la sustitución de *Bética* como órgano de prensa del andalucismo, por la revista *Andalucía* (Sevilla, 1916-1917, y Córdoba, 1917-1920). Como ayudó la creación de los Centros Andaluces, en un intento por articular orgánicamente el movimiento político.

Meses más tarde, en el marco abierto por la crisis de 1917, tuvieron lugar las primeras tentativas para celebrar, en Ronda, una Asamblea Regionalista, en la que se





Hace ahora 100 años, en enero de 1918, se reunió en Ronda la Asamblea Regionalista de las Provincias Andaluzas, presidida por Blas Infante.

En el transcurso de la Asamblea, Infante denunció el caciquismo, abogó por la creación de nuevas escuelas y atacó a la que calificó como “clase neutra” por su pasividad ante los desmanes del poder

llevara a cabo “la unión de las provincias andaluzas” (*Andalucía*, 1 de enero de 1917).

ADHESIONES. Sin embargo, las adversas circunstancias políticas, con la suspensión de las garantías constitucionales, fueron postergando su celebración, tal y como reconocieron los propios convocantes (*Andalucía*, 1 de septiembre de 1917). Pese a lo cual, *Andalucía* fue dando cuenta, mes tras mes, del eco que había encontrado la convocatoria, destacando cómo las adhesiones a la misma llegaban desde todos los rincones de Andalucía (*Andalucía*, 1 de abril de 1917).

Sociológicamente, entre los adheridos había miembros de las pujantes clases medias, con las profesiones liberales a la cabeza: abogados, médicos, periodistas, maestros..., pero también con la presencia de pequeños comerciantes e industriales. Heterogéneo era igualmente el espectro de las clases populares y obreras, con un amplio abanico que iba desde aquellos grupos que la historiografía calificó como “aristocracia obrera”: empleados, dependientes, carteros..., hasta agricultores, pasando por los trabajadores de oficio: carpinteros, barberos, impresores..., e incluso algunos

representantes de las nuevas clases obreras surgidas al calor de los grandes centros fabriles, como mecánicos (*Andalucía*, 1 de noviembre de 1917).

Finalmente, durante los días 13 y 14 de enero de 1918, Ronda fue escenario del esperado encuentro, asistiendo a la I Asamblea Regionalista representantes de Sevilla, Granada, Málaga, Jaén, Córdoba y otras poblaciones andaluzas.

Por las escasas noticias que recogieron la revista *Andalucía* (19 y 26 de enero de 1918), la edición sevillana de *El Liberal* (15 y 17 de enero de 1918), y el periódico malagueño *El Regional* (15 y 18 de enero de 1918), conocemos tanto los temas que se debatieron en aquellos dos días, como algunas de las conclusiones.

En la sesión del día 13 se debatió sobre la personalidad de los municipios y su autonomía, sobre las competencias y facultades que las regiones dejarían en manos del Estado: entre ellas, las relaciones internacionales, el control sobre las comunicaciones, las obras públicas, la enseñanza, la sanidad y beneficencia, la hacienda, y las fuerzas armadas y las fuerzas de seguridad del Estado. Se proclamó la necesaria independencia del poder judicial, en cuyo vér-

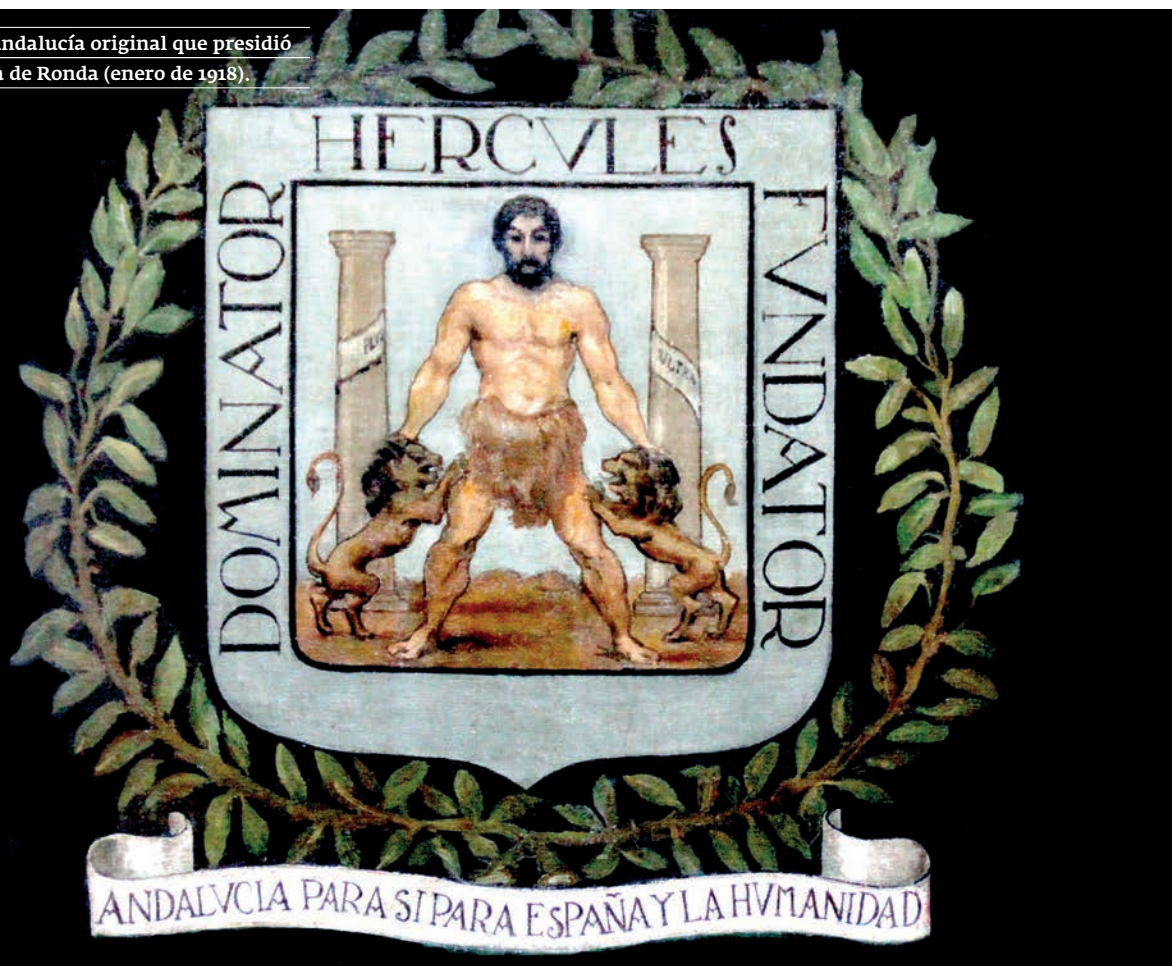
tice se encontraría un Tribunal Supremo, y se apostó por la supresión del Ministerio de Gracia y Justicia.

Se demandó igualmente la aprobación de una Ley de incompatibilidades, una Ley electoral federal que contemplara la existencia de circunscripciones electorales separadas para las ciudades y los pueblos. La supresión de las barreras aduaneras entre España y Portugal, así como un mayor esfuerzo por atraerse al país vecino para la formación de una Federación Ibérica, a la que también podrían sumarse aquellas repúblicas iberoamericanas que lo desearan.

Esas conclusiones iniciales se dieron a conocer ante el numeroso público congregado en el Salón de actos del Café Imperial, en una sesión en la que intervinieron Blas Infante y el abogado malagueño Miguel Rosado Bergón, quien criticó duramente a la oligarquía y sus prácticas caciquiles, y defendió las propuestas hechas por Infante en el *Ideal Andaluz*.

En parecidos términos se pronunció este último, quien denunció el caciquismo, abogó por la creación de nuevas escuelas, atacó a la que calificó como “clase neutra”, por su pasividad ante los desmanes del poder; defendió el patriotismo de los regionalistas y

Escudo de Andalucía original que presidió la Asamblea de Ronda (enero de 1918).



el reconocimiento de la autonomía para las regiones y municipios, como único medio para la regeneración del país, y abogó por la transferencia de la propiedad de la tierra a los municipios, y su posterior redistribución entre el campesinado.

Ya el día 14, en los debates abiertos esa jornada, intervinieron el delegado de Jaén, Pedro de las Parras; el del Centro Andaluz de Córdoba, Eloy Vaquero; el de Granada, José Álvarez Cienfuegos, y el propio Blas Infante.

De manera informal, los resultados de aquellos debates se dieron a conocer a la prensa en una "Nota oficiosa", según la cual, las Bases que hizo suya la Asamblea pasaban por la aprobación de un programa inspirado en la Constitución de Antequera de 1883.

En consecuencia, se reconocían la autonomía de municipios y regiones; se

solicitaba al poder central la competencia en materias como obras públicas, instrucción y beneficencia; el establecimiento de escuelas de artes e industrias en cada una de las capitales andaluzas, así como la fundación de una escuela superior regional de ingeniería agrícola, industrial y minera; la creación de un banco agrícola regional, la reforestación de la región, la ampliación del tendido ferroviario, con la construcción de nuevas líneas y la conclusión de aquellas otras que, como la de Almería a Cádiz, estaban sin terminar; un proyecto de navegación del Guadalquivir entre Córdoba y Sevilla, la intensificación de las comunicaciones entre el sur y el Levante andaluz con el norte de África, el deslinde y amojonamiento de las vías pecuarias, la gratuidad de la justicia y la enseñanza hasta los doce años, etc.

SÍMBOLOS. Fue igualmente en la Asamblea de Ronda en la que se aprobaron los símbolos de Andalucía. Tal y como reconoció el propio Blas Infante en la revista *Andalucía*, en su número del 31 de diciembre de 1919, los mismos estaban inspirados en la propia historia de la región, limitándose los participantes en la Asamblea a reconocer lo creado previamente.

Como bandera se eligió la blanca y verde, con tres franjas horizontales de igual medida, siendo blanca la franja central, y verdes, las de los extremos. Por escudo se adoptó el de Cádiz, con el Hércules ante las columnas, sujetando los dos leones. Sobre las figuras, la inscripción latina "*Dominator Hercules Fundator*". Y a los pies de Hércules, la leyenda, "*Betica-Andalus*". Orlando al escudo se decidió que figurase el lema del Centro Andaluz, que no era otro que el de "Andalucía para sí, para España y la Humanidad".

FEDERALISMO. Fue el punto de partida para la expresión del andalucismo más radical, al marcar el congreso de Ronda el arranque de un regionalismo federalizante. Buena prueba de la nueva situación fue

Tal y como reconoció Blas Infante los símbolos estaban inspirados en la propia historia de la región, limitándose los participantes en la Asamblea de Ronda a reconocer lo creado previamente

La Asamblea de Ronda inspiró buena parte de sus resoluciones en el proyecto de Constitución Federal para Andalucía, presentado en Antequera en 1883.

Proyecto de Constitución ó PACTO FEDERAL PARA LOS CANTONES REGIONADOS ANDALUCES PRESENTADO POR CÁRLOS SAORNILL DIPUTADO POR ALORA Tomado en consideración en la Asamblea Regional, celebrada en Antequera en los días 27, 28 y 29 de Octubre de 1883, y dedicado por la misma para su estudio á los Cantones Andaluces



SEVILLA
Imp. de ANSEL. REAUCHE, Calle de Fern. 4.ª 2.
1894

la colaboración de los andalucistas con las clases obreras en sus enfrentamientos con el sistema de la Restauración.

Primero, en 1917, al prestar su apoyo a la convocatoria de huelga general. Después, en el llamado por Juan Díaz del Moral, "trienio bolchevique", cuando ante la cuestión sobre qué posición a adoptar, Pascual Carrión respondió: "inclinémonos siempre a la izquierda, junto a los trabajadores".

Al igual que habían hecho el catalanismo de izquierdas y el nacionalismo canario, en su intento por implicar a las clases obreras en el proceso de construcción nacional, el andalucismo iniciaba así un acercamiento, aunque sin éxito, al proletariado.

El mismo año de 1918, y a modo de reafirmación de la nueva estrategia seguida por el andalucismo, Blas Infante escribió que la España centralista, caciquil y oligárquica había "muerto". Una toma de posición que se mantuvo en el *Manifiesto andalucista* que se publicó el día 1 de enero de 1919, como texto de discusión para la Segunda Asamblea Regionalista a celebrar en Córdoba en marzo siguiente. Y en el que

sus autores ya se proclamaron "separatistas de ese Estado que conculca sin freno los sagrados fueros de la libertad".

A pesar de esas iniciativas, el andalucismo no pasó de ser un movimiento minoritario, defendido por estratos de la pequeña burguesía urbana ajena al sistema de la Restauración, pero sometida a todas las contradicciones de este grupo social. En lo que influía igualmente la ambigüedad programática del movimiento, derivada del choque de planteamientos esencialistas con el análisis crítico de la realidad, y de una síntesis de ideologías en la que se mezclaban el idealismo krausista, el federalismo pimargalliano, el regeneracionismo costista y el georgismo. ■

Ante la duda de qué postura adoptar frente a la conflictividad social del efervescente Trienio Bolchevique, Pascual Carrión defendió inclinarse "siempre a la izquierda, junto a los trabajadores"

Más información:

- **Arias Castañón, Eloy**
"Andalucismo político", en Andrés de Blas Guerrero (dir.). *Enciclopedia del nacionalismo*. Taurus, Madrid, 1997, pp. 31-35.
- **Lacomba Abellán, Juan Antonio**
Regionalismo y autonomía en la Andalucía contemporánea (1835-1936). Caja General de Ahorros y Monte de Piedad de Granada, 1988.
- **Moreno Navarro, Isidoro**
"Primer descubrimiento consciente de la identidad andaluza", en Antonio Miguel Bernal (dir.), *Historia de Andalucía VIII. La Andalucía Contemporánea (1868-1981)*. Cupsa Editorial-Editorial Planeta S.A., Barcelona, 1981, pp. 233-251.
- **Sevilla Guzmán, Eduardo**
Aproximación sociológica al andalucismo histórico. Ayuntamiento de Córdoba, 1990.

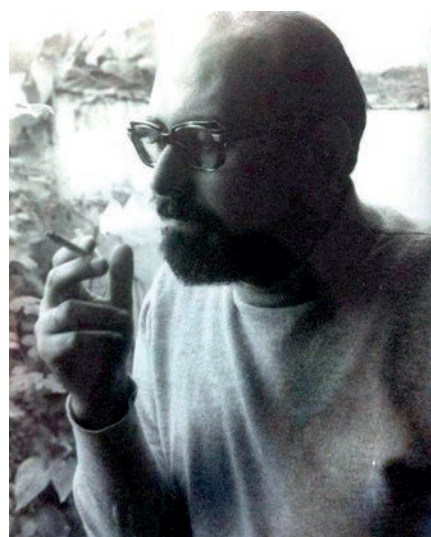
José Luis Sánchez Ortiz de Lanzagorta

Una vida por la cultura andaluza en la Transición

MANUEL HIJANO DEL RÍO

UNIVERSIDAD DE MÁLAGA

Hace veinte años fallecía en Sevilla José Luis Sánchez Ortiz de Lanzagorta, maestro, escritor, periodista e investigador del andalucismo. Este andaluz de conciencia fue uno de los impulsores del sistema democrático en Andalucía, muñidor de una nueva “teoría” de nuestra tierra que rompe radicalmente con todos los tópicos que venía arrastrando y lastrando Andalucía desde el franquismo. Asimismo, fue, junto a Juan Antonio Lacomba, uno de los primeros en rescatar el legado de Blas Infante, ya que sus contemporáneos desconocían las acciones políticas del líder andalucista, su obra, la existencia de unos símbolos propios o los pasos dados por Infante para conseguir un Estatuto de Autonomía para Andalucía en la Segunda República.



José Luis Ortiz de Lanzagorta nació el 9 de mayo de 1933 y falleció el 30 de septiembre de 1998. Sevilla fue testigo de ambos hechos. Fue licenciado en Sociología por la Universidad de Granada y en Periodismo por la UNED. También inicia estudios de Filosofía y Letras en Sevilla.

Su profesión fue maestro. No le gustaba ser “profesor”. Desde el colegio de Santa Ana de la capital andaluza desarrolla un trabajo con sus estudiantes de Educación Secundaria que lo distingue entre el elenco del profesorado. El amplísimo listado de actividades extraescolares organizadas, denota un claro interés por la formación de su alumnado más allá del horario de su materia. Conferencias, mesas redondas, seminarios, entre otros, sobre temáticas de actualidad, son ejemplos claros de su desempeño. Cabe destacar en este sentido cómo la exposición organizada en ese centro sobre etnografía andaluza en 1971 dio origen al Museo de Costumbres y Artes Populares sevillano al año siguiente.

Tres son los ámbitos más destacados de la trayectoria de Lanzagorta. Con el objetivo de facilitar su estudio, y a pesar del riesgo de dejar en el análisis zonas intermedias sin resaltar, en sus sesenta y cinco años de vida destacan su dedicación a la literatura, su labor periodística y, en tercer término, su faceta como historiador del andalucismo.

LOS “NARRALUCES”. Su trayectoria literaria se inicia públicamente, con tan solo 18 años, con el libro titulado *Iris*, publicado en 1951. Un conjunto de poesías que supone el inicio de una carrera muy extensa.

Sin duda, el aspecto más relevante y conocido de Lanzagorta de este periplo es su papel en el grupo de escritores denominado “narraluces” o “narrativa andaluza”. También conocido como el “boom”. Está acreditada la afición de muchos andaluces de cuestionar si existen como tales. A diferencia de otros territorios, regiones o países, donde por el simple hecho de que si ellos lo ejecutan, protagonizan o idean,

ya es algo que les pertenece, ya es suyo, en Andalucía, es un ejercicio muy frecuente cuestionar si existe, o si se puede calificar de “andaluz” cualquier asunto. La forma de expresión andaluza, ¿existe? ¿Existe la Historia de Andalucía? ¿Existe la cultura “andaluza”? Son algunos ejemplos. La narrativa “andaluza” no se salva de ese obsesivo cuestionamiento. La bibliografía sobre esta materia derrocha miles de palabras en detectar si hay o no una narrativa andaluza. Si es un invento o una simple cuestión de *marketing*.

Independientemente de esas discusiones de salón bizantino, como afirma Manuel Barrios, lo cierto es que José Luis consigue aglutinar —“es el catalizador (...) quien nos puso en contacto a los narradores de las ocho provincias andaluzas, a costa de su propio bolsillo y de su tiempo”, según escribe Carlos Muñoz Romero en octubre de 1998— un conjunto de escritores andaluces de procedencia diversa, unidos por el interés de escribir sobre Andalucía de otra forma. Aunque la lista de actividades en este sentido es muy extensa, hay que reseñar el papel jugado por la Feria del Libro de Sevilla. En la primera de 1967, figura instituido el “Día de los Escritores Andaluces”, donde Lanzagorta y veintiocho compañeros más firman sus obras. La prensa del día cataloga el evento como histórico: “todos los novelistas, poetas y ensayistas con libros publicados que residan en nuestra ciudad y en la región participarán en este homenaje colectivo a las letras andaluzas” (ABC, 16 de abril de 1967).

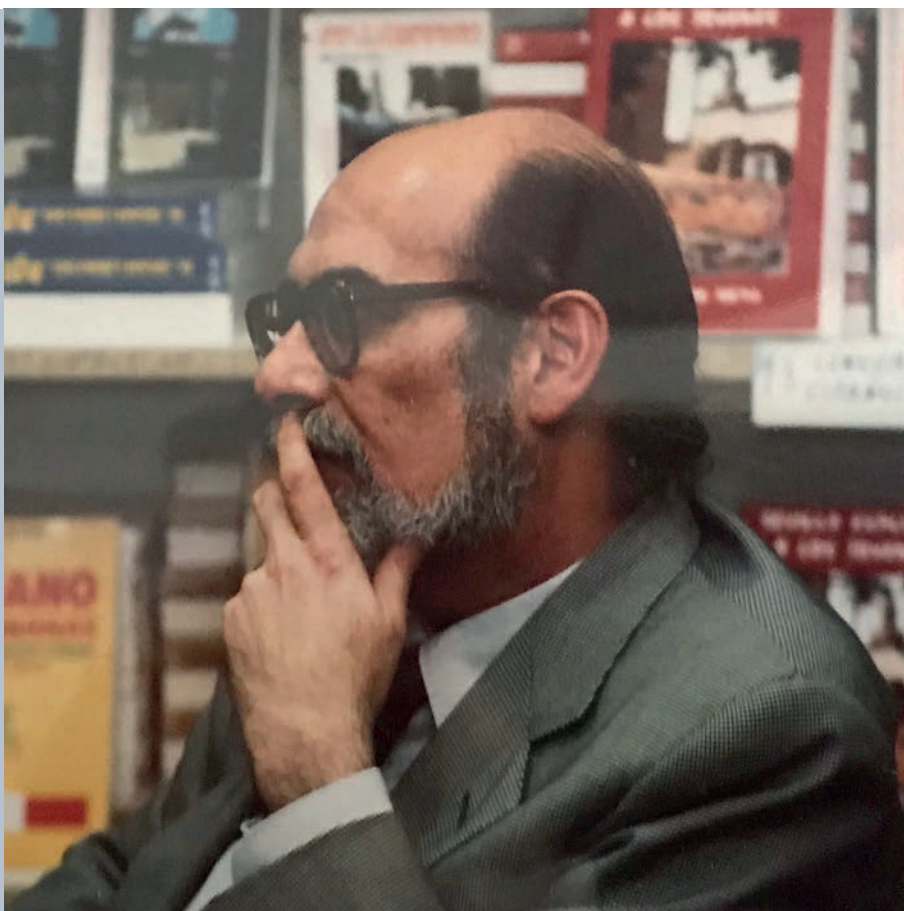
Cuatro años más tarde, este acto se califica como una de las manifestaciones culturales con más futuro en Andalucía. No solo por el volumen de ventas, sino también por la dimensión andaluza de la misma que propicia un “gran arraigo popular” (ABC, 22 de diciembre de 1971). Incluso, la del año siguiente, se identifica como “La Feria de la Narrativa Andaluza” (ABC, 15 de marzo de 1972).

Antonio Burgos sitúa el origen de los “narraluces” en un acto de lectura poética

Dignificar el modo de ser andaluz

■ La clase política andaluza que dio impulso al proceso autonómico andaluz no estuvo sola. Estuvo apoyada, acompañada y espoleada por personas que tenían una conciencia de ser andaluz distinta. Una identidad reconstruida a partir de las décadas de los años sesenta y setenta, y entendida de otro modo a la difundida por la dictadura franquista. Interpretan Andalucía más allá de argumentos estrictamente económicos. Reconocen y protestan por su atraso, como es obvio, pero descifran la realidad de esos años con claves culturales, de identidad. Desempeñan una ingente labor para la relectura de la Historia. Descubren y difunden los momentos en los que este pueblo se manifiesta como reivindicativo, disconforme con el lugar donde lo encasillan; publican una nueva narrativa, y usan otros modos de escribir; y aprovechan otras formas de presentar sus ideas y difundirlas a través de los medios de comunicación. No están de acuerdo con la Andalucía de “pandereta”. Este es el elemento básico. Quieren dignificar el modo de ser andaluz del último cuarto del siglo XX por medio de sus escritos, ensayos y reflexiones.

Aunque es difícil delimitar con precisión el listado de nombres porque falta mucho por descubrir, se podría usar el censo que Manuel Barrios hacía en 1999 de este grupo: “En tal vanguardia de gente (...) sin contraprestaciones de ninguna clase, estuvieron Enrique Soria, Antonio Cascales, Fernando Álvarez Palacios, Manolo Baraldés, Emilio Rioja, Pedro Ruiz Berdejo, Manuel Rico Lara, Paco Vélez, Augusto Llorca, Ortiz de Lanzagorta, Enrique Iniesta, Alonso Balosa, Pepe Romero, Miguel Guillén, Manuel Otero Luna, Isidoro Moreno (...) Miguel Sánchez Montes de Oca (...) Carmen Llopart (...) María Esperanza Sánchez, María Teresa Garrido, José María Javierre, Nicolás Salas, Antonio Burgos, Paco Correál, José Domingo Romero, Pilar del Río, Ignacio Camacho, Mercedes de Pablos, Pepe Fernández E Iñaki Gabilondo” (ABC, 14 de marzo 1999).



en el “Hernando Colón”, en 1968, cuando Ortiz de Lanzagorta realiza una evaluación de la poesía de su generación. Otros lo sitúan con la publicación de *Historia de una finca* en 1959, de José y Jesús de las Cuevas. Lo cierto es que este colectivo consigue, según palabras de Burgos, que donde se hace “novela en bloque es en Andalucía, o parte de andaluces” (ABC, 15 de mayo de 1971). Años más tarde, se reconoce el valor de este grupo para las letras, y en 2000 se edita una colección de obras para exponer un estilo propio, fundamentalmente sobre el mundo rural y deprimido (*El País*, 15 de noviembre de 2000).

De nuevo Manuel Barrios sirve de referente para fijar los nombres y apellidos de estos escritores: “Alfonso Grosso, José Asenjo Sedano, Luis Berenguer (andaluz por adopción y espíritu), Antonio Burgos, Caballero Bonald, Aquilino Duque, Manolo Ferrand, Manuel Salado, Federico López Pereira, Domingo Manfredi, Carlos Muñiz Romero, José Luis Ortiz de Lanzagorta, José María Requena, Manolo García-Viñó, Juan de Dios Ruiz Copete, José María Vaz de Soto, Manolo Carrasco, Julio M. de la Rosa, Javier Smith, Ramón Solís, Manuel

Andújar, Manuel Halcón y Francisco Ayala”, además de él mismo (ABC, 12 de noviembre de 1998).

Hay dos momentos clave en el devenir de esta narrativa. El primero se sitúa cuando Ortiz de Lanzagorta define al colectivo —aunque él asegura que no es su intención “aún”— con su obra *Narrativa andaluza: doce diálogos de urgencia*. Catalogada como un “manual” sobre el tema, José Luis descubre la “unidad” debido a “una idéntica andadura, a un mismo afán creador, a una insistencia en determinadas preguntas y a unos puntos comunes de reflexión, personal o colectiva. Esto es, un estado de conciencia”.

El segundo es la conferencia pronunciada por el afamado crítico literario Florencio Martínez Ruiz en el Ateneo de Madrid en 1972, cuando asegura que el “boom” de la novela hispanoamericana ha muerto, y expresa: “viva el boom de la novela andaluza”. Sitúa la cuestión en términos cuantitativos puesto que setenta autores en “una sola región de un pequeño país”, es señal de la envergadura del asunto. Colocan a Andalucía en la primera fila de la literatura española. Dice el conferenciante: “No es un invento, no. Para demostrarlo

Obras de José Luis Ortiz de Lanzagorta:

- ▶ *Iris*. Sevilla. Editorial Católica Española. 1951.
- ▶ *Vía Crucis de Sevilla*. Sevilla. Instituto Diocesano Pastoral. 1965.
- ▶ *Canción de Viernes Santo*. Sevilla. Imprenta Gráfica Salesiana. 1966.
- ▶ *La renuncia*. Seguido de un poema para después. Sevilla. GrafiMeyer. 1966.
- ▶ *Fin de la apariencia*. Madrid. Rialp. 1976.
- ▶ *Veinte poemas testificales*. 1962.
- ▶ *El aplazamiento*. Madrid. Helios. 1972.
- ▶ *Narrativa andaluza: doce diálogos de urgencia*. Sevilla. Universidad de Sevilla. 1972.
- ▶ *Funerales para una virgen*. (col.) Sevilla. Índole. 1973.
- ▶ *Una meditación en torno a Azorín: contradicciones, dudas, paradojas*. Sevilla. Universidad de Sevilla. 1974.
- ▶ *Introducción a la prosa de Manuel Machado*. Sevilla. Universidad de Sevilla. 1974.
- ▶ *El mar en tres relatos*. (col.) Cádiz. Instituto Social de la Marina. 1975.
- ▶ *Fin de la apariencia*. Madrid. Ediciones Rialp. 1976.
- ▶ *Símbolos de Andalucía: un nombre, una bandera, un grito y un estatuto*. Écija. Astigitana. 1977.
- ▶ *La Constitución de Andalucía de 1883*, (col.) Jerez. CSIC. Centro de Estudios Históricos Jerezanos. 1978.
- ▶ *Blas Infante. Vida y muerte de un hombre andaluz*. Sevilla. Fernández Narbona, 1979 (red), Sevilla, Fundación Blas Infante, 1999. 3ª reed. Sevilla. Imp. Grafitálica. 2000.
- ▶ *Discurso de las postrimerías de Don Miguel Mañara en su fantástica pasión y muerte*. Málaga. Ateneo de Málaga. 1979.
- ▶ *El siglo de Blas Infante*. 1883-1981. Alegato frente a una ocultación, (col.) Sevilla. Biblioteca de Ediciones Andaluzas S.A. 1981.
- ▶ *Me llamo Sevilla. Autorretrato de una ciudad*. Sevilla. Grupo Andaluz de Ediciones. 1981.
- ▶ *Las cigarreras de Sevilla*. Sevilla. Grupo Andaluz de Ediciones Repiso-Lorenzo. 1981. (reed.) Sevilla. Ed. Rodríguez Castillejo. 1988.
- ▶ *Sevilla: palabra e imagen*. Sevilla. Ayuntamiento de Sevilla. 1982.
- ▶ *Barkari (textos líricos)*. Sevilla. Difusión Autónoma de Obras Culturales. 1984.
- ▶ *El Alcázar de Sevilla, Simón Verde y otras relaciones*. (col.) Sevilla. Ediciones Andaluzas Unidas. 1985.
- ▶ *Blas Infante. Perfiles de un andaluz*. (col.) Málaga. , Biblioteca Popular malagueña. 1985.
- ▶ *Diccionario temático abreviado iberoamericano*. (director literario editorial) Sevilla. J.R. Castillejo. 1989.
- ▶ *Leyendas tradicionales del pueblo andaluz*. Sevilla. Ed. Rodríguez Castillejo. 1990.
- ▶ *Un hombre de suerte*. Sevilla. Portada editorial. 1992.
- ▶ *Historia para sobrevivir*. Sevilla. Portada editorial. 1992.
- ▶ *Noria de Horas Pródigas*. Sevilla. Portada editorial. 1992.
- ▶ *Andalucía en cuerpo y sangre. La búsqueda de Dios en la poesía andaluza*. Sevilla. Muñoz Moya y Montraveta. 1993.
- ▶ *Memoria de la emoción: (1962-199. Semana Santa*. Sevilla. Índole. 1993.
- ▶ *El dios del mediodía: fe y creación poética en Andalucía: ensayo y antología*. Madrid. Biblioteca de Autores Cristianos. 1997.

ahí están esas obras que acabamos de comentar y esos autores que, por otra parte, se bastan y se sobran para explicarse solos” (ABC, 10 de marzo de 1972).

Lo cierto es que en esos años aparece en Andalucía —al menos dos autores por provincia, según Antonio Burgos— un conjunto de novelistas con un compromiso común. Un “talante”, según Lanzagorta, que propicia una visión de conjunto sobre su tierra. Un grupo de autores que llega al gran público con estilos propios coincidiendo en un espacio y un tiempo, identificados como andaluces.

Y si desde dentro aparecen dudas sobre su composición o intenciones, la narrativa andaluza es percibida claramente desde fuera: “ha significado un importante impacto para los presupuestos de creación de una mentalidad regional que puede ser de una gran importancia para Andalucía” (*La Vanguardia española*, 29 de julio de 1973).

Al currículum de Lanzagorta en este ámbito habría que añadir numerosas actividades. No hay espacio para la reseña de todas. Por sólo citar algunas, donde su nombre aparece como organizador, coordinador o inspirador, cabe mencionar las siguientes: la Fiesta de la Poesía Andaluza en Córdoba (abril, 1966), los Juegos Florales en Jerez (1970), la Reunión de Poetas Jóvenes en Sevilla (1972), homenajes a Manuel Machado, Azorín, o las conferencias impartidas en esos años en el Centro Español de Nuevas Profesiones, vinculado al andalucista Luis Uruñuela.

Todas estas actuaciones se rigen bajo el denominador común del compromiso social y cultural. No en vano, públicamente, Lanzagorta expresa la necesidad de definir al escritor como persona vinculada con la verdad y con su oficio. Juan de Dios Ruiz Copete lo define con estas palabras: “Combatiendo en aquellos frentes de entonces, pero sin adscribirse a ninguno de ellos en concreto, esto es, como francotirador” (ABC, 14 de octubre de 1970).

Ortiz de Lanzagorta obtiene premios literarios como el Premio de Novela Corta de San Fernando en julio de 1971, el “Juan Sebastián Elcano” del Instituto Social de la Marina de Cádiz en 1975, al año siguiente el “Florentino Pérez-Embid” de poesía de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, o el Ciudad de Sevilla de 1981, entre otros.



Dos de las hijas de Ortiz de Lanzagorta portaron la bandera andaluza de Blas Infante el 4 de diciembre de 1977 en Sevilla.

EL CONGRESO. La culminación de ese trabajo por la identidad andaluza, desde la narrativa, culmina cuando Ortiz de Lanzagor-

ta y Ortiz Nuevo tuvieron la idea inicial del Primer Congreso de Cultura Andaluza. Así lo reconoce Emilio Pérez, presidente del Club GORCA (Grupo Organizador de Reuniones Culturales y Artísticas): “entrevieron la posibilidad de reunir a todas las personas o grupos de Andalucía para estudiar las peculiaridades y problemática de ésta” (ABC de 30 noviembre de 1977). Esta propuesta cuaja porque la asume en 1976 el Club GORCA, muy próximo a los argumentos andalucistas, nacido en Sevilla diez años antes. Según el folleto publicado por la unión de las editoriales Aljibe, Astigitana, Cooperativa de Autores Andaluces y Demófilo, donde se recogen las gestiones previas, en noviembre de 1977 se constituye en Ronda ya una comisión promotora.

El evento comienza con un acto multitudinario —“Asamblea General Constituyente”— en la Mezquita de Córdoba, celebrado hace 40 años, el 2 de abril de 1978, con la asistencia de cinco mil personas, donde Antonio Gala y Emilio Pérez Ruiz pronunciaron sus conocidos discursos. A partir de ese año, se celebran un buen número de actos de todo tipo, tanto en Andalucía como en Cataluña. En 1981 esta iniciativa fenece debido a la escasa participación y a problemas de financiación.

LANZAGORTA PERIODISTA. La segunda faceta de Ortiz de Lanzagorta es su actividad periodística. En este caso, sus inter-

Sus intervenciones en los medios de comunicación se centran tanto en la difusión de sus opiniones acerca de la situación de Andalucía, como en dar a conocer sus investigaciones sobre literatura andaluza

venciones en los medios de comunicación se centran tanto en la difusión de sus opiniones acerca de la situación de la Andalucía del momento, como en dar a conocer sus investigaciones y aportaciones a la literatura andaluza.

Concretamente, como colaborador de *El Correo de Andalucía* y de la mano de José María Javierre, a los inicios de los setenta, destaca como editorialista y columnista sobre temas ciudadanos diversos, además de dirigir las páginas literarias del diario.

El otro referente periodístico es ABC de Sevilla. En este caso, se hace cargo, a partir de diciembre de 1976, de una sección literaria bajo el nombre de “Ideal Andaluz” y el apartado “ABC promueve la convivencia”.

Ortiz de Lanzagorta también publica un conjunto de artículos en la prensa del tardofranquismo y la Transición, enfocados a propagar sus estudios históricos sobre Blas Infante, especialmente el papel de los símbolos. Para ello participa en las revistas *Andalucía Libre*, *Tierras del Sur* y *Nueva Andalucía*, publicaciones pertenecientes o próximas al andalucismo del Partido Socialista Andaluz-Partido Andaluz o Partido Andalucista. En la primera, *Andalucía Libre*, forma parte del consejo de redacción desde julio hasta noviembre de 1978, donde publica un artículo sobre “los últimos días de Blas Infante” basado en los testimonios de Luisa, una de las hijas de Infante, a doble página junto a Juan Antonio Lacomba.

También se refieren al andalucismo histórico sus aportaciones en *Nueva Andalucía* (1976-1984) y en el semanario *Tierras del Sur* (1976-

1979), impreso en los talleres de *El Correo de Andalucía*.

Por último, hay que reseñar un esporádico intento de creación de una revista literaria: *Arlequín*. Fruto de su intento por dar a conocer el devenir de la narrativa andaluza crea esta publicación de la que solo consigue editar un número.

Pero su faceta de periodista no solo la desempeña en los medios escritos. En Radio Sevilla de la Cadena SER inicia en 1972 una tertulia denominada “los viernes literarios”. Un programa que pretende dar voz a los escritores andaluces que por esos años publican sus obras como “narraluces”. Igualmente, en 1994 colabora en Radio Triana de Onda Cero local.

También como periodista Lanzagorta consigue algunas distinciones. Por ejemplo, en 1968 obtiene el Premio Diputación de Sevilla con un artículo titulado “Altas torres en el corazón de Tartessos” y el Premio Andalucía de Periodismo de 1977 otorgado por el Ateneo de Málaga, junto a Manuel Ruiz Lagos.

ANDALUCISMO HISTÓRICO. El tercer ámbito relevante en la biografía de Ortiz de Lanzagorta es el andalucismo histórico. Durante la década de los setenta, se forja una estrecha colaboración entre los supervivientes de la Junta Liberalista, los del georgismo republicano, la familia de Blas Infante y un círculo de personas muy allegadas.

Junto a ellos, se fragua un grupo de intelectuales, docentes en su mayoría, interesados por descubrir una etapa inédita de la Historia. Los andaluces de ese momento desconocen las acciones políticas del líder andalucista, su obra, la existencia de unos símbolos propios o los hechos más destacados para conseguir un Estatuto de Autonomía en la Segunda República, en paralelo con vascos, catalanes y gallegos. Aunque también es necesario un análisis, síntesis de sus trayectorias y trabajos, este colectivo se compone, por orden alfabético, y a riesgo de olvidar a unos y/o incluir a intrusos— al menos por Enrique Iniesta Coullaut-Valera, Juan Antonio Lacomba Avellán, Manuel Ruiz Lagos, José María de los Santos, y el protagonista de este artículo, José Luis Ortiz de Lanzagorta.

Estos precursores del estudio del andalucismo histórico inician una labor investigadora y divulgativa con los muy escasos recursos del momento, con pocos apoyos desde las instituciones oficiales y académicas, especialmente las universitarias. Cuentan en muchos casos tan solo con testimonios de personas que a duras penas intentan revivir y recordar lo acontecido cuarenta años antes y, además, apremiados con la necesidad urgente de dar a conocer al político de Casares y demostrar así un pasado autonomista/regionalista/nacionalista andaluz. Este trabajo culmina con la constitución de la Fundación Blas Infante en enero de 1983, bajo la presidencia de María de los Ángeles Infante, donde ingresa como socio fundador.

Según escribe el periodista de ABC Félix Machuca, el 28 de febrero de 2015, Lanzagorta ya inicia sus contactos con la familia de Infante en 1976, cuando una de las hijas del andalucista —Luisa— le cede el original de la partitura del himno conservado en la casa de Coria. Enrique García relata así un primer acto en ese año: “José Luis Ortiz de Lanzagorta (...) muestra físicamente a los universitarios la bandera con el escudo, que por cierto le ha costado no poco trabajo encontrar, y enchufa un magnetofón Uher de carrete para que suene el himno de Andalucía. Es una grabación que ha realizado en casa del pianista flamenco José Romero, a quien le ha llevado una fotocopia de la

narrativa andaluza: doce diálogos de urgencia j.l.ortiz de lanzagorta



partitura que conserva Luisa Infante en Coria. El ciclo se cierra con un acto de homenaje a Blas Infante. Ante un centenar escaso de estudiantes”, Antonio Burgos afirma que es el primer acto público desde la Guerra Civil que se celebra en recuerdo y reconocimiento a la figura de Infante. Su hija María de los Ángeles lee el manifiesto “a todos los andaluces” y su emoción al leer los últimos párrafos asalta a los asistentes que aplauden puestos en pie.

El diario ABC reseña otro homenaje a Blas Infante el 31 de julio de 1976 del partido Reforma Social Española, donde participan “dos hijas” del líder andaluz y Pedro Ruiz Berdejo Gutiérrez. Ortiz de Lanzagorta hace un relato del Andalucismo Histórico, junto a la lectura de su sentencia de muerte. Y por último, Lanzagorta también interviene en una sesión “privada” el 15 de marzo de 1977 en la sede sevillana de la Asociación Nacional de Universitarios Españoles (ANUE), donde José Romero interpreta y analiza los aspectos técnicos del himno.

Ese año, el de las manifestaciones del 4 de diciembre, José Luis publica dos estudios: uno sobre los símbolos de Andalucía y un capítulo de un libro de la conocida editorial barcelonesa La Gaya Ciencia,

donde realiza una biografía del “regionalista” Infante. A partir de ese momento, se convierte en referente como uno de los biógrafos del político malagueño, de las que destacan la obra colectiva *El siglo de Blas Infante. 1883-1981. Alegato frente a una ocultación* y la varias veces reeditada *Blas Infante. Vida y muerte de un hombre andaluz*.

Como anécdota por la cual se valora el papel desempeñado hasta ese momento por Lanzagorta, hay que citar la designación de sus dos hijas para portar la bandera andaluza de Blas Infante el 4 de diciembre de 1977 en Sevilla.

Utilizando su faceta como articulista en la prensa andaluza, José Luis escribe numerosas colaboraciones desde donde realiza una difusión de los hitos del andalucismo histórico de los que es especialista: la biografía de Infante, la Constitución andaluza de Antequera de 1883 y los símbolos andaluces y su origen.

Por ejemplo, cabe reseñar su artículo del 11 de febrero de 1977 en ABC donde defiende con argumentos historiográficos la composición de la bandera andaluza, ante las dudas surgidas en la Corporación municipal sevillana ante la propuesta de su izado en los balcones del Ayuntamiento. Así, la leyenda sobre su origen en al-Andalus, la acción de la comuna de mujeres en Casares del XIX o la Asamblea de Ronda de 1918 aparecen en ese diario con el ánimo de extender su conocimiento entre los andaluces y, en esta ocasión, entre sus políticos.

Con la difusión de estos hechos por medio de libros y prensa, Lanzagorta pretende enseñar también su validez, su importancia para la Andalucía de los años setenta y ochenta. Si se consulta “*La Constitución de Andalucía de 1883*”, aparece un capítulo sobre su “vigencia”, o la sección de ABC titulada “Ideal Andaluz” que también tiene esa finalidad.

Esos artículos también demuestran la interpretación de Lanzagorta del andalucismo y de su historia, desde una perspectiva de carácter regionalista/autonomista, frente a las opciones nacionalistas. Sostiene en ABC en julio de 1977: “Andalucía

entra ahora en un proceso crítico importante. Se aproxima la hora de medir fuerzas, de expresar modelos de valor, de verifi-

La culminación de ese trabajo por la identidad andaluza desde la narrativa llega cuando Ortiz de Lanzagorta y Ortiz Nuevo tienen la idea inicial del Primer Congreso de Cultura Andaluza



car honradamente el alcance real de una conciencia colectiva andaluza (...) Y en este proceso de identificación regional, no

pueden ser solamente los políticos que alcanzaron sus metas electorales, o aquellos otros que todavía pretenderán alcanzarlas en un futuro (...) Habrá que crear, si no existe, una opinión pública; habrá que contrastar medios y técnicas de información y comunicación (...) Habrá que canalizar esfuerzos culturales y educativos masivos y libres (...) Hora es ya de actuar sin reticencias y escribir la palabra exigente que nuestra identidad cultural necesita" (ABC, 3 de julio de 1977).

Lanzagorta reivindica el papel de Andalucía ante los nacionalismos vasco y catalán. Instiga a los políticos andaluces desde la prensa para reclamar igual trato. Para él, los políticos del momento buscan dejar Andalucía en el mismo sitio de siempre: "la cola", y luego responsabilizar al pueblo: falta de conciencia histórica, incomprensiones, estrategias, coyunturas ... Y como admirador del pensamiento de Infante también demanda la autonomía municipal, donde la sociedad civil desarrolla un papel muy relevante: "todo menos el definitivo estancamiento de las ciudades", escribe en marzo de 1977.

Este enfoque no le impide suscribir el 27 febrero de 1979 la denominada "Carta al pueblo andaluz" donde junto a "andaluces del arte y la cultura que proclamamos con nuestro trabajo la universal energía de lo andaluz, queremos dar ahora una palabra de honor andalucista", manifiesta su apoyo al Partido Socialista de Andalucía-Par-

José Luis Ortiz de Lanzagorta reivindica el papel de Andalucía ante los nacionalismos vasco y catalán. Instiga a los políticos andaluces desde la prensa para reclamar igual trato

tido Andaluz (PSA-PA), de Alejandro Rojas Marcos. Firmas tales como Paco de Lucía, Enrique Morente, Antonio Burgos, Carlos Cano, Calixto Sánchez, Antonio Ramos Espejo, Emilio Lemos, José María de los Santos, Blas Infante (hijo) y treinta más, le acompañan.

Sus investigaciones las compagina con charlas, conferencias, presentaciones de libros y actos de diversa índole dirigidos al "gran público". Son innumerables las actividades donde diserta, debate y enseña el andalucismo histórico.

Pero estos tres ámbitos no pueden entenderse sin un eje transversal, un denominador común: su formación y dedicación católica. Definido como un "hombre de fe", su implicación con la Iglesia real, la del trabajo social y comunitario por medio de la acción pastoral en la Archidiócesis de Sevilla es notoria. José Luis se encuentra al frente del Boletín Oficial Eclesiástico, el cual lo transforma en un medio de comunicación real con los feligreses; imparte cursillos prematrimoniales y trabaja por la integración de la juventud. Gracias a la estrecha relación con José María Javierre, Lanzagorta ocupa un puesto relevante para la transformación de la Iglesia sevillana a los nuevos tiempos democráticos.

Un día después de su fallecimiento, Carlos Muñoz Romero describe a José Luis con estos epítetos: "apasionado andaluz", "sevillano cabal", "cristiano comprometido con su fe". Más adelante, José María

muchos, le dedican en la prensa hispalense un merecido recuerdo. Con posterioridad, en mayo de 2000, la Fundación Blas Infante le realiza un homenaje como "autor de la primera biografía del Padre de la Patria Andaluza".

Una vez resumida en unas pocas palabras la trayectoria de este periodista, literato, docente y andaluz de conciencia, es difícil dudar de su relevancia entre los intelectuales que trajeron y afianzaron el sistema democrático en Andalucía con la reivindicación cultural. José Luis Sánchez Ortiz de Lanzagorta es un ejemplo de que la Transición no es un tiempo que trae un sistema político otorgado o tutelado desde las élites políticas dirigentes. La Constitución de 1978 y su desarrollo posterior no se entienden sin la necesaria labor de personas como José Luis, quienes ayudaron con su acción pedagógica, divulgativa, investigadora, con sus grandes logros, errores y obstáculos a cimentar y cohesionar unas nuevas mentalidades mucho más abiertas, democráticas, participativas, tolerantes, demandantes de libertad para el país. ■

Queremos agradecer los valiosos testimonios aportados a este artículo por la viuda de José Luis Sánchez Ortiz de Lanzagorta, Loli Candón Arroita, y sus dos hijas, Amaña y Lola.

Aguilar, José Asenjo Sedano, Manuel Barrios, Antonio Burgos, Ricardo Ríos, Francisco Robles, entre otros

Cabeza de Vaca, el Ulises que regresó de ultramar

El primer europeo en escribir una crónica sobre EEUU

EVA DÍAZ PÉREZ

ESCRITORA Y PERIODISTA

El explorador jerezano Álvar Núñez Cabeza de Vaca fue uno de los miembros de la fracasada expedición que exploró la Florida y el norte de México. Escribió la crónica titulada “Naufragios” que se considera la primera descripción que un europeo hace de las tierras que hoy forman parte de los Estados Unidos.

En estas manos agrietadas, de color oscuro como si siempre estuvieran llenas de polvo, ve las líneas de sus viajes inciertos. Álvar Núñez Cabeza de Vaca observa las marcas de sus manos, las grietas o quizás las arrugas de la vida, aunque en realidad le parece estar mirando un mapa. Esta línea semejante a un surco en la carne que parte de su dedo índice y alcanza la muñeca le recuerda aquella peligrosa travesía que ahora está enredada en las desordenadas cronologías de su memoria. La memoria es un dolor y es un gozo. Se suceden paisajes hermosos, la furia de las tormentas, el hambre como un agujero en el vientre, la soledad, el desengaño de las deserciones, el pavor a la muerte, el asombro al descubrir el olor de aquel río lejanísimo o el sabor del maíz tostado. Cuántos meses alimentándose de maíz tostado. Maíz que le crujía en el alma y que aún parece impregnar el olor de su piel.

Está enfermo. Al caer el sol siente unas fiebres que le atontan y que le hacen vagar por su memoria como un sonámbulo. En este retiro conventual Núñez de Vaca quiere recordar algunos pasajes de su vida. Y, aunque la fiebre y este mal que no tiene nombre le encaminan hacia el final, se siente refugiado en la piel que arde, como si fuera una chimenea junto a la que recostarse para huir del frío de la intemperie.

Cuántos fríos pasados en ultramar. Cuánto calor de soles negros en los caminos. Sabe Álvar Núñez Cabeza de Vaca que estamos en mayo, pero a él no le llega el olor de las flores. Tampoco las ve en el jardín del monasterio porque ha perdido la vista. Tantos años desentrañando los horizontes han herido sus ojos de salitre, viento y excesos de luz. El explorador, el conquistador, el viajero, el hombre que puso nombre a tantas tierras es ahora un viejo ciego y dolorido. Es como si los años fueran un tonelaje con el que ya no puede navegar. Y sabe

que está cercano su último naufragio. El hundimiento definitivo de la galera en la que viaja.

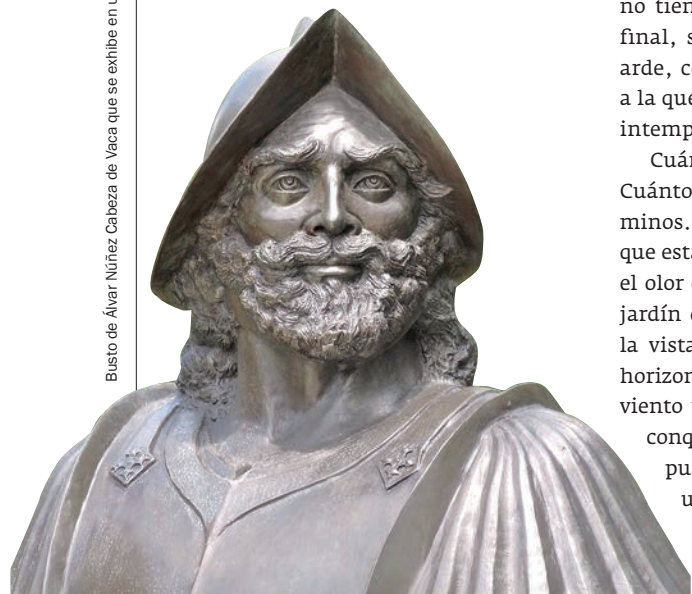
Pero a veces le asalta el destello de la felicidad. Surgen escenas del pasado que le traen la alegría de los días. De esos instantes de dicha que componen la brevísima galería de su fortuna. Por ejemplo, ahora le llega el fogonazo luminoso de la niñez: los juegos de batallas en las calles de Jerez, el azul del mar de la Bahía de Cádiz, el olor de su madre, el mapa viejo que guardaba en su aposento y que guiaba sus sueños de niño. Siempre pensó que llevaba dibujado un mapa en sus manos. Miraba asombrado las rutas que había de observar para no perderse en la furia de los océanos, guiándose en la oscuridad de la travesía rodeado por la nada. Por eso, ahora se observa las manos llenas de líneas que parecen efectivamente un complicado mapa donde los lugares se confunden. Las manos del viajero que ha incorporado los itinerarios de la vida en su piel como si los hubiera anotado para no olvidarlos.

CUATRO SUPERVIVIENTES. Nuestra herramienta virtual de *Google Time* nos permite adentrarnos en el recuerdo de este hombre. Caminamos por un pasado lejano, lleno de brumas que se enredan en los pies del viajero. Atravesamos su memoria, cruzamos sus sueños y llegamos por fin a uno de esos momentos de felicidad. Estamos en el día en el que partió de Sanlúcar de Barrameda la expedición gobernada por Pánfilo de Narváez para conquistar y gobernar las provincias desde el río de las Palmas hasta el cabo de la Florida. Era el 17 de junio de 1527. El alférez Álvar Núñez Cabeza de Vaca era tesorero y alguacil mayor.

Pánfilo de Narváez arrastraba una historia de hazañas y de tragedia. En el Nuevo Mundo había visto cosas terribles. Si pulsáramos en el icono de nuestro *Google Time* que nos lleva aún más atrás en el tiempo, asistiríamos a espeluznantes momentos,

AH
JULIO
2018
88

Busto de Álvar Núñez Cabeza de Vaca que se exhibe en un parque de Houston (Texas).





Henricus Hondius. *Nova Totius Terrarum Orbis Geographica Ac Hydrographica Tabula*. Amsterdam, 1663.

como ese que se esconde en la memoria de Narváez y que siempre espanta en sus pesadillas. Aún puede recordar el hedor de los huesos

hervidos de algunos compañeros sacrificados en rituales mexicas. Y también cómo quedó tuerto por la lanza de un soldado de Hernán Cortés con el que mantuvo un enfrentamiento en Nueva España. Pánfilo de Narváez prefiere no recordarlo. También ha hecho cosas atroces como la matanza de Caonao en el Caribe donde masacró a indígenas que habían acudido a recibir a la expedición de españoles. Con ese bagaje de horrores que Pánfilo de Narváez lleva en su memoria parten los cinco navíos aquella mañana de junio. La tripulación la componen seiscientos hombres.

SOLO SOBREVIVIRÁN CUATRO. Álvar Núñez se estremece. Él fue uno de ellos. ¿Por qué no murió? ¿Con qué fortuna lo eligió el destino para no perecer en las múltiples ocasiones en que la muerte se cruzó con la expedición que debía llegar a las tierras de Florida? ¿Es que quiso Dios salvarlo porque le aguardaba alguna misión? Repa-

17 de junio de 1527, día en el que partió de Sanlúcar de Barrameda la expedición gobernada por Pánfilo de Narváez para conquistar las provincias desde el río de las Palmas hasta el cabo de la Florida

sa las glorias de su vida y no ve nada digno. ¿Por qué entonces es el superviviente de tantos infiernos? Piensa, rastrea en sus recuerdos. Quizás es que fue el primer cristiano que vio aquellas cascadas de hermoso vértigo para llamarlas Saltos de Santa María. Esas mismas que muchos años después de su muerte se denominarían cataratas del Iguazú. Él fue el primer europeo que, buscando el curso del río Paraguay, halló este portentoso milagro de la naturaleza. Iguazú era el nombre que le daban los indígenas en su lengua, el guaraní: 'Iguazú', 'I' por agua y 'Guazú' por grande.

Y sigue preguntándose si de verdad hubo algo digno y grande para que Dios lo eligiera. Siente Álvar Núñez que en la expedición a las tierras de la Florida no hubo hazaña sino fracaso, porque todo salió mal. Pero piensa que tal vez hubo algo memorable en aquella epopeya que duró diez años, como si él hubiera sido un Ulises que no encontrara su casa, perdido por selvas,

bahías, temporales, desiertos y montañas infinitas. Sí, nuestra herramienta virtual señala un hipervínculo que podríamos

clickear para descubrir una explicación más extensa sobre los hitos de aquella travesía tan peligrosa y llena de azares.

NAUFRAGIOS. Descubrimos el icono de un libro. Cliqueamos y entramos. La herramienta pasa las páginas virtuales y creemos que huelen a mar y a sangre. El libro se imprimió en Zamora en el año de 1542 y Álvar Núñez Cabeza de Vaca lo escribió para que no se olvidara la historia de esta trágica expedición, este viaje desgraciado, estas Indias sin Dorados. *Naufragios* es el título que dio el viajero a sus itinerarios por los avernos de ultramar. Al pasar las páginas sentimos un mareo y un dolor en las vísceras, un pavor a los horizontes, al silencio de las selvas, a la negrura de un mar por el que navegamos perdidos sin astrolabios ni almanaques lunares.

Álvar Núñez escribió esta relación para que no se olvidara la gran tragedia vivida por los miembros de la expedición. Es una



Adelantado del Río de la Plata

■ La expedición a las tierras de la Florida fue un fracaso, pero el explorador Álvar Núñez Cabeza de Vaca, quizás por su prestigio de superviviente, consiguió del emperador Carlos V un cargo importante en la gobernación de las Indias. Así regresó al Nuevo Mundo en un nuevo viaje esta vez como adelantado, gobernador y capitán general del Río de la Plata. La suya no fue una historia sencilla. Cabeza de Vaca quiso cambiar algunas costumbres ya implantadas por los españoles y en venganza fue acusado por supuestos abusos de poder. Fue desterrado a Orán, pero también logró regresar. Como hizo con su crónica *Naufragios*, quiso explicar lo que había ocurrido realmente y no dudó en recurrir la sentencia. El pleito duró toda la vida. No le importó. Se trataba otra vez de restablecer su honor, para la posteridad o, simplemente, con él mismo.

La relacion y comentarios del gouernador Aluar nuñez cabeça de vaca de lo acaescido en las dos jornadas que hizo a las Indias.
Impreso en Valladolid en 1555.

crónica en la que también explica el fracaso al emperador Carlos V, pero narrándolo como unas memorias que transforman un desolado viaje en un itinerario épico, una nueva victoria española que Cabeza de Vaca tributaba al emperador. Recordaba con la pátina de una hazaña lo que había sido una derrota. Aunque también era una estrategia de la memoria para rescatar a todos aquellos fantasmas que quedaron olvidados en las lejanísimas tierras del Nuevo Mundo.

Esta tristísima expedición sin conquistas ni riquezas... El viajero recuerda ahora en esta soledad de hombre viejo que hasta la partida estuvo llena de malos augurios. Una mora del pueblo pacense de Hornachos había predicho que todos morirían. Piensa Cabeza de Vaca en sus compañeros

supervivientes: Alonso del Castillo Maldonado, Andrés Dorantes y Estebanico, “negro alárabe, natural de Azamor” del que nuestro *Google Time* nos aclara con su ayuda enciclopédica que probablemente fue la primera persona nacida en África que llegó a lo que hoy son los Estados Unidos.

Penetremos pues en las páginas de estos *Naufragios* en los que se relata cómo los españoles recorrieron hasta 8.000 kilómetros, se convirtieron en esclavos, en curanderos y anduvieron desnudos y sin ver a “otros cristianos” durante años. Esta expedición en la que exploraron la Florida y el suroeste de Estados Unidos y el norte de México demuestra las audacias de aquellos conquistadores. Una empresa mítica que, sin embargo, Álvar Núñez resumió así en su crónica: “De cuantas armadas a aque-

llas tierras han ido ninguna se viese en tan grandes peligros ni tuviese tan miserable y desastrado fin”.

¿Qué les ocurrió? Activemos *Google Time* para seguir los pasos de la expedición. Llevamos muchos días de travesía desde que partieron de Sanlúcar de Barrameda. Hay cierto desencanto y hastío entre la tripulación. Quizás porque siguen asaltando malos presagios en los amaneceres, en el dibujo que hacen las olas, en los vientos que huelen a muerte. En el océano son víctimas de huracanes y tormentas y al llegar a Santo Domingo desertan hasta ciento cuarenta hombres.

Pero la expedición continúa hasta llegar a la actual bahía de Port Charlotte. Nuestra herramienta virtual nos informa que aquel lugar estaba habitado por los in-



Escudo de armas de
Álvar Núñez Cabeza de Vaca.

dios calusas y añade un dato inquietante: son los que solo unos años antes habían matado con una flecha envenenada al explorador Ponce de León, descubridor de la Florida.

Agotados, hambrientos y devastados navegan treinta días hasta alcanzar la desembocadura del río del Espíritu Santo. En el margen derecho de nuestro Google Time apreciamos un mapa actual que nos revela que ese lugar es el río Misisipi. Hoy no existe certeza de que esta expedición fuera la primera en descubrir la desembocadura del Misisipi, pues quizás este mérito debe atribuirse a Alonso Álvarez de Pineda. La sensación que nos queda es que todas estas crónicas de viajeros españoles han quedado olvidadas como si nunca hubieran existido. ¿Quién recuerda esas epopeyas?

Pero continuemos acompañando a los viajeros. Sentimos un fortísimo viento y corrientes traicioneras que hacen que las embarcaciones se separen. El barco de Cabeza de Vaca navega solitario hasta que termina en la isla de Galveston, que curiosamente nuestro viajero bautizará como isla Malhado (isla de la Mala Suerte). No saben dónde está el navío en el que viaja Pánfilo de Narváez. ¿Qué fue de él? Este mapa de la memoria virtual nos permite descubrir el terrible destino del conquistador tuerto: los peces devoran su cuerpo que flota al capricho de las mareas.

HAMBRE Y MIEDO. Además del pavor a lo inhóspito de los paisajes tienen miedo a los indios que habitan en la costa. Saben que viajan por territorios que no han pisado los europeos. Nadie conoce su lengua y la de los indígenas les parece incomprendible. En la provincia de Apalache “íbamos mudos y sin lengua, por donde mal nos podíamos entender con los indios, ni saber lo que de la tierra queríamos, y que entrábamos por tierra de que ninguna relación teníamos, ni sabíamos de qué suerte era, ni lo que en ella había, ni de qué gente estaba poblada, ni a qué parte de ella estábamos”, escribirá Cabeza de Vaca en su crónica.

En esa crónica escrita años después el viajero intentó narrar uno de los mayores sufrimientos de los viajeros: el hambre. “Con poca dificultad nos podían contar los huesos, estábamos hechos propia figura

de la muerte. De mí sé decir que desde el mes de mayo pasado yo no había comido otra cosa sino maíz tostado”. Ese maíz que sin saber por qué seguirá impregnando la piel de Cabeza de Vaca toda la vida. Maíz tostado crujiéndole el alma.

La relación de Cabeza de Vaca es un relato de angustia, pero también asombra porque en ocasiones el explorador andaluz proyecta los recuerdos de su tierra. Sobre la tierra de Apalache cree ver espejismos, quizás un reflejo de algunos paisajes de su añorada España como cuando describe que hay «nogales y laureles, y otros que se llaman liquidámbares, cedros, sabinas y encinas y pinos y robles, palmitos bajos, de la manera de Castilla». O el detalle curioso que le asalta cuando ve que las casas «están tan esparcidas por el campo, de la manera que están las de los Gelves». Y tiene la sensación de estar contemplando una España pero vuelta del revés, una España semejante aunque con detalles ligeramente distintos, desordenados, llenos de extrañeza.

En las páginas de *Naufragios* sentimos el miedo de los expedicionarios. Caminamos junto a ellos y a veces oímos un silbido de muerte. “Cuantos indios vimos desde la Florida aquí todos son flecheros; y como son tan crecidos de cuerpo y andan desnudos, desde lejos parecen gigantes”. ¿Quiénes tendrían más miedo, los indios o los viajeros españoles?

Un episodio inesperado de la crónica de Cabeza de Vaca sucede cuando se convierte en curandero de los indios a los que sana santiguándolos. Creían que eran hijos del Sol. Pero una vez, el viajero llegó a más: sacó una flecha cerca del corazón a un indio. Luego le cosió la piel con un hueso de venado y raspó con un cuero para estancar la sangre.

También entre los indios había leyendas anteriores. Relatos inquietantes y ex-

traños como el que contaron a Cabeza de Vaca acerca del hombre que se llamaba Mala Cosa, “pequeño de cuerpo y con barbas” que había recorrido aquellas tierras y que tomando a un indio le dio tres cuchilladas, le sacó las tripas, cortó un trozo de intestino y lo echó al fuego para después ponerle las manos y sanarlo. Los indios decían que cuando preguntaron a aquel extraño brujo de dónde venía “mostró una hendidura de la tierra, y dijo que su casa era allá debajo”.

Cabeza de Vaca siempre sospechó que el infierno era un volcán que estaba a poca profundidad de aquellas tierras inhóspitas. Algunas veces soñaba que mientras caminaba se abría un agujero en el suelo y el caía a un lago en ebullición y allí hervía muy lentamente pensando en qué tripas terminaría su pobre carne de cristiano perdido.

Pero ese infierno terminó un día que se encuentra entre los pocos días afortunados de su vida: el 9 de agosto de 1537. Es el día en el que Cabeza de Vaca regresa a Europa, al puerto de Lisboa. Al llegar a ese recuerdo, su memoria de hombre viejo y dolorido siente una inmensa felicidad. La fiebre lo deja casi dormido. Se siente bien, refugiado en ese recuerdo. Le parece estar aspirando el olor de Lisboa, las casas viejas, el olor del pan, la gente que huele a aceite, la ropa soleándose, la peste de las curtidurías, el sudor de las bestias. Está en casa. Ahora puede dormir todo lo que quiera su desvencijado cuerpo. ■

Más información:

■ Caba, Rubén y Gómez-Lucena, Eloísa

La odisea de Cabeza de Vaca. Tras los pasos de Álvaro Núñez por tierras americanas.

Edhasa, Madrid, 2008.

■ Díaz del Castillo, Bernal

Historia verdadera de la conquista de la Nueva España.

Galaxia Gutenberg, Madrid, 2011.

■ Núñez Cabeza de Vaca

Naufragios y comentarios.

Espasa, Madrid, 2005.

Humos y sangre: Riotinto 1877

ANTONIO ESCUDERO

UNIVERSIDAD DE ALICANTE

EDITADO en francés en 2017 por la Casa de Velázquez, la Universidad de Alicante acaba de publicar la versión en castellano de la última obra de Gérard Chastagnaret, traducida por María Ángeles Casado con el título de *Humos y sangre. Protesta en la cuenca de las piritas y masacre en Riotinto*. Chastagnaret, hispanista conocido por su contribución a la historia de la minería española, es catedrático emérito de la universidad de Aix—Marsella y ha aprovechado sus primeros años de jubilado para escribir un libro cuya finalidad es ahondar en lo que sucedió en Riotinto el 4 de febrero de 1888 y contribuir con ello a grabar en la memoria colectiva un hecho que su autor describe así: “Un ejército nacional disparó sobre una multitud desarmada para favorecer los intereses de una compañía extranjera, con un resultado de más de 200 muertos, la mayor masacre de obreros en Europa fuera de los períodos de grandes revueltas”.

El libro posee muchas virtudes, pero me limito a señalar tres. Se trata de una obra basada en una rica e inédita documentación obtenida en archivos de Madrid (Ministerio de la Gobernación, Archivo Histórico Nacional, Congreso de los Diputados); en los archivos de la Fundación Río Tinto y en los archivos municipales de Zalamea, Calañas y Alosno. Ese lento y costoso ejercicio de historia de archivo da al libro una profundidad y rigurosidad que no posee la rápida y cómoda historia de despacho que practican algunos colegas. Finalmente, el texto no peca de positivista porque su autor relata hechos que luego analiza insertándolos en lo que fue la España de la Restauración.

En la primera parte del libro, Chastagnaret estudia el origen

del problema. Las calcinaciones comenzaron en la década de 1830, cuando las minas eran explotadas por el Estado y causaron alguna tímida oposición. Sin embargo, fue la explotación a gran escala de las piritas por la Tharsis y la Río Tinto mediante ese método de cementación artificial lo que originó las protestas, primero en Alosno y después en otros municipios. El problema llegó a Madrid en 1877. El ministro de la Gobernación Francisco Romero Robledo —político que mantenía estrechos lazos con los caciques rurales andaluces y que terminó apoyando a la Liga anti-humos unos años más tarde—, encargó un informe a una comisión formada por ingenieros de minas. La comisión propuso tres medidas: adquisición de terrenos por las empresas mineras para instalar teleras; indemnizaciones a los propietarios de las zonas afectadas por los humos y establecimiento de un tope a la cantidad de piritas calcinadas. Las dos primeras fueron aceptadas por las empresas mineras, pero no la tercera, a la que se opusieron utilizando una poderosa red de influencias. También se opuso a la medida el cuerpo de minas, integrado en su mayoría por ingenieros de ideología liberal que creían que el tope a las calcinaciones vulneraba el artículo 22 de la ley minera de 1868, artículo que autorizaba a explotar las minas sin sujeción a prescripciones técnicas.

Así pues, el conflicto entre agricultura y minería se había resuelto a favor de esta y en 1880 un decreto declaró de interés público las calcinaciones. Ello provocó una reacción de los grandes propietarios rurales de la comarca, que comenzaron a organizar un movimiento contra los humos atrayendo a pequeños propietarios y arrendatarios. Una comisión se desplazó a Madrid y alegó que la minería era una actividad efímera y la agricultura no; que resul-



Chastagnaret, Gérard
Humos y sangre. Protesta en la cuenca de las piritas y masacre en Riotinto. Traducción de María Ángeles Casado. Publicacions Universitat d'Alacant. 2018. 460 pp., 20 €

taba imposible indemnizar a todos los pueblos dada la dimensión que habían alcanzado las calcinaciones y que afectaban no solo a la riqueza agropecuaria, sino a la salud pública. La llegada al poder de los liberales de Sagasta en 1881 frenó esas reivindicaciones y, pese a que los precios del cobre se habían hundido desde 1877, las empresas mineras aumentaron las calcinaciones durante la década de 1880, ya que los costes de la cementación artificial eran tan bajos que aseguraban beneficios.

En la segunda parte del libro se analizan los hechos que entre 1881 y 1888 prepararon una tragedia protagonizada por cuatro actores: la Liga contra los humos, las empresas mineras, el Estado y el movimiento obrero. Fracasado el intento madrileño, los líderes de la Liga decidieron volver al ámbito local y, acogiéndose a que la ley municipal de 1877 obligaba a los ayuntamientos a velar por la salud pública, plantearon ante ellos la petición de que las calcinaciones se prohibieran porque era posible continuar produciendo cobre mediante la tecnología húmeda, como se hacía en Portugal o en Inglaterra.

Las empresas mineras —especialmente la Río Tinto Company— utilizaron una poderosa red de influencias para defender ante los poderes públicos que no existía tecnología alternativa a las teleras y que los humos no afectaban a la salud, aunque sí a la agricultura, un conflicto de intereses solucionable mediante indemnizaciones. Hablo de una red bien documentada en el libro: bufetes de prestigiosos abogados; ingenieros de minas; Cámara de Comercio de Huelva; prensa local bien retribuida; diputados a sueldo en Madrid y gobernadores y jueces también a sueldo en Huelva; consejeros de la Río Tinto Company de la envergadura de Antonio Cánovas del Castillo; el embajador británico



en Madrid y los ayuntamientos de Riotinto y Nerva, cuyos alcaldes y concejales eran empleados de la empresa. El Partido Conservador de Cánovas y el Liberal de Sagasta continuaron al lado de los intereses de las empresas mineras y sólo el recién creado Partido Liberal Reformista de Romero Robledo y los republicanos dieron su apoyo a las reivindicaciones de la Liga contra los humos.

El cuarto actor de la tragedia fue el movimiento obrero. Entre 1874 y 1888, se habían producido algunos conatos de huelga en la cuenca minera, pero hubo que esperar a la llegada de obreros de ideología federalista, anarquista o socialista —entre ellos, Maximiliano Tornet— para que los trabajadores terminaran apoyando reivindicaciones salariales y de reducción de la jornada laboral a las que se sumó la de que se prohibieran las teleras.

Chastagnaret reconstruye de modo minucioso los hechos que condujeron a la tragedia. El Ayuntamiento de Calañas aprobó prohibir las calcinaciones; el gobernador de Huelva lo desautorizó; presionado por la Liga, el ministro Albareda publicó en diciembre de 1887 una real orden que desautorizaba al gobernador basándose en una decisión del Consejo de Estado; el grupo de presión de la compañía de Río Tinto entró en acción y en enero de 1888, el gobernador civil anuló la decisión del Ayuntamiento de Alosno de suprimir las teleras; presionado por ese lobby, el ministro no desautorizó al gobernador y le ordenó mantener el orden público. Entretanto, el líder de la Liga anti humos Ordóñez Rincón y el líder obrero Maximiliano Tornet habían entrado en contacto y decidieron emplazar a los ayuntamientos de Riotinto y Nerva a sumarse al movimiento. La alianza se selló el 23 de enero después de que el alcalde Zalamea recibiera a una comisión de obreros de las minas.

La tragedia vino precedida por una huelga de los obreros de la Río Tinto iniciada el 1 de febrero. El libro ofrece respuestas verosímiles a dos preguntas: ¿quién dio la orden de disparar?, ¿cuál fue el número de víctimas? La manifestación fue pacífica y en ella participaron unas 12.000 personas venidas de los municipios agrarios y de Riotinto y Nerva que corearon consignas como “¡Viva la agricultura!” “¡Abajo los humos!” y “¡Viva el orden público!” cuando pasaron delante de la Guardia Civil en la entrada de Riotinto. Una comisión de la Liga y otra de los mineros entró en el Ayuntamiento solicitando que se sumara a la petición de suprimir las teleras y mediara

ante la compañía minera para que aceptara las reivindicaciones. Hacia las cuatro de la tarde, llegó al pueblo el gobernador civil acompañado de 120 soldados del regimiento Pavía mandados por un teniente coronel. Tras escuchar a las dos comisiones, el gobernador les dijo que no tomaría ninguna decisión bajo presión y salió al balcón para ordenar a los manifestantes que se disolvieran. Hubo “fuera” y silbidos. “Ya ven señores. No se puede con esta gente”, dijo el gobernador. Unos minutos más tarde, el teniente coronel salió al balcón y ordenó a los manifestantes disolverse amenazando con hacer uso de las armas de no ser obedecido. Acto seguido, la tropa comenzó a disparar.

Estos hechos suficientemente documentados por Chastagnaret desmienten la versión oficial de las autoridades y la de la Compañía de Río Tinto, que justificaron los disparos como legítima defensa. A mayor abundamiento, el libro aporta pruebas contra dos hechos también falseados por los citados informes. El primero es que los tiros fueron consecuencia del instinto defensivo de unos soldados acosados por la multitud. El segundo hecho es el número de muertos. La versión oficial y de la compañía fue que hubo 13. Por el contrario, Chastagnaret demuestra que el número pudo llegar a 200, entre quienes murieron al instante y más tarde como consecuencia de los tiros y de las bayonetas.

La cuarta parte del libro está dedicada a las consecuencias de la tragedia. Hubo una sesión en Cortes donde Romero Robledo denunció con dureza lo ocurrido. La petición de crear una comisión de investigación no prosperó porque 176 diputados votaron en contra y 19 a favor. No hubo dimisiones. El Ejército continuó en la zona. La prensa fue censurada y hubo detenidos entre los manifestantes.

Ahora bien, los hechos habían sido tan graves que el gobierno se vio obligado a ordenar que las calcinaciones cesaran en un plazo de tres años.

En la quinta parte del libro, Chastagnaret estudia cómo la Compañía de Río Tinto logró detener esa orden de 1888. Diputados y periodistas a sueldo iniciaron una campaña en defensa de la industria minera y del empleo. Bufetes de abogados amenazaron con exigir al Estado indemnizaciones millonarias si la orden entraba en vigor ya que las minas de Riotinto no eran una concesión, sino que habían sido compradas por la empresa británica. Contra el criterio de la Junta Nacional de Sanidad y de los médicos de Huelva, la Academia de Medicina certificó que los humos no eran nocivos. Finalmente, poco antes de que se cumpliera el plazo para cerrar las teleras, la Río Tinto despidió a 200 obreros justificando la decisión en la inmediata entrada en vigor del decreto de 1888 y de este modo logró que hubiera en Riotinto manifestaciones a favor de las teleras. El resultado de toda esa presión se plasmó en un decreto de 18 de diciembre de 1890 que derogaba el de 1888. Cánovas del Castillo era entonces presidente del gobierno y Romero Robledo había vuelto a las filas del Partido Conservador.

Las teleras desaparecieron progresivamente entre 1903 y 1907 sustituidas por la cementación natural, un cambio de tecnología debido a razones empresariales de costes y precios. Los costes de las calcinaciones al aire libre se habían encarecido por las indemnizaciones, por las interrupciones en el trabajo como consecuencia de la atmósfera irrespirable y también por los mayores precios del carbón. Por otro lado, las teleras desperdiciaban el azufre cuando sus precios estaban creciendo. ■



Calcinación al aire libre. Ilustración de *El Motín* (16-10-1887).

La cuestión territorial

SALVADOR CRUZ ARTACHO

UNIVERSIDAD DE JAÉN

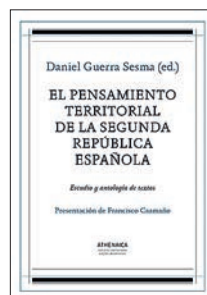
La articulación territorial del Estado constituye, sin lugar a dudas, uno de los problemas centrales en la historia contemporánea española, no resuelto felizmente, tal y como muestra la actual realidad política catalana. La cuestión territorial ha estado muy presente en la dinámica del conflicto político desde los mismos inicios de la contemporaneidad, en ocasiones de manera más o menos latente, en otras emergiendo en primera línea del debate público de la mano de las movilizaciones sociales y las demandas de apertura política y democratización. La Segunda República española constituye un tiempo claro de esto último: movilización social, avance de la democracia y cuestión territorial.

El estudio de contexto y la antología de textos que nos presenta Daniel Guerra Sesma en este libro habría que inscribirlo, y entenderlo, en el tiempo y en el marco de estas coordenadas. Tal y como

plantea Francisco Caamaño en la presentación que abre la obra, “cuando España quiere vivir en democracia siempre se enfrenta a la cuestión de definir el sujeto político”. Esto ocurrió en tiempos de la transición a la democracia tras el final de la dictadura franquista; y esto también había ocurrido antes, cuando se definía la arquitectura político-institucional de la España republicana.

Durante buena parte del siglo XIX la cuestión territorial se había identificado con la defensa de la propuesta federal, vinculada a la tradición republicana decimonónica. Como es obvio, esta asociación llega al debate territorial en tiempos de la Segunda República. Esta última terminó definiéndose como un “estado integral” donde se reconocía explícitamente el derecho al pluralismo autonómico. Ahora bien, ¿“Estado federal” y “Estado autonómico”, aún pareciéndose —como lo hicieron en el pasado y lo hacen hoy—, constituyen fórmulas equivalentes? Francisco Caamaño en la presentación de la obra, y luego el propio Daniel Guerra Sesma en el estudio introductorio lo dejan meridianamente claro: no.

Ambos autores mantienen la tesis que defiende que la fórmula federal constituye el instrumento más adecuado para promover y garantizar la convivencia democrática en el Estado español, antes y hoy. Sin embargo, afirman igualmente que la tozuda realidad histórica ha demostrado que el anhelo federal ha convivido con proyectos constituyentes no federales o, simplemente, antifederales. En este sentido, el periodo constituyente republicano que analiza Daniel Guerra Sesma en las páginas que anteceden a la selección de la antología de textos ofrece un ejemplo más que sintomático de esta confrontación entre anhelo y realidad. El debate constituyente de 1931, y la posición que adoptan



Guerra Sesma, Daniel (ed.)

El pensamiento territorial de la Segunda República española. Estudio y antología de textos
Athenaica, Sevilla,
2016, 510 pp., 25 €

los diferentes agentes políticos presentes en el mismo en torno a la definición federal de la nueva arquitectura del Estado, lo dejaron claro. La necesidad sentida por muchos de ellos de preservar la unidad del proceso constituyente derivó en la conclusión de que la nueva República no iba a ser federal, “todo lo más, iba a reconocer y regular, gradualmente, la autonomía de las regiones”. Las posiciones mantenidas al respecto por el PSOE, por el Partido Radical-Socialista de Marcelino Domingo, por los radicales de Alejandro Lerroux, por Acción Republicana de Manuel Azaña, etc. serán analizadas por el autor en el estudio introductorio. Sólo el Partido Republicano Federal y los anarquistas defendieron en este escenario, bien es verdad que desde posiciones claramente diferenciadas entre sí, la tesis/fórmula federal.

Una vez más el binomio “nacionalismo/federalismo” se cerraba con el fracaso del segundo. En este contexto la prudencia de la voluntad constituyente republicana española chocó con las ansias de las voluntades nacionalistas, especialmente la catalana. A esta última dedica el autor una parte sustantiva de su esfuerzo analítico; también lo hará en torno a la cuestión del nacionalismo vasco, así como planteará algunos apuntes al respecto en relación a los territorios de Galicia y Andalucía.

Dicho lo anterior, hay que señalar igualmente que el grueso de la obra lo constituye la selección de textos. La antología escogida la conforman un total de 20 testimonios, a través de los cuales nos podemos acercar, de primera mano, a las diferentes posturas/posiciones que mantuvieron los actores sociales y políticos respecto a la cuestión territorial. A grandes rasgos, la organización de las lecturas escogidas responde al siguiente esquema: un primer bloque (Posada, Araquistáin, etc.)



La crónica: un género para la interpretación de los tiempos

ANTONIO RAMOS ESPEJO

UNIVERSIDAD DE SEVILLA

donde se recogen planteamientos más o menos generales sobre el debate territorial y la cuestión federal en los albores de la España republicana; un segundo bloque, el más numeroso en aportaciones, que refleja la profundidad y diversidad del debate parlamentario en torno a esta cuestión recogido en el Diario de Sesiones de 1931.

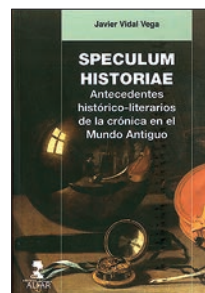
La posición de Jiménez de Asúa, miembro del PSOE y Presidente de la Comisión Parlamentaria encargada de elaborar la Constitución de 1931, las de Alcalá Zamora, Sánchez Román, Ortega y Gasset, Lerroux, Azaña, Ossorio y Gallardo, Franchy Roca, Campalans, etc. reflejarán la complejidad y diversidad de posturas en un debate parlamentario sobre la arquitectura territorial del Estado que tendrá muy presente la problemática catalana. La antología de textos escogidos por el autor se cierra, a mi modo de ver, con un tercer bloque donde, de un lado, se contraponen las posiciones que mantienen en este debate territorial el fascismo (texto de José Antonio Primo de Rivera sobre el nacionalismo imperial español) y el comunismo (texto de Andreu Nín sobre la cuestión nacional y la lucha de clases); de otra parte, se recogen también testimonios/visiones en torno a la cuestión territorial y estatutaria del País Vasco (José Antonio Aguirre e Indalecio Prieto), al nacionalismo gallego (Alfonso Castelao) y al andaluz (Blas Infante).

El volumen cierra sus cerca de 500 páginas con un anexo documental donde se transcribe el Título Primero de la Constitución española de 1931, los Estatutos de Cataluña (proyecto de 1931 y el de 1932), País Vasco (1936) y Galicia (1938), así como la reproducción de alguna jurisprudencia relevante al respecto (Sentencia del Tribunal de Garantías Constitucionales de 8 de junio de 1934 sobre la Ley de Cultivos de Cataluña). ■

Como recuerdan Carlos García Gual y Antonio Guzmán Guerra, "en Grecia y en Roma se han inventado todos —o casi todos— los géneros de nuestra tradición". Sin embargo, en los estudios sobre comunicación no se suele mirar más allá del siglo XVII, momento en el que concurren las circunstancias socioeconómicas que permitirán el nacimiento del periodismo. Bien es cierto que en el caso de la crónica periodística sus más inmediatos precedentes hay que buscarlos en la *chronique* francesa, nuestros cuadros de costumbres y el modernismo literario, pero no podemos despreciar el extenso legado de textos (épicos, líricos y dramáticos) que confluyen en la configuración de la crónica actual.

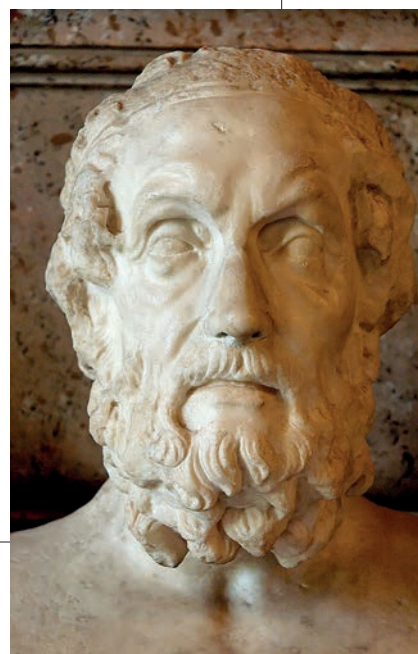
Hablamos de un tipo de texto que el periodismo adaptó a sus necesidades expresivas y que ha permitido —sigue permitiendo— a los historiadores reconstruir la historia de la humanidad. Por ello *Speculum Historiae. Antecedentes histórico-literarios de la crónica en el Mundo Antiguo*, obra escrita por el doctor en periodismo Javier Vidal Vega (Sevilla, 1981), profundiza en los testimonios que sobre su época dieron no solo los grandes autores de Grecia y Roma, desde Homero, los logógrafos, Tucídides o Jenofonte hasta Plinio el Joven, Suetonio y Cornelio Tácito, sino también los fedatarios que con mayor o menor independencia del poder registraban los hechos de su tiempo. También busca en la ficción los tópicos, las historias y algunos de los procedimientos narrativos que aún se siguen cultivando en las redacciones. En suma, pretende mostrar cómo los grandes autores del Mundo Antiguo se aplicaban a la tarea de narrar y cómo gracias a sus escritos podemos comprender mejor nuestro pasado.

Esta obra constituye una imprescindible contribución al conocimiento de la crónica en la Antigüedad, un género que comenzó a forjarse mucho antes de que los profesionales de los medios de comunicación lo introdujeran en las páginas de los periódicos. La obra se re-



Vidal Vega, Javier
Speculum Historiae. Antecedentes histórico-literarios de la crónica en el Mundo Antiguo
Alfar Universidad, Sevilla, 2018, 426 pp., 17 €

monta a las primeras manifestaciones, cuando la crónica todavía era cultivada con ingenuidad y bebía de las límpidas fuentes de la poesía, la tragedia y el drama, pero también interpretaba y explicaba en profundidad los hechos del pasado. El conjunto de autores y cronistas aquí recogidos pone a disposición del lector actual una suerte de *Speculum Historiae*, un espejo de la Historia en el que los acontecimientos del Mundo Antiguo se reflejan desde diferentes ángulos y perspectivas. La voz de los grandes autores de la Antigüedad continúa reclamando nuestra atención para que dirijamos una mirada inteligente sobre nosotros mismos, pues somos —no debemos olvidarlo— seres históricos, discursivos, en constante construcción desde el pasado hasta el futuro en un presente efímero e incierto. ■



Yo, Bartolomé Esteban Murillo

JOSÉ MARÍA RONDÓN

PERIODISTA

Hay una emoción tan navegable en toda la obra de Bartolomé Esteban Murillo que, cuatro siglos después, suena aún incesante y sin prisa. Como si dispusiera dentro de una luz próxima a todo lo humano de cualquier tiempo. Porque, a su manera, él puso en pie una forma nueva de pintar la pintura. De representar la realidad de modo distinto. De mirar con ojos propios sacando fuego nuevo de cualquier hoguera. Pero quedaba todavía por poner en claro el vuelo de su biografía, armada en buena parte por certezas gaseosas y realidades escasamente auténticas que habían dejado al artista con un perfil difuso y desarreglado, impropio para uno de los primeros entre la infantería del arte español.

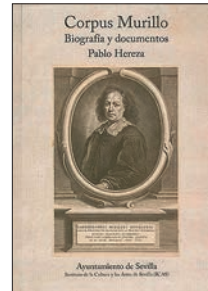
A reparar este desajuste ha dedicado sus últimos años el historiador Pablo Hereza (Sevilla, 1964), quien le ha entrado a la existencia del pintor por el lado del archivo. Así, todo lo que se dice en el primero de los tres libros de este *Corpus Murillo*, rematado con un *Biografía y documentos* a modo de subtítulo, aparece anotado en algún padrón parroquial, en algún apunte contable o en algún escrito judicial. Y si no lo está, se deduce fácilmente de esas mismas fuentes, aquí revisadas, analizadas y transcritas, en algún caso, por primera vez. Viene, pues, a sumarle este trabajo realidad a la vida del pintor a partir de 262 noticias documentales —26 de ellas, inéditas— que lo encuadran en la bondad de carácter y en una ambición de calibre familiar.

“A pesar de la ausencia de anécdotas heroicas o aventuras comunes a otras vidas de artistas, se nos ha ido dibujando una de las personalidades más respetadas e íntegras del Seiscientos sevillano, basada simplemente en la norma-

lidad vital, en profundas convicciones religiosas y en la independencia intelectual y profesional, fórmula para una obra artística extraordinaria que no dejó indiferente a su generación ni a las posteriores”, señala Hereza, quien, en la senda de la imbatible monografía que Diego Angulo dedicó a Murillo a comienzos de los ochenta, dedicará los nuevos tomos de su trabajo a hurgar en el catálogo de obras, clarificando piezas discutidas y añadiendo lienzos emplazados en otras órbitas.

Tal como subraya este *Corpus Murillo*, el pintor destacó por su rabiosa independencia en un entorno artístico radicalmente endogámico. Y en esa apuesta reside su fortuna. De este modo, él se presenta como un creador no sólo ajeno al amplio mundo de intermediarios, mercaderes e intereses, sino también de la trampa devaluadora de los trabajos auxiliares, de la repetición iconográfica de taller y de los encargos seriados para Tierra Firme. “Con todos estos rechazos, Murillo se posiciona como un artista que, con un extraordinario dominio curricular, controla su prestigio y exclusividad destacando como una figura hasta esos momentos desconocida en Sevilla”, explica Hereza.

Por este mismo carril, el libro destaca la tarea desplegada por el artista en defensa del desempeño de la pintura, que le lleva a impulsar la creación de la Academia para una enseñanza de la actividad artística o a desmarcarse de la aspiración elitista de Velázquez por obtener el reputado hábito de Santiago. La ausencia de Murillo en el expediente del pintor de *Las Meninas* sugiere, en opinión de Hereza, que “no conoció o congenió con Velázquez en Madrid, o que expresa-



Hereza, Pablo
Corpus Murillo. Biografía y documentos
Instituto de la Cultura y las Artes de Sevilla (ICAS), Ayuntamiento de Sevilla. Colección Año Murillo, 1. Sevilla, 201, 605 pp., 30 €

mente no quiso prestarse al juego de la negación de la dignidad pictórica, ante la comprometida sexta pregunta del interrogatorio, en la que se planteaba si el pretendiente había tenido oficio vil o mecánico”.

Finalmente, el *Corpus Murillo* alumbraba, cuando puede, episodios vitales del pintor aún entre tinieblas, como la posible aventura adolescente en el Nuevo Mundo, planteada aquí “con cierta voluntad de permanencia” tras cierto titubeo vocacional. Y desciende, con buen juicio, al terreno de la intimidad. Así, el experto vincula a las tremendas tragedias personales —la muerte de su esposa y de ocho de sus diez hijos, en particular— su impulso de buscar “refugio espiritual en el exacerbamiento religioso y en el trabajo como materialización y plasmación de una misión cristiana”, concluye Hereza, quien viene a alumbrar aquí, por fin, al hombre instalado dentro de aquel artista gigantesco, complejo, exigente. ■



Cuadernos de Andalucía en la Historia Contemporánea



¡Viva la República Federal!

Andalucía y el republicanismo federal

Eloy Arias Castañón (coord.)

 Centro de Estudios Andaluces
CONSEJERÍA DE LA PRESIDENCIA,
ADMINISTRACIÓN LOCAL Y MEMORIA DEMOCRÁTICA

La colección Cuadernos de Andalucía en la Historia Contemporánea propone abrir el debate para la construcción de un discurso nuevo y renovado de la historia de Andalucía en línea con las investigaciones más recientes de la mano de expertos en cada una de las materias.

Estas monografías de carácter divulgativo recorren diversos aspectos de la historia andaluza de los siglos XIX y XX, con especial atención a la historia social y política: la represión, la articulación del franquismo, el exilio, las mujeres, las Cortes de Cádiz, la industrialización, el proceso de urbanización, la cuestión agraria, el caciquismo y la educación. En el futuro verán la luz temas como el federalismo y el movimiento obrero.

A la venta por 10 euros en la página web www.centrodeestudiosandaluces.es
Los seis primeros títulos están disponibles para su libre descarga en PDF.



Urbanización, modernización y cambio social

David Martínez López (coord.)

 Centro de Estudios Andaluces
CONSEJERÍA DE LA PRESIDENCIA Y ADMINISTRACIÓN LOCAL



La articulación del franquismo en Andalucía

Antonio Barragán Moriana (coord.)

 Centro de Estudios Andaluces
CONSEJERÍA DE LA PRESIDENCIA



Los andaluces en el exilio del 39

Fernando Martínez López (coord.)

 Centro de Estudios Andaluces
CONSEJERÍA DE LA PRESIDENCIA



La cuestión agraria en la historia de Andalucía

Manuel González de Molina (coord.)

 Centro de Estudios Andaluces
CONSEJERÍA DE LA PRESIDENCIA



Renovación en las aulas

La Institución Libre de Enseñanza en Andalucía

Encarnación Lemus (coord.)

 Centro de Estudios Andaluces
CONSEJERÍA DE LA PRESIDENCIA Y ADMINISTRACIÓN LOCAL



La Constitución de 1812

Clave del liberalismo en Andalucía

Alberto Ramos Santana (coord.)

 Centro de Estudios Andaluces
CONSEJERÍA DE LA PRESIDENCIA Y CULTURA



Andaluces contra el caciquismo

Salvador Cruz Artacho (coord.)

 Centro de Estudios Andaluces
CONSEJERÍA DE LA PRESIDENCIA Y CULTURA



La represión franquista en Andalucía

Francisco Cobo Romero (coord.)

 Centro de Estudios Andaluces
CONSEJERÍA DE LA PRESIDENCIA



Centro de Estudios Andaluces
CONSEJERÍA DE LA PRESIDENCIA,
ADMINISTRACIÓN LOCAL Y MEMORIA DEMOCRÁTICA

Consulta nuestro catálogo completo de publicaciones:
www.centrodeestudiosandaluces.es

El Guadalquivir, testigo de la historia



En las aguas del río Guadalquivir se miraron fenicios, iberos, romanos, musulmanes, cristianos... nosotros. El paisaje, la arquitectura, las ciudades y la historia de Andalucía han sido parte y reflejo de este río. Por su aguas transitaban mercancías: aceite de la Bética, especias de Oriente, oro y plata de las Indias, libros, cuadros, madera de los bosques del interior etc, y también personas: bárbaros, vikingos, navegantes, viajeros, comerciantes... Su cauce ha sido fuente de riqueza para la agricultura (regadíos), pesca e industria (energía hidroeléctrica), pero también de temores por las fuertes crecidas que destruyeron todo a su paso. Bajo la coordinación del profesor de la Universidad de Sevilla José Peral López este dossier ofrece distintos enfoques a su historia.



Cincuenta años de Mayo del 68

Cuando se acaban de cumplir cincuenta años de las huelgas y manifestaciones de Mayo del 68 que conmocionaron el mundo, la revista 'Andalucía en la Historia' repasa cómo se vivieron esas protestas en las universidades andaluzas.

AH
JULIO
2018
98

Magia, maleficios y conjuros en la Bética romana

El mundo grecorromano era para la inmensa mayoría de su población un entorno hostil, en el que la vida cotidiana estaba sujeta a múltiples situaciones de peligro y amenazas, y en el que no existía una división clara entre lo natural y lo sobrenatural. En un camino paralelo al de las estipulaciones de la religión oficial, se crearon mecanismos para intentar controlar los riesgos, con la idea de evitar o limitar el daño de los enemigos y los prodigios. Las tablillas de maldición surgen en este contexto preventivo popular, operando junto a las prácticas oraculares, los presagios y la adivinación.

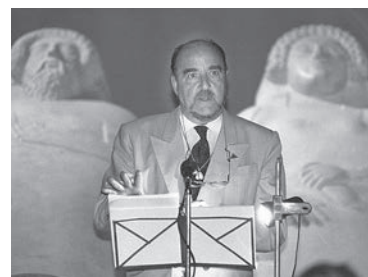


Málaga, el puerto de los pecados

El Patronato de Protección a la Mujer fue creado en 1941 para prevenir la explotación sexual de las mujeres jóvenes y la rehabilitación de prostitutas. Fue un proyecto de inspiración católica al servicio del control de la conducta sexual femenina. El Patronato fue encargado de forma oficial de procesar y caracterizar el fenómeno de la prostitución que a partir de un estudio de caso —Málaga— aparece en esta ciudad, vinculado a las consecuencias de la Guerra Civil y de la represión.

Fernando Quiñones, el relato de Cádiz

Quizás no haya en la segunda mitad del siglo XX un escritor que mejor represente los vaivenes de la Historia española y andaluza de su tiempo que el gaditano Fernando Quiñones, de cuya muerte se cumplen veinte años en este 2018. Autor polifacético, su obra abarca todos los géneros, desde la poesía al ensayo, pasando por el artículo periodístico, la novela y el relato, género del que fue verdadero maestro. Con motivo de este aniversario ha sido nombrado Nuevo Clásico Andaluz por el Centro Andaluz de las Letras.



Los tesoros del fondo Hazañas

Ha pasado casi un siglo desde que el profesor Joaquín Hazañas y la Rúa (1862-1935) donara su biblioteca a la Universidad de Sevilla y, todavía hoy, sigue sorprendiendo el contenido de su numerosa colección de libros, folletos, incunables, preiódicos y primeras ediciones. Los volúmenes que conservó revelan su bibliofilia, su dedicación a la investigación y las ilustres personalidades con las que entabló amistad: Marcelino Menéndez Pelayo, Juan Ramón Jiménez o los hermanos Álvarez Quintero.